

El secreto de Verni

G. T. Werber



Image not found.

Capítulo 1

El secreto de Verni

Una novela de G. T. Werber

Parte I

1

Había llegado el día de su cumpleaños número sesenta. Aquella no era una fecha cualquiera. Ese día su vida cambiaría por completo. Estaba finalizando sus estudios iniciales y pronto debería elegir qué camino seguir. Lendrik era un hombre de estatura promedio (1,8 m), cabello negro, tez blanca y ojos marrones. Se encontraba recostado sobre su cama, en una de las cientos de habitaciones que había en el edificio. Lo curioso fue que, al despertarse, no se percató de la importancia de la fecha, sino que estaba completamente absorto en un problema matemático que le habían asignado en una clase dos semanas atrás. No podía sacárselo de la cabeza. Era un teorema al que debía encontrarle una demostración. Éste derivaba de ecuaciones de doscientos años atrás, cuando los físicos finalmente pudieron comprender una parte importante del campo que estudiaba la materia y la energía oscura. Aquello había sido un acontecimiento extraordinario en la historia de la ciencia. Lendrik, aunque todavía no podía demostrar aquel teorema, entendía casi a la perfección las leyes de la física de la materia y de la energía oscura conocidas hasta el momento. Sin embargo, aún había muchas lagunas por llenar. Pasó horas intentando encontrarle una solución al teorema hasta que recordó qué día era. Al recordarlo, saltó rápidamente de su cama y se dirigió al baño.- Buen día, Madeleine –dijo.

- Buen día, señor. ¿Ha dormido bien? -respondió la voz de una computadora.

- Bastante. Aunque me quedé hasta tarde trabajando en un teorema. Un verdadero dolor de cabeza. Muéstrame la información del día.

Salió del baño y fue hacia la sala de estar.

Se paró en frente de una pared que se transformó en una pantalla, la cual mostraba textos e imágenes aparentemente desordenados. Sin embargo, Lendrik parecía comprender sin ningún problema. -Clima -dijo-. Y la computadora le respondió con todo tipo de detalles acerca de las condiciones atmosféricas, la posición del sol, probabilidades de lluvia, temperatura, etc. Mientras la computadora le informaba, en la pantalla

aparecían muchos gráficos y datos. Lendrik dijo: -Está bien, es suficiente. Gracias, Madeleine-. Se dirigió al armario, y eligió ropa acorde a los datos que le había arrojado la computadora. Toda la ropa que se usaba entonces era parecida a simple vista, pero su composición no lo era. Los nanomateriales de los que estaba hecha eran muy variados. Según los datos arrojados por la computadora iba a ser un día ligeramente caluroso así que eligió ropa con propiedades de enfriamiento que se regulaban automáticamente, adaptándose a las características fisiológicas de quién las vestía.

-Hoy es el día, Madeleine. El día en el que termina una etapa de mi vida y comienza una nueva.

- Me alegro mucho por usted, señor. Lo conozco desde que era un niño y lo he seguido en cada paso de su crecimiento. Se dedicará a la física ¿No es así, señor?

- Así es. Ya he tomado la decisión. La gente dice que ya no hay más cosas por descubrir, que la física se ha vuelto aburrida y que ha llegado a un punto muerto. Estoy convencido de que no es así. El universo todavía guarda muchos secretos.

- ¿Qué le hizo decidirse por la física y no por la genética?

- Por mucho tiempo pensé que quería contribuir a prolongar la vida humana aún más, pero me di cuenta que tal vez hay cosas más importantes.

- De todas maneras, hay muchos que afirman que ya se ha llegado al límite de extensión, que ya no se puede ir más allá.

- Lo mismo decían hace cientos de años y míranos ahora. Mira hasta donde hemos llegado -dijo Lendrik-. Los límites han sido hechos para romperse.

- Me había olvidado del hecho de que los seres humanos siempre desean ir más allá. Siempre están en busca de algo. Sólo están satisfechos por un momento y luego vuelven a emprender la búsqueda de alguna otra satisfacción. Parece un círculo interminable -dijo Madeleine.

- Lo es. Tal es nuestra naturaleza -dijo Lendrik. Es lo que nos empuja a seguir. Nuestra razón de vivir. Encontrar ese algo que nos dé un propósito por el cual existir.

-Parece que ser un humano es algo complicado. Constantemente insatisfechos. Nunca conformes con lo que tienen.

- Tal vez tengas razón. Pero somos lo que somos -dijo Lendrik. Tal vez algún día cambiemos ¿Quién sabe?

- Eso téngalo por seguro -dijo Madeleine-. Todo está en permanente cambio.

- Eres demasiado filosófica para ser una máquina -dijo Lendrik con una sonrisa.

-En absoluto. O tal vez sí. Pero me baso en hechos para realizar esa afirmación. Evidencias experimentales. Todo lo que observamos a diario cambia constantemente. Desde el más diminuto grano de arena hasta las galaxias más lejanas del espacio. El universo está expandiéndose a cada segundo. Nada se está quieto.

- ¿Incluso tú cambias, Madeleine? -preguntó Lendrik.

- Por supuesto, señor. No creo que tanto como ustedes, pero sí, cambiamos. Tenemos la capacidad de analizar enormes cantidades de información y debido a eso somos capaces de realizar nuevas conexiones en nuestro núcleo central, lo cual nos da nuevas percepciones y dimensiones de pensamiento. Poseemos gran capacidad de aprendizaje. Naturalmente, no somos tan cambiantes como los seres humanos. El factor emocional no nos afecta, ni tampoco el factor fisiológico. Sus cuerpos son sometidos permanentemente al cambio, mientras que nosotros permanecemos inalterados. Debo decir que somos muy distintos. Otra especie se podría decir.

- ¿Otra especie? Interesante. Nunca lo había visto de esa manera. Tal vez en un futuro sólo haya robots y ya no más seres humanos.

-Es muy probable, señor. O tal vez, una mezcla entre los dos.

- ¿A qué te refieres? -preguntó Lendrik. -Pero en ese momento sonó la alarma de su reloj.

-Bueno, debo irme, Madeleine. Me encontraré con Grederi para desayunar. ¡Hasta luego!

- Salude al señor Grederi de mi parte. Hasta luego, señor. Que tenga un buen día.

- Gracias, Madeleine -dijo Lendrik-. Ojalá así sea.

2

Al salir de su habitación se encontró con la actividad habitual del recinto. Había vivido en aquel lugar desde que tenía veinte años, cuando aún era

un niño. Lo llamaban casa Ghali, en honor a su diseñador. Allí había vivido los momentos más importantes de su crecimiento físico y mental. No había nada extraordinario ni fuera de lo común aquel día, pero para Lendrik todo lucía distinto. Observaba cada habitación, cada rincón como si fuese la primera vez. Sentía cada sonido y cada olor con una intensidad inusual. Aquellos eran los últimos días que pasaría allí. Tomó conciencia de lo mucho que iba a extrañar ese lugar, y recordó todas las cosas maravillosas que allí había vivido. Era una parte de él. Allí estaba su familia. Era su hogar. Las habitaciones estaban en los pisos superiores y en la planta baja estaban los centros de entretenimiento, el comedor, las salas de estudio, las bibliotecas, las salas de informática y las salas de meditación. Él se encontraba en el edificio 20b, que albergaba a 223 habitantes. Cada uno de ellos tenía una habitación propia, con su propia "Madeleine". La voz de la computadora podía ser masculina, femenina o neutra. La neutra era una mezcla de las dos, de manera que no se podía distinguir con claridad si la voz era femenina o masculina. Hasta los sesenta años, los habitantes de la ciudad de Verna vivían en estos centros educativos donde llevaban a cabo la primera (y más importante) etapa de aprendizaje. Luego, al finalizar los estudios de iniciación, los jóvenes abandonaban su primer hogar y se mudaban a otros complejos de viviendas o a otras ciudades. Lendrik se apoyó en la barandilla y miró hacia abajo; quería ubicar a uno de sus mentores. Se encontraba en el primer piso, de manera que no necesitaba usar el ascensor, así que bajó por el tobogán deslizador. En los primeros meses que Lendrik había pasado allí no podía parar de usarlo. Era extremadamente divertido. Pero luego de cincuenta años ya había perdido su encanto, aunque no su efectividad. Ya en la planta baja, se dirigió al comedor para desayunar. En el camino se cruzó con Grederi.

-Hoy es el gran día para ti, Lend ¿Cómo te sientes?

- ¿Cómo crees que me siento? -respondió Lendrik.

- ¿Estúpido? -dijo Grederi con una traviesa sonrisa. -Grederi había cumplido la mayoría de edad unas semanas atrás, por lo tanto ya había visitado aquel lugar tan misterioso y no había parado de alardear acerca de ello desde entonces.

-Con suerte en unas horas ya no tendré que soportar esa sonrisa de superioridad tuya -dijo Lendrik, sonriendo.

-Fueron dos semanas maravillosas -dijo Grederi, con picardía y un dejo de nostalgia en su expresión.

-Para ti, por supuesto. Te divertiste a lo grande jactándote de tus nuevos conocimientos. Ya veremos qué tan grandiosos son. Pero lo primero es lo

primero. ¡Vamos a desayunar!

-Ese es mi muchacho. Siempre con las prioridades claras.

Se dirigieron a uno de los comedores. En el edificio había cuatro en total. Los diseñadores no creían convenientes las grandes aglomeraciones de gente, por esa razón construyeron varios. Eran amplios salones con aproximadamente cincuenta mesas cada uno. Las paredes eran transparentes, lo que les permitía a los habitantes tener una hermosa vista del paisaje exterior. Al ser de día, no había necesidad de luz eléctrica. La luz natural era suficiente para iluminar el lugar. En el centro había una estructura cúbica rectangular, algo como un exhibidor de gran tamaño. Los dos jóvenes se dirigieron hacia allí. En los exhibidores estaba, por supuesto, la comida. Ahora bien, debo aclarar que no se consumían comidas sólidas que necesitaran ser masticadas. Todo lo que se consumía era líquido. Esto era porque en forma líquida, los alimentos eran más efectivos en sus funciones. Naturalmente, los alimentos tenían distinta consistencia. Decir que eran líquidos en realidad no es correcto. Algunos eran como el agua y otros como la miel o la crema. Hace muchos años se habían abandonado los alimentos "sólidos" para poder facilitar la digestión y la absorción de nutrientes que es mucho más rápida y efectiva cuando los alimentos tienen una consistencia líquida o semilíquida. La comida, puesta allí antes por los robots que la habían preparado y envasado, contenía todos los nutrientes necesarios para llevar una vida sana. Algunos de ustedes tal vez piensen que al eliminarse la solidez se pierde el sabor. Nada más lejos de la realidad. Los nuevos alimentos tenían una variedad de sabores mucho más amplia que en el pasado. Los avances en la química y la genética les permitían a los científicos crear comidas y bebidas no sólo nutritivas y sanas, sino también sumamente deliciosas. Los avances en la genética y la nanotecnología habían sido tan excepcionales que habían cambiado por completo el paradigma de la alimentación y de la salud. Lendrik tomó el menú B35 y Grederi el E43. Se dirigieron a una mesa y se sentaron.

- ¿Te enteraste de la última novedad? -preguntó Grederi.

- Tú siempre lo sabes todo, ¿verdad?

- Escucha, esto es serio. Dime, ¿sabes cuál es el promedio actual de vida de los seres humanos en este planeta?

- Cuatrocientos cincuenta años, aproximadamente. La cifra varía de ciudad en ciudad pero ese es el promedio global.

- Correcto. Ahora escucha, tengo un amigo que trabaja en el centro de genética y según lo que me dijo parece que han encontrado una manera

de aumentar ese promedio en un cuarenta por ciento.

- ¡Cuarenta por ciento! ¡Pero ese es el incremento más grande desde la primera modificación del gen!

- Así es amigo, esto es cosa seria. Es algo grande.

- Este día se pone cada vez mejor -dijo Lendrik, entusiasmado.

- De todas maneras, yo no iría con muchas expectativas hoy -comentó Grederi, despreocupadamente.

- ¿Pero qué diablos me dices? ¡Las últimas dos semanas no has hecho más que hacerme la vida imposible diciéndome cuán importantes son las cosas nuevas que aprendiste y ahora me dices que no tenga expectativas! ¿Quieres que te golpee? Grederi soltó una carcajada.- Tranquilo Lend, ya tendremos tiempo de ir a los simuladores de pelea. La última vez me ganaste por poco.

- Si eso te ayuda a dormir por las noches, sigue creyéndolo. La verdad es que te di una paliza.

- ¿Una paliza? ¡Vamos! Todo estaba muy parejo hasta que hiciste esa pirueta increíble. A propósito, ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

- En ningún lugar. Suerte supongo- dijo mientras tomaba un trago de su bebida.

- Bueno, la próxima vez no tendrás tanta suerte.

Lendrik sonrió y terminó su bebida. La saboreó en su boca. Era deliciosa. Sabía que en el contenido de ese vaso estaba el resultado de cientos de años de investigación. Lo observó y pensó en todas las mentes que habían puesto su esfuerzo, conocimiento y creatividad para que los seres humanos estén más saludables que en cualquier momento de la historia. *Venerada sea la ciencia*, pensó. Mientras pensaba esto, vio finalmente a uno de sus mentores que se dirigía hacia él y no le sorprendió ver de quién se trataba.

3

El profesor Weiss era el mentor de Lendrik en el área de genética y dada la naturaleza de lo que iban a mostrarle, era la elección más lógica para acompañarlo en aquella "excursión". Era un hombre de tez bronceada, ojos verdes penetrantes y altura promedio. Weiss tenía casi trescientos cincuenta años de edad. No era un científico de gran renombre pero era reconocido por sus excelentes métodos de enseñanza. Los alumnos del centro le tenían mucho cariño. Las personas con ese grado de experiencia

se dedicaban mayormente a la investigación y a impartir conocimientos. Cierta tiempo después del Gran Cambio, unos mil quinientos años atrás, la gente ya tenía una predisposición natural hacia la ciencia. Ésta era una parte fundamental de la estructura social y todos querían contribuir a su avance. A sus treinta años, Lendrik había elegido seguir con una formación orientada a la ciencia, pero esa no era la única opción. Había tres áreas principales que los jóvenes podían elegir al finalizar los estudios básicos comunes que realizaban todos los habitantes. Estas áreas eran: la científica, la artística y la deportiva. Aquellos que deseaban ser deportistas profesionales asistían a los centros deportivos y allí perfeccionaban sus habilidades. Luego, escalaban los diferentes niveles hasta llegar a las máximas categorías. Los deportes en sí no habían cambiado mucho con respecto al pasado. Algunos cambios en las reglas, en la composición de los materiales que se usaban y por supuesto la implementación de la tecnología. Pero lo que sí habían cambiado eran los deportistas. Con las magníficas mejoras realizadas en los campos de la genética y la medicina, los atletas ahora eran mucho más veloces; saltaban más alto, golpeaban el balón con más fuerza y con más precisión y también tenían reflejos mucho más rápidos. El hombre, con ayuda de la ciencia, había logrado perfeccionarse enormemente, física y mentalmente. Entre las profesiones artísticas la música se destacaba por encima de todas. Pero, ya nos adentraremos más en los detalles de esta sociedad. Ahora volvamos con Lendrik y nuestra historia.

-Hola Lendrik, ¿cómo estás? ¿Preparado? -preguntó el profesor en un tono amable y relajado.

- ¡Profesor! ¿Cuándo partimos? -preguntó Lendrik con ansiedad.

- Paciencia, querido Lendrik. No tengas dudas de que hoy será un gran día para ti. Es un honor para mí acompañarte en este momento tan importante de tu vida. Ahora, demos un paseo antes de partir.

Salieron del edificio y el profesor se encaminó hacia un parque que había a unos pocos metros de distancia. Era un día soleado con algunas nubes que adornaban el cielo. A lo lejos, cerca de las montañas, pudo ver las nubes que se amontonaban grises y espesas. Lendrik sintió la brisa matinal acariciarle el rostro y pudo detectar en ella aquel olor fresco y delicioso que traía la lluvia. Respiró profundo y llenó sus pulmones de aquel aire puro. El parque exterior (también había uno interior) del edificio tenía forma circular, con varios anillos concéntricos que se conectaban entre sí por caminos trasversales. En el centro había un gran árbol. Era muy común encontrar imponentes árboles ubicados en el centro de estos parques. Grandes y hermosos árboles de hojas verdes, troncos firmes y raíces fuertes. También se podían encontrar esculturas, monumentos, fuentes y en algunos simplemente nada; sólo un gran círculo de verde césped. A los costados de las sendas había bancos para sentarse o acostarse. Éstos podían rotar de manera tal que aquel que se sentaba

podía mirar en la dirección que prefería. El profesor le señaló un banco cerca del árbol central y allí se sentaron. Había una gran diversidad de árboles. Las hojas ya habían empezado a tornarse amarillas o rojas, y caían acariciadas por el viento. Pronto el suelo se vería cubierto por una gran alfombra roja y dorada.

- Que árbol tan esplendido- dijo Weiss.

- Es realmente hermoso, profesor.

- Un esvendus carcamis. Tiene más de tres mil años de edad.

- ¿Llegaremos nosotros alguna vez a vivir tanto?

- ¿Quién sabe? Todo es posible. La genética avanza a pasos agigantados. Es más, hace poco en el centro de investigaciones hubo...-Se detuvo de repente-. No importa, ya te enterarás a su debido tiempo.

Lendrik recordó lo que le había contado Grederi y sonrió por dentro.
¿Cómo se entera de estas cosas?

- Hoy aprenderás cómo nuestra sociedad llegó a ser lo que es hoy en día. Escucharás acerca de muchas cosas importantes y otras no tanto. Estos años, Lendrik, han sido solamente el comienzo de la aventura del conocimiento. Es muy probable que hoy te quedes con más preguntas que respuestas. Pero no te preocupes, las respuestas llegarán en el momento indicado. De todas maneras, el misterio es una de las cosas más hermosas que existen y es verdaderamente un regalo de la existencia. Es lo que nos impulsa hacia adelante, a explorar, a indagar, a descubrir; es el pilar de todos los conocimientos científicos. Sin el misterio nos sentiríamos vacíos. El misterio moldea nuestras vidas, y sí, puede ser frustrante, pero es parte de la experiencia. Nosotros, los seres humanos, somos una especie que siempre está en la búsqueda de algo más, algo que se encuentra en el horizonte, algo que la mayoría de las veces no sabemos bien qué es, pero sabemos que está allí, en alguna parte, esperándonos. Toda esta búsqueda de conocimiento no es más que un intento de penetrar en lo desconocido y hacerlo conocido. Porque tememos y a la vez veneramos lo desconocido. Hace más de dos mil años, antes del Gran Cambio, las personas comenzaron a descubrir los misterios del universo, y nosotros, aunque hemos avanzado mucho, todavía tenemos un largo e incierto camino por recorrer. Nuestra sociedad ha avanzado tanto que ahora nos encontramos en un momento crítico. No sabemos hacia dónde ir. Hemos alcanzado cosas inconcebibles y hemos construido un sistema social muy eficiente y ordenado. Sin embargo, nos falta un propósito claro, algo que reencienda nuestra pasión por descubrir nuevos secretos e interrogantes. Sabemos que hay muchas maravillas esperándonos. A pesar de los continuos avances, siento que nos hemos estancado. No es suficiente con aumentar nuestros años de vida. Ya no

podemos estar mejor de lo que estamos en este planeta, pero ese no puede ser el final. Debe haber algo más.

- ¿Cuál piensa usted que es el próximo paso a seguir?

El profesor lo miró y sonrió. Miró su reloj y dijo:

- Me parece que me he extendido demasiado en nuestra conversación, tenemos que irnos o llegaremos tarde. -Se alejaron del parque y se dirigieron hacia la estación de transporte subterráneo. Ésta se encontraba situada a pocas cuadras de donde vivía Lendrik. En Verna había distintos tipos de transportes: subterráneos, de superficie y aéreos. El más común y más eficiente de todos era el subterráneo. Bajaron a la estación por unas escaleras que se encontraban al costado de la calle. Los trenes subterráneos funcionaban con tecnología mag-lev (levitación magnética) y podían alcanzar altísimas velocidades. Encima de uno de ellos había un letrero que decía "Centro de investigaciones de Verna". Ahora bien, estos trenes no eran las máquinas claustrofóbicas de milenios atrás. El techo estaba hecho de un nanomaterial transparente, al igual que todo el trayecto que éste recorría. Los pasajeros podían mirar el cielo desde debajo de la tierra y, si uno caminaba por la superficie podía ver el tren pasar a sólo unos metros de distancia bajo sus pies. No hace falta aclarar que este material era súper resistente a cualquier golpe y que nunca perdía su transparencia. Otro logro de la nanotecnología.

Los diseñadores habían creado las ciudades de manera tal que su cantidad de habitantes no excediera los quinientos mil. Obviamente había excepciones, pero en ningún lugar del planeta existía la superpoblación. Por lo tanto, Lendrik y el profesor no tuvieron problema en encontrar asientos libres. El tren comenzó a moverse y Lendrik miró hacia arriba. Pudo ver el cielo, las nubes, la gente pasar y, como si fuera la primera vez se maravilló con la elegancia del diseño. Todo lo que había a su alrededor había sido creado por el ingenio del hombre. Más allá de lo que dijera el profesor, se sentía afortunado de vivir aquellos tiempos. En el tren los pasajeros hablaban entre sí, leían o escuchaban música a través de auriculares. De pronto recordó que todavía no había resuelto la demostración del teorema que le había dado tanto trabajo en los últimos días.

-Profesor, ¿le molesta si me ausento por unos minutos? Hay un teorema que no me ha dejado dormir por días. A veces, cuando viajo en tren se me aclaran las ideas.

El profesor hizo un ademán dando a entender que no había problema y se limitó a mirar por la ventana. Por supuesto, que si miras por la ventana de un tren subterráneo lo único que veras será oscuridad, pero éstas no eran ventanas comunes. Mostraban lo que había en ese momento en la superficie. Lendrik sacó una fina pizarra de su mochila, presionó un botón

de su reloj y dijo: -Madeleine, necesito que me envíes el teorema en el que he estado trabajando últimamente. -Esperó apenas unos segundos y luego deslizó su dedo pulgar sobre un sensor que había en el respaldo del asiento que tenía en frente. Presionó algunos comandos de su reloj y al instante Lendrik estaba viendo el engorroso teorema en una pantalla que había aparecido delante de él. Tomó lo que parecía ser una especie de bolígrafo y comenzó a escribir en la pizarra. Lo que escribía se transmitía inalámbricamente a la pantalla. Éstas estaban diseñadas de tal manera que uno podía ver lo que mostraban sólo si se situaba directamente frente a ella. Ni siquiera el profesor que se encontraba junto a él podía ver lo que había en la pantalla. Se le ocurrió que podía intentar resolver el problema desde un enfoque distinto. Luego de veinte minutos de escribir frenéticamente sobre la delgada pizarra, se dio cuenta que había llegado a un callejón sin salida. Apagó la pantalla, guardó la pizarra y se dejó caer sobre el respaldo soltando un gruñido de frustración.

- No tiene caso -dijo frustrado-. ¿Alguna vez le pasó a usted? ¿No poder descifrar algo durante semanas enteras?

El profesor lo miró con sus ojos serenos y dijo:

-Creo que una pregunta más adecuada sería ¿A quién NO le ha pasado? Si encuentras a alguien, por favor dímelo porque eso sí sería un descubrimiento sin precedentes. Un ser humano que no se equivoque, ¿te imaginas eso?

Las palabras del profesor fueron como un bálsamo, y lograron tranquilizarlo un poco.

-Gracias, profesor. Usted siempre encuentra la manera de calmarme -dijo Lendrik.

-No hay problema, muchacho. Para eso estamos los mentores. Estoy seguro que ya lo resolverás. Es como cualquier otra cosa, sólo que ésta te está llevando un poco más de tiempo.

El tren se detuvo lentamente. Habían llegado a su parada.

Se bajaron y Lendrik reconoció la estación del centro de la ciudad. Era la estación más grande y concurrida de todas. El sol brillaba radiante a través de los paneles del enorme techo. En lo alto, había un gran reloj sobre una enorme pantalla. El profesor lo miró.

- Perfecto. Hicimos buen tiempo. Por aquí- dijo y comenzó a caminar hacia un ascensor.

Cuando salieron a la superficie, se encontraron frente a una gran plaza rodeada de edificios. Los colores que predominaban eran el blanco, el

azul, y aquí y allá había detalles en negro y verde oscuro. Allí se concentraban los centros de investigación más importantes de Verna. A la distancia, Lendrik pudo divisar el departamento de Física. Esperaba poder trabajar allí algún día.

-¿A dónde vamos ahora, profesor?

-Al centro de genética. ¿Un poco predecible no es así? -dijo el profesor.

- Un poco -dijo Lendrik.

-Bueno, pero te aseguro que lo que verás te sorprenderá. - Caminaron hacia un edificio blanco resplandeciente de ventanas espejadas. Era el más llamativo de todos. Se acercaron a la puerta principal. Ésta se abrió automáticamente al detectar su presencia. La recepción presentaba un aspecto de extrema pulcritud y orden. Los pisos, las paredes, las ventanas, resplandecían. Lendrik sospechó que sería difícil encontrar alguna partícula de tierra en aquel lugar. Detrás de la mesa de entrada se encontraba una mujer de pelo corto. Usaba un delantal blanco que combinaba perfectamente con el resto del edificio.

- Hola, Tara. ¿Cómo estás? -dijo Weiss.

- ¡Profesor Weiss! -exclamó la mujer con una simpática sonrisa-. Hace que mucho que no lo veíamos por acá.

La mujer salió de detrás del mostrador y saludó al profesor y a Lendrik.

- Es bueno volver a verte, Tara. ¿Cómo te está yendo con tu nuevo trabajo?

- Mejor imposible -respondió la mujer con una sonrisa-. He aprendido muchísimo desde que estoy aquí. Este lugar es asombroso.

- Tara fue alumna mía al igual que tú -le dijo el profesor a Lendrik-. Una de las más brillantes genetistas que he conocido.

Tara se sonrojó.

- No exagere -dijo ella y miró a Lendrik-. Es en gran parte gracias al profesor que he podido entrar a trabajar aquí. Él me recomendó.

- Por supuesto que la recomendé- dijo el profesor sonriendo-. Tara, Lendrik ha cumplido sesenta años.

-Ah, ya veo. Entonces, síganme -dijo y la siguieron mientras seguían

hablando.

- Recuerdo el día en que cumplí sesenta como si hubiese sido ayer -dijo con un brillo de nostalgia en sus ojos-. Fue luego de ese día que decidí dedicarme a la genética. Es increíble que ya hayan pasado cien años.

- Vamos, Tara. ¿Qué queda para mí que ya tengo más del doble de tu edad?

- Usted está igual que siempre, profesor.

El profesor sonrió agradeciendo las bondadosas palabras de la joven.

-Por aquí -dijo ella señalando un pasillo que se extendía a su derecha. La siguieron hasta una puerta que parecía de lo más ordinaria. Tara extrajo su tarjeta magnética y la pasó por delante del lector.

- ¿Estás listo? -le preguntó a Lendrik. Éste tragó saliva y asintió. La puerta se abrió y lo que vio no era lo que esperaba. Parecía ser una simple oficina vacía que no se usaba hace tiempo. No estaba sucia ni en mal estado, pero había algo en su aspecto que le decía que no había sido utilizada en muchos años.

-Esto es... ¿Qué es...? -preguntó desconcertado.

-Por aquí -dijo la mujer y se dirigió hacia una de las paredes de la habitación. Se paró frente a ella-. Ven, acércate. Pon tu dedo aquí -le dijo mostrándole una pequeña concavidad que de no haber sido señalada no la hubiese notado. Hizo lo que la mujer decía y apoyó el dedo índice lentamente. Un segundo después, la voz de una computadora dijo: - Lendrik D65. Alcanzó los sesenta años de edad esta mañana a las 8 a.m. Permiso concedido. -La pared se abrió en dos, como la puerta de un ascensor. Y, efectivamente, eso es lo que era. Un ascensor muy amplio, enteramente blanco, tan blanco que Lendrik tuvo que entrecerrar los ojos levemente. La mujer oprimió un botón y el ascensor comenzó a ascender.-Comenzaremos el recorrido por el principio, de arriba hacia abajo. -El ascenso fue larguísimo o por lo menos eso le pareció a Lendrik. En realidad, fueron sólo unos segundos. Finalmente, el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron a una sala enorme, igual de blanca que el ascensor.

- Aquí es donde comienza todo. Ésta es la primera sala. Aquí los gametos femeninos son sometidos al proceso de Molsin -dijo la mujer.

- ¿Proceso de Molsin? -preguntó Lendrik-. Nunca escuché hablar de él.

Tara sonrió y le dijo:

- Hay muchas cosas de las que no has oído hablar, Lendrik. Esa esa exactamente la razón por la que estás aquí hoy.

La sala consistía de un largo pasillo. A sus lados, detrás de paneles de vidrio transparentes, se extendían decenas de filas conformadas por cientos de idénticos dispositivos. Cada dispositivo consistía de una esfera con dos agujas a sus costados. Éstas le parecieron a Lendrik de lo más extrañas. No podía decir con exactitud de qué color eran, además poseían una extraña translucidez que lo cautivaba.

Tara continuó explicando:

- A través de las agujas se inyectan los óvulos dentro de las esferas. Luego éstos serán sometidos a la Molsinificación. -Hizo una pausa y luego miró a Lendrik-. Tienes suerte. Hoy podrás ver el proceso real. En general, a la mayoría les mostramos una simulación.

Lendrik estaba mudo de asombro. Sabía que existían estos lugares alrededor de todo el planeta y durante mucho tiempo había deseado conocerlos, pero verlo con sus propios ojos era algo completamente distinto. Allí era el lugar donde todo comenzaba. Poco más de mil años atrás, la reproducción había dejado de ser copulativa para pasar a realizarse en los centros de genética. Si bien la gente continuaba teniendo relaciones sexuales, la reproducción ya no se concretaba con ese acto. ¿Por qué no? Porque los óvulos de las mujeres no eran fértiles hasta que eran llevados a los centros de genética. En eso consistía la Molsinificación, en volver a fertilizar las células reproductivas. Mediante complejos procesos químicos y con la ayuda de nano moléculas, se lograba lo que era aparentemente imposible. Sin embargo, volver a fertilizar las células reproductivas no era la mayor hazaña. El verdadero reto era hacerlo sistemáticamente y con cero margen de error. *Maravilloso. Simplemente maravilloso*, pensó Lendrik.

Tara se paró frente a un panel de control y puso en funcionamiento los dispositivos. El espectáculo comenzó. De repente, aquellas cosas, esas agujas tan particulares, comenzaron a retraerse y a meterse dentro de sus compartimientos. Luego volvían a salir e inyectaban sus respectivas esferas. En todas las esferas de la sala, se realizaba el mismo proceso. Lendrik permaneció boquiabierto ante la eficiencia de aquellos aparatos. Nunca se imaginó algo parecido. Luego de unos minutos, en los que nadie pronunció una sola palabra, las agujas se detuvieron. De repente, todas las esferas desaparecieron. Debajo de cada una de ellas había una pequeña compuerta circular que se abría y las dejaba caer. Ahora, en donde hasta hace unos segundos había cientos de esferas, ya no había nada. A dónde habían ido, Lendrik no lo sabía, pero lo sospechaba.

-Ahora síganme. Les mostraré la siguiente fase -dijo Tara. Caminó de vuelta hacia la puerta del ascensor. Lendrik y el profesor la siguieron. Se dirigieron al piso de abajo. Cuando las puertas se abrieron, Lendrik se encontró con una sala muy similar a la anterior. Un largo pasillo flanqueado por paneles de vidrio. Detrás de ellos se repetía el mismo formato de filas. Esta vez, los dispositivos eran aún más extraños y fascinantes. Esta sala, a diferencia de la anterior, estaba bañada por una luz tenue azulada y era más oscura. Lendrik miró hacia los costados y allí estaban las esferas. Sin darle tiempo de formular alguna pregunta, Tara puso la segunda etapa en funcionamiento. Esta vez, las esferas se abrieron, para dejar ver, que dentro de ellas había una esfera más pequeña. Para sorpresa de Lendrik, aquellas pequeñas esferas se mantenían flotando en el aire sostenidas por una fuerza invisible. Unos instantes después, brazos robóticos con múltiples agujas aparecieron desde abajo y comenzaron a trabajar con una habilidad y una precisión que dejaron a Lendrik atónito. Penetraban y salían de las pequeñas esferas con gran velocidad y exactitud. Eran como las manos de un pianista, que con maestría tocaban una pieza musical sin cometer ningún error, presionando las teclas con la fuerza y los tiempos justos. *Perfección.*

- Esas agujas inyectan dentro de su esfera las moléculas modificadas que nos permiten prolongar la vida humana. Lo que están observando ahora es la parte más importante del proceso. En esta sala se aplica lo que ha sido el mayor avance científico de los últimos dos mil años. Aquí es donde prolongamos la vida. -Hizo una pausa. *Al fin,* pensó Lendrik. Finalmente iba a conocer el secreto.

Tara presionó algunos comandos en una pantalla que había aparecido en uno de los paneles. La imagen se amplió dejando ver varios gráficos y fórmulas.

- Éste es el desarrollo llevado a cabo por Verni. Toda una vida de trabajo dedicada a descifrar los secretos del ADN humano. Y esta -la imagen cambió y mostró una simple ecuación-, es la fórmula que nos ha permitido extender la vida más allá de lo que creíamos posible. Esta es la culminación de la investigación de Verni.

Verni. Aquel nombre era venerado por todo el mundo de la ciencia, y por todo ser humano en el planeta. Desde que tenía memoria su nombre había sido pronunciado como el referente científico más importante de los últimos dos milenios. A pesar de eso, no era mucho lo que se sabía de Arthur Verni.

Lendrik observaba la ecuación. *Increíble.* No tenía conocimientos muy avanzados de genética, pero aquello era una ecuación química relativamente simple. Era sorprendente que algo tan complejo se pudiese

lograr a partir de algo tan simple.

- Éste es el secreto de Verni. Su logro más importante. Su obra maestra.

El profesor observaba con deleite el rostro de fascinación de su joven alumno y recordó la primera vez que él vio aquellas ecuaciones. Desde aquel momento no tuvo dudas de que debía dedicarse a estudiar las ciencias de la genética.

-Hoy aprenderás mucho acerca del doctor Verni. Bueno, casi todo -dijo la mujer y miró al profesor con una sonrisa de complicidad.

Luego de haber realizado su labor, los brazos volvieron a su posición original y las esferas permanecieron flotando sobre sus respectivas plataformas. Lendrik las observaba asombrado. Allí, en esos cientos de esferas se encontraban potenciales seres humanos que todavía no habían despertado a la consciencia. Mientras Lendrik seguía maravillado por todo aquel mundo que se le estaba revelando, la mujer interrumpió sus pensamientos y dijo:

- A continuación, iremos al último piso, donde se lleva a cabo la última parte del proceso -dijo Tara. -Caminó nuevamente hacia el ascensor y bajaron un piso más, hacia el subsuelo. Lendrik nunca se imaginó que el centro de genética podía tener aquellas dimensiones. Era gigantesco. Cuando la puerta se abrió se encontraron con una sala iluminada por una luz blanca muy tenue. Al igual que las dos anteriores, estaba atravesada por un pasillo. Pero éste era más angosto y la sala era mucho más alta que las anteriores. Lendrik levantó la mirada para observar lo que se extendía ante sus ojos. La altura del lugar hizo que se estremeciera y de pronto se sintió muy pequeño ante tal inmensidad. A los costados del pasillo había dos paredes transparentes, tan altas como la sala. Lo que había detrás de las paredes era tan impresionante como la enormidad del lugar: grandes columnas que se extendían del suelo hasta el techo. Alrededor de éstas, se enrollaban unas estructuras circulares, las cuales tenían insertadas pequeños compartimientos ovalados que Lendrik identificó como incubadoras o matrices. Estaban vacías.

- ¿Por qué están vacías? -preguntó Lendrik. ¿No se supone que..?

Pero su pregunta fue interrumpida por la respuesta. Lendrik no había notado que cada matriz estaba conectada con el techo por unos tubos transparentes. Se dio cuenta también que se había apresurado al decir que estaban vacías, ya que muchas de ellas ya contenían embriones en etapas de gestación avanzada.

-Ahí vienen -dijo la mujer.

Las esferas comenzaron a descender por los cientos de tubos hacia sus respectivas incubadoras, y allí permanecieron flotando en un líquido azulado.

-Esto, Lendrik, es de dónde vienes. Aquí fuiste concebido y aquí, por decirlo de alguna manera, naciste -dijo el profesor.

Los ojos de Lendrik no podían ocultar su emoción. Mientras observaba las pequeñas esferas descender hacia su recipiente final, su mente se agitaba con miles de pensamientos. Preguntas acerca del pasado, acerca del futuro, acerca de su existencia.

-Es increíble, mire todos esos seres que todavía no han adquirido consciencia, esperando para despertar a este mundo, todavía sin ningún conocimiento, completamente en blanco, dormidos en el sueño más profundo. ¿Yo estuve aquí? -preguntó Lendrik conmovido.

- Sí -respondió Tara.

- ¿Dónde?

- Déjame revisar tus datos -Se acercó a una de las paredes, apoyó la palma de la mano y apareció una pantalla-. Dime tu número de identificación. -Lendrik se lo dijo y la mujer lo ingresó en el teclado del panel.

- Estuviste en la matriz número 65. Es por aquí.

El profesor y Lendrik la siguieron casi hasta el final del pasillo.

-Allí arriba. Mira -dijo y señaló una de las estructuras circulares-. Allí están las matrices de la 55 a la 65.

Lendrik no podía creer lo que veía. Detrás de ese vidrio había una parte de su pasado que por mucho tiempo le había sido completamente desconocida. Pero ya no, ahora conocía su origen. Se sentía extraño al pensar que hace sesenta años había estado en el mismo lugar donde ahora había un potencial niño o niña. El profesor lo observaba, analizando sus reacciones, veía la conmoción en los ojos del muchacho. Lendrik se quedó un largo rato asimilando todo lo que había visto esa mañana, observando con asombro esas enormes columnas rodeadas de aquellas matrices.

-Creo que ha llegado el momento -dijo el profesor rompiendo el silencio.

Lendrik lo miró sorprendido. *¿Ha llegado el momento? ¿De qué está*

hablando?

- No entiendo, profesor. ¿El momento para qué?

-Para que te mostremos lo que realmente has venido a ver aquí hoy -dijo el profesor. Caminaron hasta el final del pasillo y Tara apoyó la palma de su mano sobre la pared

Lendrik estaba absolutamente desconcertado. No entendía lo que estaba sucediendo. *¿Todavía había más por ver?* Su mente no paraba de dar vueltas imaginando qué era lo que estaba por venir. Pero no podía pensar en nada. No había manera de que pudiese anticipar lo que estaba por suceder. La ansiedad crecía en su interior a cada segundo. El tiempo pasaba cada vez más lento y su corazón latía con fuerza.

La pared se abrió en dos, como una puerta corrediza. No podían ver lo que había del otro lado. Las luces estaban apagadas. Tara entró con decisión y desapareció por unos segundos en la oscuridad. Unos instantes después, se encendieron las luces. Lo que vio a continuación no era lo que esperaba, aunque en realidad no sabía qué esperar. Las luces revelaron una simple habitación, que parecía no haber sido usada en años, un lugar de otra época olvidada en el tiempo. En el centro había una mesa rodeada de algunas sillas. A medida que se adentraba en la habitación, Lendrik tenía la impresión de que detrás de todo aquello que parecía tan simple y viejo, se escondía algo de gran importancia. Era sólo una sensación, pero sentía que la habitación ocultaba un misterio. Todo en ella era enigmático. Sobre la mesa había algo que Lendrik sólo pudo describir como un ordenador muy viejo. Los ordenadores de la actualidad estaban incorporados en otros accesorios, ya sea una pared, una ventana, o también podían visualizarse mediante un holograma. Esta pantalla parecía estar montada dentro de otra estructura: un rectángulo blanco sostenido por un soporte, el cual se introducía en una base de forma ovalada. Lendrik se acercó al extraño aparato. En el marco inferior pudo distinguir parte de un símbolo que parecía haberse borrado con el tiempo.

- Como debes haber adivinado -dijo el profesor-, éste es un antiguo ordenador. Al igual que todo lo demás que ves en esta sala, este ordenador tiene más de dos mil años.

- ¡Dos mil años! -exclamó Lendrik.

El profesor asintió.

- Fue en este mismísimo lugar donde comenzó el verdadero cambio de paradigma de nuestra sociedad. Mucho antes de que se construyera el centro de genética, mucho antes de que se construyera la ciudad de Verna. Lendrik, bienvenido al pasado.

Lendrik todavía estaba terriblemente confundido.

- ¿Pero que hace todo esto aquí? ¿Por qué no renuevan la sala? ¿Qué hay en ese ordenador?

-Eso... dijo el profesor-, es lo que realmente vinimos a mostrarte aquí hoy.

Capítulo 2

4

La escena parecía irreal, sacada de leyendas del pasado y traída hacia el futuro a través del tiempo. Lendrik estaba sin palabras. Los olores de la habitación, que nunca había sentido antes, todavía conservaban algo de su época. Sintió que lo transportaban hacia un lejano pero tangible pasado. Se encontraba dentro de una habitación de más de dos mil años de antigüedad y aparentemente estaban a punto de revelar algo de suma importancia.

- Ven, vamos a sentarnos -dijo el profesor señalando una de las sillas. Lendrik se sentó frente a la pantalla del ordenador. Tara permaneció de pie.

El profesor se sentó a su lado y le dijo: -Presiona el botón con el signo binario que se encuentra en el borde. -Lendrik se estiró para mirar y vio el símbolo. Era un símbolo que había perdurado en el tiempo: un círculo con una línea dentro. Éstos representaban al 1 y al 0, los caracteres del lenguaje binario, el lenguaje de las computadoras. Al lado del botón había diversas ranuras de distintos tamaños. Lendrik ignoraba para que podían servir. Presionó el botón y la pantalla se encendió. Luego de unos segundos, apareció una interfaz gráfica, no muy distinta a la que ellos mismos usaban en sus dispositivos.

-Presiona la carpeta que dice "Verni" -le indicó el profesor.

¿Verni? De repente Lendrik intuyó de que se trataba todo esto. Pero todavía no podía creerlo. Primero necesitaba verlo. Esto superaba cualquier cosa que podía imaginar. Presionó la carpeta con su dedo índice y ésta se abrió en miles de archivos.

-Reduce la búsqueda a videos -le dijo el profesor.

- ¿Videos? No me diga que vamos a ver a...

El profesor no dijo nada, manteniendo siempre su sonrisa de calma.

Lendrik hizo lo que le dijeron y la búsqueda arrojó dos resultados: dos archivos de video, que contenían lo que cambiaría la vida de Lendrik para siempre.

-Presiona el primero -dijo el profesor.

La mano de Lendrik temblaba de emoción. ¿Que vería a continuación? ¿Se confirmarían sus sospechas? Un escalofrío recorrió su espalda. Era uno de los momentos más emocionantes que había experimentado en toda su corta vida. Sin duda el de más suspenso. Finalmente, tocó la pantalla, donde se encontraba el primer video, y éste comenzó a reproducirse. La imagen era bastante nítida y mostraba la misma habitación en la que se encontraban. Lucía casi igual, excepto por algunos cuadros que había en las paredes y también unas cuantas pizarras repletas de ecuaciones.

- ¿Estamos listos? -dijo una voz.

-Sí, señor -respondió otra voz, más joven.

-Empecemos entonces.

En la imagen apareció un hombre. Lendrik nunca había visto un hombre con esa apariencia. Tenía la piel del rostro caída y con demasiadas arrugas. Su pelo era blanco y su cuerpo parecía estar débil y cansado. *Entonces así lucían las personas cuando envejecían*, pensó con una mezcla de asombro y lástima. Si esa grabación era realmente de hace más de dos mil años, ese hombre tendría sólo unos setenta u ochenta años y estaba cerca del fin de su vida. *A esa edad la gente se moría, ahora recién comienzan a vivir*. El hombre usaba anteojos, medía más o menos 1,7 metros y era de complexión mediana. Se lo notaba cansado, pero a la vez feliz. Se aclaró la garganta y comenzó a hablar:

"A quién sea que esté mirando este video. Mi nombre es Arthur Verni, soy Doctor en Biología, tengo dos postgrados en genética y he pasado casi toda mi vida adulta buscando la manera de extender la vida humana. Este deseo de prolongar la vida, surgió en mí a temprana edad, cuando era un estudiante de grado en la Universidad. Nuestra sociedad se encontraba en un punto de avance científico y tecnológico sin precedentes. El ritmo crecía con una aceleración exponencial. Los avances sucedían cada dos o tres años, y a veces de un año para el otro. Mientras veía todas estas magnificas cosas que la ciencia descubría y creaba, me imaginaba todo lo que todavía estaba por venir y todo lo que yo no viviría para ver. Cayó sobre mí una profunda depresión. Deseaba vivir para ver todas las maravillas que la ciencia revelaría, pero la naturaleza no me lo permitía. No lo podía aceptar. No me malinterpreten, yo no deseaba la inmortalidad. Eso sería una tortura. Simplemente quería extender mi tiempo en este mundo para ver las maravillas futuras de la ciencia y la humanidad. Entonces, comencé a estudiar la genética de los seres vivos, en especial la de los humanos, intentando descubrir el secreto para prolongar la vida. Adquirí todo el conocimiento posible para lograrlo, y hasta conseguí aprobación para construir mi propio laboratorio. A medida que pasaba el tiempo, mis conocimientos crecían, al igual que mi ambición

de lograr el objetivo. Muchas veces me encontré cantando victoria en el aspecto teórico, pero sólo para que la parte experimental me arrojase resultados completamente distintos e impredecibles. Estaba cerca, lo sabía. Sin embargo, me faltaba algo clave... una clave, sí. Sabía que era una pequeña modificación de las fórmulas lo que me permitiría descifrar el secreto, pero éste siempre me eludía. Una y otra vez intenté y una y otra vez fallé. ¿Se imaginan pasar cuarenta años de sus vidas intentando lograr algo y no obtener resultados? La frustración aumentaba día a día. Estaba llegando a los sesenta años de edad y todavía no había logrado nada. Llegué a la conclusión de que lo mejor tal vez era abandonarlo todo para siempre. Los últimos años de mi vejez me alcanzarían, y me encontrarían sentado en mi sillón, enojado con la vida y conmigo mismo, lamentándome por lo que nunca sucedió. Hasta que... un día, el día más importante de mi vida, alguien tocó mi puerta. Me encontré con un hombre joven de aspecto extraño. Se acercó y me miró a los ojos. Me dijo: -Doctor Verni, tengo algo que le puede llegar a interesar. -En su mirada no parecía haber ninguna duda. A pesar de su edad, parecía poseer la madurez de un hombre adulto. Había gran sabiduría en sus ojos, aunque también una profunda tristeza. Su mirada era de puro convencimiento y determinación. Luego de varios intentos de rechazo no tuve otra opción que invitarlo a pasar. Por alguna razón le creí. Había algo en su mirada...

Ese hombre lo cambió todo. Me entregó la pieza faltante que necesitaba con la cual pude resolver el resto de mis ecuaciones. El milagro había ocurrido. Nos pusimos a trabajar juntos para hacer la prueba final, la prueba decisiva. No había ninguna duda en la mente de mi compañero de trabajo. Él estaba SEGURO de que funcionaría. Él sabía que funcionaría. Su seguridad me asustaba y por momentos pensé que estaba loco. Uno de los principios fundamentales de la ciencia es siempre cuestionar las cosas, e incluso cuando los experimentos respalden la teoría, hay que seguir cuestionando. En este muchacho no había ni una pizca de duda. Él sabía. Él lo sabía todo.

La solución era tan simple, tan evidente, que me sentí como un tonto. Pero así sucede a menudo. Las soluciones están allí, en frente de nuestros ojos, pero estamos tan empeñados en mirar hacia otro lado que no las vemos. Mi deseo es que este nuevo descubrimiento sirva para que en un futuro los seres humanos puedan disfrutar más tiempo en este planeta tan hermoso y para que logren apreciar las maravillas y la belleza de esta vida por un tiempo más prolongado. Espero que, a través de nuestra investigación, ustedes que están del otro lado de la pantalla estén gozando de una vida larga y, lo más importante, que hagan que ese tiempo, cada segundo, valga la pena.

Su deseo se ha hecho realidad Doctor Verni, pensó Lendrik, emocionado. Ahora tenemos tiempo gracias a usted.

Por razones particulares, mi compañero ha decidido mantener su identidad en el anonimato. Pero sepan que nada de esto se podría haber logrado sin él. Él me devolvió a la vida con la información que me entregó

y con su mirada decidida. Si deben agradecerle a alguien es a él.”

La pantalla se puso en negro.

Lendrik estaba petrificado en su silla, atónito por lo que acababa de ver. Toda su vida había crecido con la leyenda de Verni. Su imagen era la de una mente pura y elevada, que estaba más allá de lo alcanzable. Ahora, luego de haber visto el vídeo, se dio cuenta que aquello era sólo una idea, una fantasía que se había instalado en la memoria de la sociedad. Arthur Verni era un simple ser humano. Era recordado por haber realizado el descubrimiento que cambió a la humanidad, sólo que no había sido su descubrimiento en absoluto. Había sido un completo extraño el que le había proporcionado la clave para prolongar la vida. Un hombre del que no sabía absolutamente nada.

- Profesor, ¿usted sabe quién...?

El profesor se había anticipado a su pregunta y le respondió:

-No, Lendrik, nadie lo sabe. Ese hombre es un completo misterio. Y nadie sabe de su existencia más que unas pocas personas en el planeta.

-¿Cómo? No entiendo, pensé que esto se le mostraba a todos los que llegaban a la mayoría de edad.

-No, Lendrik, para la mayoría el recorrido termina en el pasillo de las matrices. Tú eres una de las pocas personas que han visto este video.

- Pero, profesor. Esto es algo muy importante. La gente debe saberlo.

-¿Te imaginas lo que sucedería si todo el mundo supiese que el avance científico más importante de la historia ha sido realizado con una significativa contribución de un completo extraño sin identidad? Que el doctor Verni, a quién tanto admiramos y respetamos, esa persona que hemos llegado a tomar como un modelo a seguir, un monumento humano que vive en la memoria colectiva como el hombre que cambió el curso de la humanidad no fue quién realmente hizo esos descubrimientos. Que la parte más importante del trabajo la hizo un extraño del que no sabemos absolutamente nada. Los humanos necesitamos creer en algo. El mundo entero cree que en Arthur Verni. No les podemos quitar eso.

El profesor tiene razón. Si el mundo supiese la verdad, las consecuencias podrían ser impredecibles, reflexionó Lendrik.

- Sin embargo, a pesar de los riesgos, podríamos revelar la verdad a la sociedad y ver qué sucede. En realidad, la verdadera razón por la que no lo hacemos está en el segundo vídeo. Lendrik, por favor, reprodúcelo y lo verás por ti mismo.

Lendrik hizo lo que le decían. El doctor Verni apareció nuevamente en la pantalla. Lucía casi de la misma manera que en el vídeo anterior, por lo tanto, Lendrik supuso que había sido grabado en el mismo período de tiempo. La habitación lucía exactamente igual. El doctor comenzó a hablar:

“Ya han pasado dos meses desde que mi compañero apareció ante mi puerta con la solución a todos mis problemas. La clave que él me otorgó me permitió obtener mejores resultados en estos pocos meses que en los últimos cuarenta años. La naturaleza de este descubrimiento tendrá un gran impacto en nuestra sociedad. Es verdad que la investigación recién comienza, pero no tengo dudas de que en poco tiempo nuestra teoría será comprobada en un cien por cien y podrá ser implementada de manera total. El cambio se extenderá gradualmente por todo el planeta y dará nacimiento a un nuevo mundo. Nunca he estado tan feliz en mi vida. Aunque, debo decir que hay algo que me hace sentir intranquilo. Hoy, mi compañero decidió marcharse. Me dijo que necesitaba regresar al lugar de dónde había venido ¿Dónde es ese lugar? Me resultaría muy difícil explicarlo y aunque lo hiciera probablemente no me creerían. De todas maneras, me pidió explícitamente que no revele absolutamente nada acerca de él. Me parecía extraño que, después de todo lo que hizo por mí, y más que nada, por la ciencia, decidiera irse y no recibir ningún crédito por sus logros. Pero finalmente lo comprendí. Luego de muchas conversaciones, en las que aprendí cosas increíbles, cosas que nunca creí que iba escuchar en vida, entiendo perfectamente porqué quiere permanecer en el anonimato. Anteriormente les dije que mi colega me había proporcionado la clave para prolongar la vida humana. Eso es cierto. Pero no me la entregó en un papel o en un ordenador ¡La clave estaba dentro de él! ¡En su sangre! Sí, él estaba seguro de que nuestros experimentos funcionarían. ¡No tenía ninguna duda ya que lo había comprobado consigo mismo! ¡Ya había prolongado su vida más allá de lo que yo podía imaginar! Todo estaba allí, guardado en su código genético. -Verni hizo una pausa y tomó un sorbo de agua-. Luego de descubrir el secreto que contenía su sangre, lógicamente comencé a preguntarme cómo había logrado modificar su ADN de esa manera. Se lo pregunté en varias ocasiones. Su respuesta era siempre la misma: debía tener paciencia, que llegado el momento me contaría toda la verdad. Y lo hizo. Creí que estaba preparado para escucharla, pero claramente estaba equivocado. Esto sólo deben saberlo unas pocas personas. Confío en que serán discretos.

Antes de partir, mi misterioso visitante me habló del lugar de donde provenía. Pienso que en mi interior lo sospeché desde un principio, sin embargo, mi mente racional rechazaba la idea constantemente. Pero mis sospechas fueron confirmadas: él había venido de otro planeta. En realidad, tenía perfecto sentido ¿De qué otra manera podían explicarse las diferencias genéticas? ¿De qué otra manera podía explicarse su avanzado intelecto y profundo conocimiento? Todo encajaba perfectamente. Y así fue cómo sucedió. Así pude cumplir mi sueño y completar mi

investigación. Sin embargo, todavía queda un vacío. Nunca más veré a mi amigo. Nunca sabré si llegó a destino, si logró volver. Ojalá pueda regresar a su hogar y encontrar aquello que su corazón más anhela. Ojalá encuentre el camino de vuelta”

Con eso terminó la grabación.

La sala quedó en absoluto silencio. Lendrik miraba la pantalla negra fijamente. El profesor sabía que el muchacho necesitaría tiempo para poder asimilar todo aquello. Lendrik se sentía desconectado, como si las palabras del doctor Verni lo hubiesen aislado de la realidad y transportado hacia un mundo donde todo era posible. Ya no había solidez en lo que creía cierto y lo que creía falso, sus pensamientos se perdían en los abismos de la duda. Le habían sacado una venda de los ojos y parpadeaba confundido intentando acostumbrarse a la luz encandiladora de la verdad. Este asunto se había tornado más intrincado de lo que podía imaginar. Esto era más grande que cualquier avance científico hecho anteriormente. Era más importante incluso que la extensión de la vida. Era la respuesta al misterio de los misterios. ¿Estamos solos en el universo? Al parecer la respuesta era no.

Lendrik logró salir de su estupor y preguntó:

- ¿Cómo sabemos que esto es cierto?

- No lo sabemos con seguridad. Todo lo que tenemos es la palabra de Verni. No tenemos otra evidencia más que su testimonio. Pero, ¿por qué nos mentiría?

Tenía razón. No había ninguna razón lógica para que lo hiciera, pero aun así no era suficiente. Eran científicos, necesitaban más evidencia que la palabra de un solo hombre.

- ¿No han encontrado ninguna otra prueba? -preguntó.

El profesor negó con la cabeza.

- Hemos buscado de todas las maneras posibles algo que pueda arrojar un poco de luz sobre este misterio. Hemos examinado cuidadosamente toda la información que disponemos de esa época, todos los archivos históricos, libros y registros. No hay una sola mención, ni una sola pista, ni un indicio que apunte al visitante de Verni, como nos gusta llamarlo. No teníamos nada.

- ¿Teníamos? -intervino Lendrik.

- Sí, teníamos. Porque hace unos meses nuestra suerte comenzó a cambiar. Como sabes, hay numerosas sondas que hemos enviado para

investigar las lejanas regiones del espacio. Hace aproximadamente dos meses, los técnicos del centro espacial recibieron datos de una de ellas. Datos muy prometedores. Todavía faltan realizar algunos análisis, pero estamos casi seguros de que estos datos apuntan a la existencia de un planeta muy parecido al nuestro. Un planeta en el que puede haber vida inteligente.

- ¡Eso es asombroso! – exclamó Lendrik. ¿Y piensan que el Visitante vino de este planeta?

El profesor asintió.

- Según la descripción de Verni, el visitante luce exactamente como nosotros. Por lo tanto, su planeta de origen, por fuerza, debe tener características casi idénticas al nuestro. De otra manera, este misterioso personaje no podría haber evolucionado para lucir cómo nosotros. Los especialistas en el tema están seguros de que si alguna vez encontramos vida inteligente en otros planetas ésta sería igual o muy similar a los seres humanos. Es por eso que estamos muy entusiasmados con este nuevo descubrimiento. Por un lado, tenemos el testimonio de Verni, que afirma haber conocido a un ser proveniente de otro planeta. Pero, como bien señalaste, la palabra sola de Verni no es suficiente evidencia, aunque confiamos plenamente en ella. Necesitábamos algo más y como respondiendo a nuestros ruegos apareció Banta.

- ¿Banta?

- Así es como llamamos al nuevo planeta -respondió el profesor.

- ¿Cuán seguros están de que allí podemos encontrar vida inteligente?

- Muy seguros. Banta cumple con las condiciones ideales para el desarrollo de la vida. Los mejores expertos en el campo aseguran que las probabilidades son tan altas que el margen de error es casi inexistente.

Tara, que hasta ese momento había permanecido en silencio, escuchando atentamente la conversación, los interrumpió con un casi inaudible carraspeo de la garganta.

- Lo siento, profesor. Pero ya es hora de que volvamos a la superficie. Usted sabe lo rígidos que son aquí con el cronograma. Hay otros jóvenes que deben realizar el recorrido.

- Por supuesto. Como de costumbre, he hablado demasiado- dijo el profesor.

Lendrik, no había caído en la cuenta de que probablemente no era el único que cumplía años aquel día. Por alguna razón egoísta, no se le había

ocurrido.

Tara los condujo nuevamente hacia la abertura de la pared que conducía al pasillo de las matrices. Lo atravesaron rápidamente y en silencio. Lendrik volvió a admirar aquellas columnas que sostenían cientos de vidas aún por nacer. Antes de entrar en el ascensor, echó un último vistazo a la pared que había al final del pasillo. Sabía que nunca olvidaría lo que había del otro lado. El recuerdo de aquella visita viviría siempre fresco e intacto en su memoria. Se preguntaba cuántas personas se habían paseado por allí, sin saber que a sólo unos pasos se escondía el secreto mejor guardado de la humanidad. Y ahora él, un simple estudiante sin ningún talento extraordinario, era una de las pocas personas que lo sabían.

Llegaron nuevamente a la recepción. Allí se despidieron de Tara, y luego salieron del edificio. El sol ya se encontraba alto en el cielo y derramaba su luz dorada sobre la ciudad de Verna. En las calles, ya se podía ver la actividad habitual de todos los días. Lendrik no podía precisar cuánto tiempo había estado en el centro de genética. El profesor Weiss lo condujo hacia un parque que había en las cercanías. Eligieron un banco y allí se sentaron. Había una pregunta que había querido hacerle al profesor durante toda la mañana.

-¿Por qué me han revelado todo esto a mí, señor?

- A lo largo de los años sólo hemos mostrado esa sala y esos videos a unas pocas personas. Cada cierta cantidad de tiempo se elige a alguien nuevo para revelarles el secreto. Esta vez te tocó a ti.

Lendrik todavía no entendía por qué lo habían elegido. No había nada especial acerca de él, nada que lo destacara del resto.

-Pero, ¿por qué? No lo entiendo

-Me temo que ha sido la suerte, o el destino, si crees en eso. La elección se realiza al azar, usando la base de datos de los habitantes de la ciudad - respondió el profesor y de repente su semblante se tornó serio-. Yo simplemente hago el papel de intermediario. Me asignaron la tarea de revelarte el secreto seguramente porque soy una persona cercana a ti. Es de suma importancia que no se lo cuentes a nadie, Lendrik ¿Entiendes?

-Sí, profesor, absolutamente -respondió Lendrik. ¿Y ahora como sigue todo esto?

- El siguiente paso es confirmar los datos enviados por la sonda que descubrió la existencia de Banta. Es una confirmación formal, ya que los datos ya han sido estudiados a fondo por los analistas. Una vez que el Consejo reconozca oficialmente la existencia del planeta, se comenzará

con el proyecto que nos llevará allí. Pero, dime, ¿cómo te sientes?

- No lo sé. Es mucho para asimilar, profesor -respondió Lendrik. En especial el hecho de que soy una de las pocas personas que saben esto. Mantener un secreto así ya se siente como una carga.

-Te entiendo, te sientes diferente, separado. Sientes que ahora hay una barrera que te separa del resto, pero no siempre tiene que ser así. Te diré algo. Aunque no lo parezca, no soy un gran entusiasta de seguir las reglas al pie de la letra. Siempre he sentido ese deseo de desviarme un poco del camino del orden. Supongo que siempre hubo algo de esa rebeldía dentro de mí. La cuestión es que conozco personas en las que confío plenamente y a las que les he contado nuestro pequeño...secreto.

-Supongo que se lo podría contar a Grederi. Es mi mejor amigo.

- Si tú crees que es digno de confianza, hazlo. Pero tienes que estar seguro, Lendrik. Esta información no puede caer en manos equivocadas. Ahora, hay algo más en lo que debes pensar. Sé que es mucho para una sola mañana -dijo el profesor con una sonrisa-, pero pienso que estás a la altura de las circunstancias. Debes elegir entre dos caminos. Como te dije anteriormente, muy pronto se comenzará con el proyecto de la misión que nos llevará a Banta. En este proyecto participarán especialistas de diversos campos. Tú puedes ser uno de ellos.

- Pero, profesor. Recién he terminado con mis estudios iniciales, ¿cómo voy a lograr que me acepten en un proyecto de tal magnitud?

- No te olvides que desde hoy ya no eres cualquier persona. Lo quieras o no, eres importante. El hecho de que conozcas la existencia de esa sala y el contenido de esos videos, te abrirá las puertas al proyecto y a muchas otras cosas que aún nadie alcanza a ver. Me has dicho que quieres estudiar física. ¿Qué mejor oportunidad que ésta para aprender? Pienso que puedes aportar muchas cosas de valor.

- ¿Cuál es el otro camino? -preguntó Lendrik.

- Si sigues el otro camino, deberás aprender a vivir con el hecho de que tuviste la oportunidad de participar en algo único y maravilloso y la desperdiciaste. En realidad, no es realmente una elección, ¿no te parece? Pero, piénsalo tranquilo, Lendrik. Entiendo que no es una decisión que debe tomarse a la ligera.

El profesor tenía razón. Era demasiado para una sola mañana.

- ¿Hasta cuándo tengo para decidirme? -preguntó Lendrik.

- Esto recién comienza, tomate el tiempo que necesites. Llevará años reunir a todos los especialistas que conformarán el equipo.

- De acuerdo, lo pensaré, profesor -dijo Lendrik-. En verdad quiero hacerlo. Siempre he querido contribuir a la ciencia y no veo un propósito más alto que encontrar vida inteligente en otro planeta.

- Tienes toda la razón. Este es el evento que hemos estado esperando. Es evidente que durante muchos años no hemos tenido un propósito claro que nos guíe como civilización. Hasta entonces nuestro motor era el deseo de descubrir nuevos conocimientos y aplicarlos a nuestra tecnología para generar mayor bienestar; y eso, lo hemos logrado con creces. A través de los años hemos conseguido prolongar la vida mucho más de lo que creíamos posible y nuestra tecnología está evolucionando constantemente. Sin embargo, sentimos que eso no es suficiente, que todavía hay más cosas por explorar y por alcanzar. Llegar a este planeta nos presenta un desafío como nunca habíamos tenido. La noticia de su descubrimiento encenderá nuevamente el deseo de explorar nuevos horizontes. Le dará un nuevo sentido a nuestras vidas y si allí encontramos lo que creemos que vamos a encontrar, si realmente encontramos otra civilización, habremos dado comienzo a un completo cambio de paradigma. Las puertas se abrirán hacia un nuevo mundo. Se aproximan tiempos de cambio. -Hizo una pausa y miró su reloj-. Deberás disculparme, Lendrik. Tengo una reunión. De todas maneras, creo que ha sido suficiente por hoy. No dudes en venir a mí con cualquier duda que tengas. Te ayudaré en lo que pueda.

- Gracias, profesor. Yo también debería irme. Aún tengo muchas cosas por hacer hoy.

Weiss le dio una palmada en la espalda.

- Tengo un buen presentimiento acerca de esto. Cuando supe que habías sido tú, me puse contento. Pienso que no podíamos haber encontrado a alguien mejor.

Se estrecharon la mano y Lendrik observó al profesor que se alejaba con paso apresurado, hasta que cruzó el parque y se perdió en la distancia. Él, por su lado, se dirigió de vuelta hacia casa Ghali. Caminaba despreocupadamente y sin apuro, meditando acerca de la extraordinaria mañana que había tenido. En el camino, las nubes que hace unas horas había visto a lo lejos, ya se cernían amenazantes sobre Verna y unas cuadas antes de llegar a su edificio, comenzaron a caer las primeras gotas. Una vez de vuelta en su habitación, Lendrik se recostó en su cama y siguió pensando en todo lo que había visto ese día. La lluvia caía copiosamente contra su ventana. Las palabras del profesor todavía resonaban en su mente: *Las puertas se abrirán a un nuevo mundo. Banta.* El momento que la humanidad había soñado durante tanto tiempo había

llegado. Lo que hasta ahora habían sido sólo fantasías y anhelos imposibles podían transformarse en realidad, aunque todavía había mucho camino por delante. Mientras su imaginación volaba por lugares distantes del espacio, alguien golpeó la puerta. El sonido sobresaltó lo sobresaltó. Se levantó y fue a abrir. Era Grederi.

- Vaya, amigo. ¿Te sucede algo? Tienes una mirada muy extraña. Te ha pegado fuerte lo que has visto, ¿verdad? -dijo Grederi, preocupado y divertido a la vez.

- Muy fuerte. Mucho más de lo que esperaba, aunque nunca creí que eso fuera posible.

- Sí, es realmente impresionante. Pero, verás que después de unos días se te pasa. Después de todo, no son más que algunos aparatos sofisticados y un montón de matrices. Pero esas esferas sí que son algo asombroso ¿no es así? La verdad que es un sistema muy elegante y el proceso es brillante. Igualmente, lo más importante es lo que está dentro del ADN, en esas pequeñas esferas. El legado del doctor Verni. ¡Qué mente tan brillante! ¿No crees?

- Sí, lo era -dijo Lendrik, y sonrió tímidamente. *No tengo dudas de que era brillante, pensó. Pero había existido alguien que lo era incluso más.*

5

Como había dicho el profesor, no era una elección en absoluto. Desde el momento que había oída acerca de Banta, sabía que quería formar parte de aquella fascinante aventura. No podía dejar pasar la oportunidad de participar en un proyecto que, de tener éxito, cambiaría a la ciencia y a la sociedad por completo. Sin embargo, se tomó unos meses antes de informar al profesor de su decisión. Si bien encontrar vida inteligente era motivación suficiente, lo inquietaba mucho la misteriosa identidad del "Visitante". El hecho de que uno o más habitantes de ese lejano planeta posiblemente los habían visitado muchísimos años atrás lo fascinaba y lo asustaba.

Había elegido como área de estudio la física; más precisamente, todo aquello relacionado con la materia y la energía oscura. Lendrik creía que una comprensión más profunda acerca de estos fenómenos físicos era la clave para realizar de manera efectiva los viajes interestelares, en especial el viaje a Banta. Lendrik no había sido el más brillante de la clase ni el más talentoso. Era alguien de inteligencia promedio. Sin embargo, sentía una pasión muy intensa hacia la ciencia y el espacio siempre había sido objeto de fascinación para él. Durante sus estudios iniciales había

elegido profundizar acerca de todo lo relacionado con la gravedad. Le fascinaba enormemente la manera en que los objetos celestiales se mantenían unidos por esta poderosa fuerza invisible. La relación entre la gravedad y la energía oscura todavía permanecía como un misterio, aunque la evidencia apuntaba cada vez más hacia una íntima relación entre ellas.

Ya hacía mucho tiempo que los seres humanos habían comenzado la exploración espacial. Habían descubierto cientos de planetas. Luego de una ardua búsqueda y de exhaustivos análisis, se seleccionaban aquellos en los que había más probabilidades de hallar vida y que, al mismo tiempo, estaban lo suficientemente cerca para ser visitados por humanos. En varios de ellos encontraron agua, plantas, e incluso algunas especies de insectos. Sin embargo, no había rastro de vida consciente parecida a los seres humanos. Entre éstos, los más lejanos se encontraban entre treinta y cuarenta años de viaje, tiempo que los exploradores estaban más que dispuestos a sacrificar a cambio de formar parte de esta emocionante aventura. Cuando comenzaron las expediciones, todos estaban muy entusiasmados, ya que hace tiempo que anhelaban encontrar la prueba de que no estaban solos en el universo. Un interrogante que era ciertamente el más importante de todos. Luego de que varias personas bien entrenadas visitaran, una o más veces aquellos planetas, los viajes se volvieron cada vez más frecuentes. A medida que la tecnología aeroespacial avanzaba, no sólo las personas especializadas podían embarcarse en estas audaces travesías. Cualquier habitante podía hacerlo, siempre y cuando tuviese una preparación básica. Es importante aclarar que los planetas mencionados, estos candidatos, eran planetas que estaban fuera del sistema solar. Los planetas del sistema solar ya habían sido visitados mucho tiempo atrás y tenían muy poco para mostrar. Sin embargo, la frecuencia de estos viajes disminuyó y se hicieron menos populares ya que la gente que volvía no había descubierto nada nuevo. Entonces, los viajes interestelares volvieron a ser realizados exclusivamente por los exploradores especialistas en el campo, aquellos que estaban dispuestos a dedicar su vida a estas misiones.

Para investigar planetas que se encontraban a distancias muy grandes se enviaban sondas y, unos meses atrás, los investigadores comenzaron a recibir datos de una de ellas. Éstos eran más que prometedores. Según esos datos, el planeta en cuestión tenía un setenta y cinco por ciento de agua, una cantidad muy cercana al ochenta y cinco por ciento que poseía Lira. La estrella de este sistema solar era casi idéntica en tamaño, en masa, en luminosidad y otras características al sol del sistema de Lira. La distancia entre este nuevo planeta y su estrella era de aproximadamente unos 150.000.000 de kilómetros, una cifra muy cercana a la que separaba a Lira del Sol. Ahora bien, el plan inicial de la misión había sido enviar la sonda para que aterrice en Banta. Pero, luego de enviar todos los datos, la sonda se apagó de repente. Dejaron de recibir datos sobre su ubicación o sobre la dirección hacia se dirigía. Nadie sabía qué había sucedido y ya no podían enviar más sondas porque éstas tardarían mucho tiempo en llegar. Sin embargo, luego de recibir datos tan positivos, los voluntarios

para formar parte de la misión se habían multiplicado. La gran probabilidad de encontrar vida inteligente, había reencendido la pasión por la exploración espacial. Pero, como se dijo anteriormente, el planeta estaba muy lejos. Con las velocidades que tenían las naves actuales no podían llegar al planeta y volver en una cantidad de tiempo razonable. Con las tecnologías de las que disponían, tardarían trescientos años solamente en llegar. Si bien los tripulantes podían someterse al "sueño criogénico", sólo podían hacerlo por un determinado periodo de tiempo, muchísimo menor a trescientos años. Así que, el gran desafío que tenían los científicos era acortar ese tiempo lo máximo posible. Ésta había sido la ocupación principal de Lendrik en los últimos diez años. Sus conocimientos habían crecido considerablemente, pero el desafío recién comenzaba. La conexión entre la gravedad y la energía oscura era algo que no se había estudiado profundamente en el pasado, por lo tanto debía generar ideas nuevas y originales.

Estaba terminando de resolver una ecuación cuando sonó la alarma de su reloj. En la pantalla pudo leer el recordatorio "Gred almuerzo". La alarma fue muy oportuna, ya que su mente estaba agotada y necesitaba un poco de descanso. Había quedado con Grederi para almorzar. Dejó lo que estaba haciendo, se puso una chaqueta y dijo:

- Madeleine, necesito que analices las ecuaciones en las que estoy trabajando y me arrojes sugerencias. Busca en tu base de datos y fíjate si encuentras alguna coincidencia entre los campos de Godel y el teorema de Rillcj.

- Muy bien, señor. ¿Algo más?

- Por ahora no. Gracias, Madeleine.

Lendrik salió de su oficina y se dirigió al ascensor. Estaba en el cuarto piso. Pulsó el botón de planta baja, y esperó unos segundos hasta que se abrieron las puertas. Al llegar a planta baja, atravesó el salón principal del edificio donde se encontraba la recepción. No existían recepcionistas humanos. Si necesitabas información lo único que tenías que hacer era dirigirte a uno de los paneles computarizados que había en el salón y hacer las preguntas correspondientes.

- Hola Lend -lo saludó un hombre alto y delgado de tez negra-. ¿Todavía sigue en pie lo de ir a ver la carrera de mañana?

Lendrik, al igual que gran parte de la población de Verna, era fanático de las carreras de aerodeslizadores. Los aerodeslizadores eran vehículos extremadamente rápidos y difíciles de manejar. Son pequeñas naves que, como lo dice su nombre, se deslizan a sólo unos centímetros del suelo gracias a sus propulsores anti gravitatorios. Lendrik era un corredor amateur. Tenía su propio deslizador al cual cuidaba como si fuese su novia. Su pasión por la velocidad sólo era igualada por su pasión por la

ciencia.

- ¡Por supuesto! -respondió Lendrik con entusiasmo-. ¿Crees que esta vez ganará Stekel?

-Ese hombre está inspirado, pero tengo la corazonada de que Limen se quedará con el primer puesto

- ¡¿Limen?! ¿Lo dices en serio? Ha terminado detrás del octavo puesto en las últimas tres carreras.

Devon asintió y sonrió.

- ¡Veremos qué pasa! En la última carrera mejoró mucho su rendimiento.

- No creo que esta vez le aciertes, amigo. Hay muy pocas probabilidades. Sabes que Limen es mi preferido, pero no creo que vaya a ganar. Se ha estrellado en las últimas tres carreras.

- Lo sabremos mañana. Le acierte o no, será una gran carrera. ¡Sólo faltan dos más para que termine el campeonato!

- ¡Desde luego lo será! Hablamos luego, voy en camino a almorzar con Grederi.

- Saluda a ese sabelotodo de mi parte, ¿quieres?

Lendrik ríe

-Por supuesto. ¡Te veo luego Devon! -Se saludaron y Lendrik salió del edificio.

Grederi trabajaba en el centro de la ciudad al igual que él. El edificio donde trabajaba Grederi estaba justo enfrente del de Lendrik, cruzando el parque. Quedaron en encontrarse en un comedor que se encontraba cerca. Cuando Lendrik llegó, notó que, como de costumbre, Gred todavía no había llegado. Conociendo a su amigo, iba a pasar un largo rato hasta que se dignase a aparecer. Grederi tenía un problema con la puntualidad. Así que decidió que miraría algo de televisión. Pasó la mano sobre un pequeño sensor que se hallaba en el extremo derecho de la mesa. Inmediatamente un panel táctil apareció. Presionó algunos comandos y sobre la mesa apareció una pantalla holográfica. Buscó la repetición de la última carrera de aerodeslizadores. Sorprendentemente, Limen había logrado terminar la carrera sin estrellar su deslizador. Había finalizado en quinto lugar, lo cual era una gran mejora con respecto a las carreras anteriores. Mientras miraba como los corredores cruzaban la línea final a

toda velocidad escuchó una voz familiar detrás de él.

- Si tanto te gustan esas cosas, ¿por qué no te haces piloto?

- Sabes que eso es un tema delicado -dijo Lendrik mientras se daba vuelta-. ¿Alguna vez llegarás a tiempo a alguna reunión?

- Sabes que eso es un tema delicado -dijo Grederi con una pícara sonrisa.

Antes de cumplir sesenta años, antes de visitar la sala de Verni, Lendrik había considerado convertirse en piloto profesional. Ese había sido su sueño desde pequeño. Pero, el día que entró a aquella sala con el profesor y que se le revelaron aquellos intrigantes secretos, supo que no tenía opción. Tuvo que dejar de lado su ambición de convertirse en piloto de carreras, una decisión que a pesar de todo todavía ponía en duda. Al finalizar los estudios iniciales, los habitantes de Verna tenían un amplio abanico de futuras profesiones para elegir. Podían dedicarse a la ciencia, al deporte, a la música, entre otras. La elección más popular era la ciencia, seguida muy de cerca por los deportes. Grederi había elegido la física, al igual que Lendrik.

- ¿Alguna vez me contarás cómo conseguiste entrar al proyecto Banta? - preguntó Grederi. -Un puesto en el proyecto Banta era el trabajo más codiciado del mundo científico. Lendrik todavía no se decidía a decirle la verdad a Grederi acerca de lo que había visto aquel día en la sala de Verni, así que le había dicho que había sido pura suerte. Pero, su amigo no era estúpido. Sabía que había algo más detrás de su "suerte".

- Ya te lo dije. Fue suerte. Me presenté con mi investigación y vieron que tenía potencial. Supongo que el profesor Weiss tuvo algo que ver.

Grederi hizo un gesto de resignación.

- Como quieras. Ya te sacaré la verdad. Algún día te agarraré desprevenido. Por lo menos dime que intentarás hacerme entrar.

- Estoy haciendo todo lo posible -dijo Lendrik.

- Excelente. ¿En qué has estado trabajando últimamente?

- Seguimos trabajando en cómo viajar lo suficientemente lejos sin tener que pasarnos toda nuestra vida dentro de una maldita aeronave. Estamos preparando un experimento con partículas de muy poca masa que interactúan con un campo de Shwartz con otras partículas que vibran a frecuencias muy altas. Hay progresos. Son mínimos, pero tenemos que ser optimistas. En nuestro departamento estamos muy ansiosos por alcanzar los resultados que deseamos. Ese planeta es tan similar al nuestro que es posible que sus habitantes sean idénticos o casi idénticos a

nosotros.

Grederi asentía fascinado mientras su amigo hablaba del proyecto.

- Asombroso. Todavía no puedo creer que esto esté sucediendo. Cuando hicieron el anuncio por el Canal Global me quedé petrificado frente a la pantalla. Recuerdo aquel día como si hubiese sido ayer. Volví a casa luego de hacer ejercicio y decidí hacer una parada rápida en un comedor para tomar algo que repusiera mis nutrientes. Cuando llegué, el lugar estaba repleto de gente. Ya era tarde en la noche, y tú sabes que esos lugares suelen estar vacíos a esas horas. En fin, no lo estaba. Entré y noté que todos miraban como hipnotizados la pantalla. Allí estaba el jefe del centro espacial, anunciándole al mundo entero que habían encontrado un planeta idéntico al nuestro y que las probabilidades de que allí hubiese vida inteligente eran más altas que nunca.

Mucho más alta de lo que crees, amigo, pensó Lendrik recordando el testimonio de Verni acerca del Visitante.

- También recuerdo ese día. En el futuro probablemente se convierta en una fecha histórica.

Grederi asintió y levantó el vaso en forma de brindis.

- Ahora, pasemos a un tema distinto, pero no menos importante. Ya me he cansado de que la única mujer con la que tienes una relación sea Madeleine. Por más encantadora que sea es una máquina. Lo sabes ¿no es así? O no me digas que has estado experimentando cosas sucias con ella...

-No seas ridículo Gred, o te golpearé. ¿A dónde quieres llegar?

Grederi rio.

-Está bien, está bien. Hay una chica que trabaja en mi edificio. Una belleza de otro planeta. Trabaja en el departamento de historia, se especializa en Historia científica. Está soltera y al igual que tú está sola hace tiempo. Su nombre es Mira y en verdad pienso que deberías conocerla. -Al escuchar la palabra historia algo hizo clic dentro de Lendrik. No sabía muy bien qué era pero sabía que tenía que aceptar la propuesta de Grederi de conocer a esta chica. Espera que te muestro una foto.

-No, no hace falta. Pásame su número y en cuanto pueda la llamaré -dijo con decisión, sorprendido de sí mismo.

- ¡¿Qué?! El señor exigente no me va a hacer más preguntas. ¿Te bastó con lo que te dije? ¿Qué te pasa? Normalmente me hubieses hecho mil preguntas y al final hubieses terminado diciendo que no y habrías vuelto a

enterrar tu cabeza en esas ridículas ecuaciones.

-No lo sé -dijo Lendrik, también un poco confundido-. Al parecer estoy cambiando. -Era cierto, algo había cambiado en él. Por alguna razón conocer aquella chica tenía perfecto sentido.

-¡Enhorabuena! Las cosas están cambiando para el pequeño Lendi -dijo Grederi, palmándole la espalda.

-Sabes que no me gusta que me llames así.

Mira. Por alguna razón ese nombre le resultaba familiar.

- Dime, Gred. ¿Conozco a esta tal Mira? Tengo la sensación de haber escuchado ese nombre antes.

- Lo dudo mucho. Hace sólo un año que vive aquí en Verna. Vino aquí de otra ciudad para continuar con su investigación. Tal vez te la has cruzado en algún lugar...

- Tal vez -dijo Lendrik, pero aún dudaba-. ¿Qué es lo que está investigando?

Grederi sonrió.

- ¿No es eso obvio? -dijo Grederi burlándose de la ingenuidad de su amigo-. A Verni por supuesto. ¿Qué más si no?

Capítulo 3

6

Lendrik se apresuraba camino al subterráneo. Había quedado en encontrarse con Devon para ir a la carrera. Había perdido la noción del tiempo mientras trabajaba, pero logró alcanzar el tren. En unos quince minutos, éste llegó a su destino: el centro de deportes de la ciudad. Se bajó y subió por una escalera hacia la superficie. En la boca del subterráneo lo esperaba Devon. Lendrik vio que éste miraba impacientemente su reloj, hasta que levantó la mirada y lo vio venir.

- Por un momento pensé que no vendrías.

- ¿Estás bromeando? No me perdería esta carrera por nada en el mundo. Me entretuve con el trabajo y por eso se me hizo tarde.

Devon miró su reloj nuevamente.

- Será mejor que vayamos si queremos conseguir buenos asientos -dijo Devon.

Tardaron diez minutos en llegar al estadio. Al llegar, se dirigieron hacia una de las entradas. Deslizaron sus pases magnéticos por uno de los lectores, la máquina emitió un pitido y una luz verde y luego ingresaron. Cada temporada debían renovar estos pases para poder seguir entrando a las carreras. Lendrik amaba aquel ambiente. El bullicio de la gente, el sonido de los propulsores y la expectativa previa al comienzo de la acción. Buscaron sus asientos asignados.

- Genial ubicación -exclamó Devon.- Hace semanas que venía sentándome allí arriba.- Señaló los asientos más alejados del estadio.

-Sí, la rotación nos ha favorecido hoy a pesar de que hemos llegado un poco tarde. Hemos tenido suerte.

-Así es -respondió Devon-. Desde aquí se ve la pista perfectamente y también estamos cerca de las pantallas.

Los pilotos estaban llevando sus deslizadores hacia la línea de partida. Lendrik reconoció el modelo que conducía Limen de inmediato. Una nave totalmente plateada.

- Será un milagro que su deslizador termine la carrera en ese estado. Me

temo que esa belleza terminará con varias abolladuras.

- No esta vez- dijo Devon.

- ¿Sigues pensando que ganará? Ojalá tengas razón.

- Ya veremos -dijo Devon con una sonrisa.

Probablemente tenga razón. Siempre acierta en este tipo de cosas. Devon tenía gran instinto para predecir resultados.

- Dime, Lend. ¿Por qué no te has dedicado a ser piloto de carreras? Tienes mucho talento.

Buena pregunta, pensó Lendrik.

- La vida me ha llevado hacia otro lado. Me di cuenta que lo único que podía hacer era dedicarme a la física.

- Te entiendo. A veces algunas cosas están destinadas a ser. De todas maneras, pienso que habrías sido un excelente piloto.

La carrera estaba a punto de comenzar. Los competidores ya estaban listos y dispuestos sobre la línea de partida, esperando por la señal que daría inicio al espectáculo. No tardó en llegar. Se escuchó un fuerte pitido y los propulsores rugieron impulsando a los corredores hacia delante con una aceleración escalofriante. Los aerodeslizadores se alejaron a toda velocidad. Lendrik sacó de su bolsillo las gafas que le permitían ver lo que sucedía a la distancia. Ajustó el aumento de la imagen hasta tener el foco correcto. Podía ver con absoluta nitidez lo que sucedía en la pista. Si quería, incluso podía mirar lo que pasaba dentro de la cabina del piloto, si el ángulo se lo permitía. Rápidamente enfocó el deslizador de Limen. El circuito de la ciudad de Verna era uno de los más exigentes del campeonato. Cada circuito tiene una característica que lo diferencia del resto. El de Verna tenía la particularidad que, en varios tramos los deslizadores debían pasar sobre varios lagos artificiales. Las naves, al pasar, dejaban prolijos surcos sobre el agua. Aquello era algo que los aficionados amaban. Luego de varias vueltas, Limen, el favorito de Lendrik, había logrado ascender a la cuarta posición y por obra de alguna gracia divina, su nave todavía estaba intacta. Lendrik lo admiraba más que a nadie. Lo había seguido desde que era un niño. Su estilo era arriesgado y vistoso. Ser tan temerario le había costado varias carreras, pero cuando ganaba lo hacía a lo grande. Finalmente, luego de varios intentos y con algunas maniobras osadas que habían hecho que muchos de los espectadores se taparan los ojos, lo había logrado. Se adelantó al segundo y ahora quedaba sólo un corredor delante de él. Había intentado varias estrategias de avance pero ninguna funcionaba. La distancia entre él y el deslizador que tenía en frente seguía siendo la misma. Se estaban

aproximando a la curva más peligrosa del circuito y ya iban por la décima y última vuelta. Antes de llegar a la curva, Limen se tiró hacia la derecha, y en ese momento, Lendrik supo exactamente lo que iba a hacer. *Está loco*, pensó.

En ese tramo, los bordes de la pista eran ovalados y formaban una especie de tubo. Limen aceleró y se dirigió hacia una de las paredes. El público contuvo el aliento, todos pensaban que se iba a estrellar, como lo había hecho en otras ocasiones. Pero esta vez sería distinto. Antes de llegar a la pared, Limen viró bruscamente. Los propulsores antigraavedad amortiguaron el impacto contra la pared y generaron el impulso suficiente para que volará por sobre el otro competidor y le ganara la posición. La gente vitoreaba desenfrenada y gritaba su nombre. Había ganado la carrera.

- ¡Eso fue increíble! -dijo Lendrik-. ¡Tenías razón! Esa maniobra fue espectacular. No sé cómo lo haces, pero has acertado nuevamente.

- Por muy poco -dijo Devon- mientras se recuperaba de la euforia-. El maldito casi se estrella en esa última curva.

- Está realmente loco -dijo Lendrik-. Todavía no puedo creer que no se haya estrellado.- Permanecieron un largo rato en sus asientos comentando la carrera con gran entusiasmo. Finalmente, cuando el estadio quedó casi vacío, se levantaron y fueron hacia la salida. Devon vivía a sólo unas cuadras de allí, de modo que acompañó a Lendrik a la boca del subterráneo. Las calles estaban repletas de gente y todos estaban fascinados con el desenlace de la carrera. Lendrik los oía comentar la última y desquiciada maniobra de Limen. Saludó a Devon y bajó las escaleras hacia la estación de tren. Una vez a bordo, se dejó caer exhausto sobre el primer asiento que encontró. Había sido un día cansador y la carrera había terminado de agotar sus energías. Sus párpados comenzaron a cerrarse en contra de su voluntad, pero en ese momento algo extraño captó su atención. Había un hombre vestido de negro sentado directamente en frente de él, pero en el vagón contiguo. Al principio, pensó que el sueño le estaba haciendo ver cosas, pero luego no le quedó ninguna duda. Aquel hombre lo observaba fijamente. Lendrik comenzó a sentirse realmente incómodo. Intentó ignorarlo mirando hacia otro lado o jugueteando con su reloj, pero siempre que volvía la mirada se encontraba con los ojos perturbadores de aquel extraño. Finalmente, cuando ya no pudo aguantar la tensión, se levantó y se dirigió al otro vagón dispuesto a confrontarlo. Estaba a sólo unos pasos de la puerta, cuando el tren dejó de moverse. En ese momento, el extraño se detuvo y antes de bajar le dirigió una última e inquietante mirada. Lendrik luchó con la tentación de bajar y seguirlo, pero aquella parada quedaba bastante lejos de su casa y estaba realmente muy cansado. Luego de unos segundos de indecisión, volvió a sentarse y se dijo a sí mismo que probablemente estaba exagerando y que el cansancio le estaba impidiendo pensar con claridad. Volvió a su departamento, se desplomó

sobre su cama y en apenas unos segundos cayó en un sueño profundo. Esa noche, soñó que ganaba la última carrera del campeonato mundial y que un estadio repleto de gente coreaba su nombre al unísono. También, aunque a la mañana siguiente no lo recordaba, había soñado con los ojos fríos de aquel extraño que había visto en el tren. En el sueño intentaba seguirlo, pero cuando quería bajar del tren las puertas se le cerraban y lo dejaban atrapado. Trataba desesperadamente de abrir la puerta, mientras veía al extraño alejarse y perderse en la oscuridad.

7

El departamento de física se encontraba en el centro de la ciudad de Verna. Era uno de los edificios más antiguos de la ciudad y todavía conservaba algunos de los rasgos distintivos de la arquitectura de épocas anteriores. Las mentes más brillantes del mundo trabajaban allí día y noche, intentando descifrar el lenguaje del universo. En muchas ocasiones, Lendrik se sentía fuera de lugar entre tantos científicos destacados. Era el miembro más joven del departamento. Sabía que había logrado entrar al proyecto Banta gracias a su conocimiento de la verdad acerca del doctor Verni. Por esa razón se esforzaba mucho para estar a la altura de las circunstancias. A veces se exigía demasiado. Había ocasiones en las que solía pasar horas encerrado en su oficina, estudiando furiosamente hasta altas horas de la noche. Ese día caminaba por la delgada línea que separaba el esfuerzo sano de la locura obsesiva. Su pizarra estaba repleta de ecuaciones y anotaciones. Había estado trabajando durante meses en una serie de modificaciones en las ecuaciones que regían el espacio-tiempo en condiciones extremas, en las que la masa era sumamente compacta y densa. No era tarea fácil. Había estado tan absorto que no había notado lo mucho que le dolía la cabeza. Decidió que era momento de un descanso. No podía seguir encerrado, necesitaba un poco de aire fresco. Bajó por el ascensor y se dirigió al parque que se encontraba en frente del edificio. Se sentó en un banco que miraba a una hermosa fuente. Le gustaba sentarse allí y observar el agua subir y bajar en aquellas parábolas perfectas y ver como la luz del sol atravesaba las gotas y las hacía brillar con muchos colores. Cerró los ojos y se dejó llevar por el sonido adormecedor del agua. Poco a poco su mente fue aclarándose hasta vaciarse por completo. Cuando necesitaba relajarse se sentaba frente a aquella fuente a contemplar el agua. Aquello siempre lograba calmarlo y lo dejaba en un estado de placentera somnolencia. Comenzó a cabecear; se estaba quedando dormido. Justo antes de dormirse por completo, sintió que alguien le tocaba el hombro y abrió los ojos sobresaltado. Parada a su lado Lendrik vio una mujer de gran belleza. Tenía el cabello negro y la piel muy blanca. Sus ojos marrones eran intensos y lo observaban con una divertida sonrisa. Era

muy hermosa.

- Hola, disculpa que te haya despertado, pero dejaste caer esto- dijo la muchacha señalando una pizarra que había en el suelo.

- ¡Gracias! No sé qué es lo que tiene esta fuente. Siempre me quedo dormido aquí sentado -dijo mientras levantaba la pizarra.

- Te entiendo. A mí también me relaja, aunque nunca termino con la boca abierta y murmurando cosas como tú -dijo riendo.

Lendrik se sonrojó.

- ¿Estaba murmurando?

La joven asintió.

- Pero no te preocupes. No me has revelado ningún secreto íntimo y oscuro. Tus balbuceos eran ininteligibles.- La muchacha sonreía. La situación parecía resultarle muy divertida.

- Bueno, mejor así. No querrás escuchar lo que hay aquí dentro- dijo Lendrik señalando su cabeza.

- Tal vez sí. Tal vez me gustan los chicos con mentes oscuras y retorcidas.

- ¿De verdad? Supongo que si mirarás dentro encontrarías algo de oscuridad, pero más que nada encontrarías muchos enredos. Por eso salí un rato. Y tú, ¿sueles venir seguido a este parque?

- A veces. Trabajo en un edificio cercano y suelo venir aquí a despejarme. Cuanto más la conozco más bella me parece la ciudad de Verna.

- ¿No eres de aquí?

- No, hace más o menos un año que me he mudado aquí. Antes vivía en Lorna. ¿Conoces?

- No mucho. Una vez fui allí a ver una carrera de exhibición, pero no tuve mucho tiempo de recorrer la ciudad.

- ¿Entonces eres uno de esos locos fanáticos de los aerodeslizadores?

Lendrik asintió y sonrió.

- Nunca voy a entender eso. A mí me parecen de lo más aburridas.
- Eso es una lástima ¿Quieres sentarte o ya tienes que volver a trabajar?
- Supongo que me puedo quedar unos minutos más, siempre y cuando no te quedes dormido -dijo riendo.

Lendrik también rio.

- No lo haré. Te lo prometo.- Se corrió para dejarla sentar.-

La joven se sentó.

- Me llamo Mira -dijo y extendió su mano.

El corazón de Lendrik dio un vuelco al oír su nombre. De repente comenzó a reír ante tal agradable coincidencia

- ¿Qué sucede? ¿Mi nombre te resulta gracioso?- preguntó algo molesta.

- No, no. No es eso -dijo Lendrik rápidamente-. Es que no es la primera vez que lo escucho. Mi amigo Grederi me ha hablado de ti.

El semblante de la joven volvió a relajarse.

- ¿De verdad? ¡Eso sí que es una coincidencia!- exclamó-. Entonces, tú debes ser Lendrik.

- Así es. Un gusto conocerte, Mira -dijo y estrechó su suave mano.

- Me dijo Grederi que eres físico y que trabajas en el proyecto Banta. Siempre habla de eso y dice que en algún momento lograrás hacerlo entrar.

- Se encarga de recordármelo cada vez que tiene la oportunidad. Su insistencia es una de sus características distintivas.

- Dice que las circunstancias en las que lograste entrar son muy dudosas.

- Lo curioso acerca de Grederi es que de todas las estupideces que dice a diario, a veces, sólo a veces, dice algo cierto. ¿A qué te dedicas, Mira?

- Me he mudado a Verna para investigar de cerca lo que me ha apasionado desde que era una niña. Siempre me ha fascinado la figura de Arthur Verni: su vida, sus descubrimientos, y lo más importante de todo, sus misterios. A pesar de su importancia histórica, no es mucho lo que se

sabe de su vida personal. Sólo conocemos sus logros en la genética.

Un personaje misterioso en verdad, pensó Lendrik.

- ¿Has logrado revelar alguno de sus misterios?

- No. Pero creo que estoy cerca de encontrar algo muy importante.- Hizo una pausa y continuó-. Como la mayoría de las ciudades del planeta, Verna tiene su centro de genética. Y también, al igual que en las otras ciudades, a las personas que cumplen la mayoría de edad se les muestra la fórmula secreta de Verni y el proceso de reproducción. Muy bien, en el resto de las ciudades eso es todo lo que hay que mostrar, pero estoy casi segura que aquí en Verna- Hizo una pausa y bajó la voz-. Aquí hay muchas cosas que mantienen ocultas. Hay secretos debajo del centro de genética, secretos que muy pocos saben.

Increíble, pensó Lendrik.

- ¿Qué otras cosas piensas que hay allí? -preguntó fingiendo ignorancia.

- No lo sé con certeza. Pero tiene relación con el pasado de Verni. Estoy segura.

- ¿Y cómo sabes eso? -preguntó Lendrik totalmente sorprendido.

-No te puedo revelar mis fuentes -respondió Mira con algo de picardía-. Además tú no me has dicho cómo lograste entrar al proyecto Banta. No sería justo ¿verdad?

- Hagamos una cosa. ¿Por qué no almorzamos juntos? De esa manera nos conoceremos mejor .Tú puedes contarme más acerca de nuestro queridísimo doctor Verni y yo puedo hablarte de los avances que hemos logrado en el proyecto Banta.

Es asombroso que estas dos cosas estén íntimamente conectadas. Tal vez Mira y yo también estamos conectados

- Estaré encantada -dijo Mira al mismo tiempo que le regalaba a Lendrik otra de sus fabulosas sonrisas-. ¿Mañana, mismo lugar, misma hora?

- Aquí estaré -dijo Lendrik.

- Intenta mantenerte despierto hasta que yo llegue -dijo ella con una sonrisa traviesa. Se saludaron y ella se alejó caminando con gracia.

Grederi tenía razón. Era una belleza de otro planeta. Aquella había sido la mejor mañana que había tenido en años. No podía esperar a que llegue el

día siguiente.

8

Se encontraba sentado en una de las playas de una ciudad costera llamada Malina, a unas cincuenta millas de Verna. Desde hacía cinco años, aquel era su lugar favorito en el mundo. Era una pequeña playa que habían descubierto por casualidad. Nadie parecía saber de su existencia o por lo menos nadie la visitaba cuando ellos estaban allí. Siempre estaban solos. Era su refugio secreto.

Estaba allí con su persona favorita. La observaba mientras ella nadaba, con movimientos elegantes y precisos; su técnica era perfecta. Su hermoso cuerpo se deslizaba en perfecta armonía con el mar como si fuese una sirena. Mira amaba todo acerca del mar. Su ciudad natal, Lorna, también era una ciudad costera. Se había criado rodeada de hermosas y cristalinas aguas azules y desde pequeña su pasatiempo favorito había sido nadar. Lendrik, por otro lado, prefería quedarse en tierra y limitarse a observarla ir y venir. Disfrutaba observar el paisaje. El subir y bajar de las olas que luego seguían suavemente su camino y acariciaban la playa, el movimiento de las hojas de los árboles acariciadas por el viento y el brillo del sol sobre el agua. Pero su visión favorita se acercaba caminando por la playa. Al parecer Mira había terminado con su rutina acuática. Sus esbeltas piernas relucían con la luz del sol y sus caderas se balanceaban con delicadeza. Se había corrido todo su largo cabello sobre uno de sus hombros, dejando al descubierto su pálido cuello. Lendrik, observaba cautivado aquella visión angelical y se sintió el hombre más afortunado del mundo. Hacía cinco años que la había conocido y era lo que más quería en el mundo. Después de conocerla se dio cuenta de cuán vacía había estado su vida. Había estado trabajando obsesivamente, intentando ser un mejor científico y demostrar que estaba donde merecía y que no había llegado allí sólo por obra de la suerte. Había olvidado por qué había aceptado el trabajo en primer lugar, había olvidado disfrutar haciendo aquello que amaba. Y luego llegó Mira. Ella le ayudó a cambiar la perspectiva acerca de las cosas y a sentirse mejor consigo mismo. Ahora, eran otras cosas las que le daban propósito a su vida, además del proyecto Banta. En los últimos años había vuelto a pilotear su aerodeslizador, algo que había abandonado casi por completo. Conocerla había sido un punto de quiebre en su vida. Curiosamente, él pensaba que conocer a Mira lo iba acercar a conocer más acerca del Visitante y a veces pensaba que aquello fue lo que lo impulsó a conocerla en un principio. Cuando Grederi le habló de Mira por primera vez, sintió la certeza que debía conocerla. Luego, mirando hacia atrás aquellos acontecimientos, sospechaba que inconscientemente había querido conocerla por sus conocimientos de historia, que tal vez ella lo podía ayudar a levantar el

manto de oscuridad que se cernía sobre Verni. Y, como si poseyera una bola de cristal y pudiese ver el futuro, y para su total sorpresa, algo de aquello era cierto. Antes de conocer a Lendrik, Mira casualmente estaba investigando el pasado del doctor Verni. Había descubierto que Verni trabajaba o vivía en el centro de genética de la ciudad, lo cual era increíble, ya que Lendrik conocía el secretismo con el que se manejaban esas cuestiones por parte de las autoridades. Él mismo había visitado su antigua oficina, había ingresado a su antiguo ordenador y había visto aquellos reveladores videos del mismísimo Verni en persona.

Naturalmente, a medida que conocía a Mira y que su afecto hacia ella aumentaba, no podía evitar sentir la culpa que lo consumía por dentro. ¿Cómo podía seguir ocultándole la verdad, a ella entre todas las personas? No podía. Debía decirle la verdad. Recordaba las palabras del profesor Weiss: si has de revelarlo debe ser a la persona indicada. Y luego se decía a sí mismo: Si Mira no es la indicada ¿quién lo es? Pero las dudas todavía lo acosaban, entonces decidió que era hora de hacerle una visita al querido profesor.

El profesor vivía en los círculos periféricos de la ciudad. A diferencia de las zonas más céntricas, allí predominaban las pequeñas casas particulares con hermosos jardines y patios traseros. El profesor Weiss era un hombre solitario. No tenía pareja. Vivía en una hermosa casa junto a uno de los ríos que bajaban de las montañas que circundaban la ciudad de Verna. Era una fría mañana y el sol brillaba pálido en el cielo y soplabla una brisa fresca que creaba sutiles ondas en las calmas aguas del río. Lendrik tomó un autobús para llegar. Siempre que viajaba solía dejar volar su mente mientras contemplaba los hermosos paisajes que se extendían a su alrededor. Más de dos mil años atrás, el planeta Lira había sido sometido a crueles y devastadores eventos climáticos que habían cambiado su forma por completo. Aquello fue lo que después se denominó el Gran Cambio. La distribución de las tierras cambió totalmente luego de esos eventos. Los grandes continentes ya no existían; habían sido cubiertos por las aguas. Luego de aquellos acontecimientos, todo lo que quedó fueron cientos de islas esparcidas en la inmensidad de un único e inmenso océano. A partir de ese momento, Lira comenzó un proceso de reconstrucción en el que un nuevo mundo nació de las cenizas de la destrucción, más fuerte y más sabio. Las nuevas civilizaciones se establecieron, al comienzo, en las islas de mayor tamaño. Éstas, de alguna manera, pasaron a ser los nuevos continentes. Una de estas islas se llamaba Caronta. Era en esta isla donde se encontraba la ciudad de Verna que había sido una de las primeras ciudades en construirse luego del anegamiento de las tierras.

El autobús se movía con un andar ligero y silencioso. La organización circular de la ciudad, sumada a la demografía y a las increíbles tecnologías, permitían minimizar los tiempos de traslado considerablemente. Le avisó al autobús (que se conducía de manera automática) cuando estaba llegando a su destino y este se detuvo suavemente. Lendrik bajó y caminó unas cuadras hasta la casa del profesor. Éste se encontraba en el porche reclinado en un cómodo sillón,

leyendo algo de una tableta que sostenía en sus manos. Cuando vio a Lendrik acercarse hacia él, dejó la tableta en una mesa, se levantó y fue a su encuentro

- ¡Hola Lendrik! ¡Qué maravillosa sorpresa! -lo saludó y se estrecharon las manos.

-Hola profesor, ha pasado un tiempo -dijo Lendrik-. Es un placer verlo nuevamente.- Hacía dos años desde la última vez que se habían visto. Solían reunirse de vez en cuando para hablar de cuestiones relacionadas al proyecto Banta y también aprovechaban para ponerse al tanto de sus vidas personales. Lendrik no sólo consideraba al profesor un maestro, también lo consideraba un amigo.

- ¡Casi dos años! Parece que has estado muy ocupado. Supongo que yo también ¿Cómo estás, amigo mío? Ven, por favor, acompáñame -dijo y le ofreció un sillón donde sentarse.

- Espero no interrumpirlo, profesor.

- Para nada, sólo estaba leyendo las noticias del día. Dime, Lendrik. ¿Qué te trae hoy aquí? Corrígeme si me equivoco pero te noto algo preocupado.- El profesor tenía la asombrosa habilidad de adivinar sus estados de ánimo por más que él los quisiese ocultar.

- Su instinto nunca le falla, profesor -respondió Lendrik con una sonrisa.

-Más que instinto yo lo llamaría observación. Pero digamos que hay un elemento instintivo que se crea a partir de esa observación.

- Pues observa usted muy bien, porque realmente estoy preocupado.

- Cuéntame muchacho, ¿Qué te anda sucediendo? -pregunto Weiss.

- ¿Recuerda cuando entramos a esa sala, profesor? ¿Y me mostró los videos del doctor Verni? ¿Recuerda que usted me dijo que no le podía contar a nadie a menos que encuentre a la persona indicada? Pues creo que la he encontrado. Hace años que deseo decirle la verdad. Siento que si no se lo cuento la estoy traicionando.

- Cuéntame acerca de esta persona -dijo el profesor con calma.

- Su nombre es Mira. La conocí hace dos años. Es investigadora de historia. De historia científica para ser más precisos.

A Lendrik le pareció notar que el profesor abría los ojos de asombro por

un segundo, pero luego pareció volver a su calma habitual.

- Veo que ha notado la ironía de todo esto. De todas las personas, una historiadora ni más ni menos.

- Historia científica, que maravillosa coincidencia, dada la naturaleza de la búsqueda que estamos realizando -dijo el profesor.

- Sí, realmente me sorprendió haberla conocido

-Interesante...Interesante -dijo el profesor pausadamente, como si estuviese pensando para sus adentros. Se quedó unos segundos así, y luego salió de su ensimismamiento-. Disculpa, Lendrik. Continúa por favor.

- Cuando nos conocimos me contó que a través de una fuente llegó a saber o sospechar que el doctor Verni vivía o trabajaba en las cercanías del centro de genética. ¿Se imagina, profesor? ¿Se imagina lo sorprendido que estaba cuando me contó esto? Lo que ella buscaba estaba íntimamente conectado con lo que yo mismo intentaba encontrar.

- Una notable coincidencia en verdad -dijo el profesor

- Supongo que usted ve hacia donde estoy yendo ¿Se da cuenta de lo difícil que es para mí ocultarle lo que vi en aquella sala? Esa información le daría un giro a toda su investigación y lo que es más importante, le confirmaría aquello que hasta ahora ella piensa que son sólo conjeturas. No se lo puedo ocultar. ¿Entiende cómo me siento?

- Perfectamente, Lendrik. Yo me sentiría igual. Debo decirte que decírselo pondría en riesgo el secreto de esta información tan valiosa. Y el hecho de que ella sea historiadora no hace más que aumentar ese riesgo ¿entiendes? Si descubre esto, seguramente lo querrá publicar. Es como pedirle a cualquier otro científico que no publique un descubrimiento. La verdad que te encuentras en una posición difícil, muchacho. Por otro lado, pienso que si tú te aseguras de que ella no se lo cuente a nadie más, creo que hasta sería una buena idea. Recuerda que te dije que puedes contárselo a alguien de suma confianza. ¿Estás seguro que ella es esa persona?

-Sin lugar a dudas, profesor -dijo Lendrik con determinación.

-Muy bien. ¿Quién sabe? Tal vez ella es quién está destinada a encontrar las respuestas.

Lendrik sintió un alivio en su corazón. Por fin podría sacarse ese peso de encima. Contarle a Mira todo lo que sabía, ayudarla en su investigación y darle la buena noticia de que sus sospechas no estaban erradas.

Y así fue. Ese mismo día al volver de la casa del profesor, Lendrik le contó todo a Mira. A medida que avanzaba el relato, el rostro de Mira mostraba una mezcla de sentimientos. Por momentos, parecía sentirse absolutamente maravillada, por momentos, perpleja y también, por supuesto, enojada. El hecho de que Lendrik le hubiese ocultado algo tan importante por tanto tiempo no iba a ser ignorado. Pasó varios días sin hablarle, y Lendrik pensó que había cometido un gran error al no haberle revelado antes la verdad y que tal vez la había perdido para siempre. Pero, un día, finalmente, Mira apareció en su oficina. Se paró con las manos en la cintura y lo atravesó con una mirada penetrante. Se acabó, pensó Lendrik que esperaba lo peor. Sin embargo, Lendrik vio lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos y repentinamente Mira lo estrechó en un fuerte abrazo y le dijo:- Gracias por contármelo. Sé que debe haber sido muy difícil para ti tomar la decisión. Gracias.- Lendrik le devolvió el abrazo y sintió el alivio recorrer su cuerpo. Ahora ya no había más secretos entre ellos. Lo reconfortaba la idea de que ahora estaban juntos en esta búsqueda de respuestas.

Después de haber disfrutado de un hermoso día en las playas de Malina, la pareja emprendía el regreso a su rutina habitual. El tren aminoró la marcha al pasar por una zona que les ofrecía una vista esplendida. Estos trenes estaban programados para bajar la velocidad en ciertos momentos para que los pasajeros pudiesen apreciar el paisaje a su alrededor. Las montañas de Verna se levantaban altas e imponentes a su derecha. Sus laderas estaban cubiertas de verdes bosques que bajaban hasta el valle. Lendrik vio un grupo de águilas que revoloteaban altas en el cielo despejado.

-Entonces, ¿vas a seguir adelante con tu decisión? -preguntó Lendrik.

- Estoy estancada, Lend. No sé hacia donde ir con mi investigación. Se me han acabado las ideas. Lo he intentado durante años y no he logrado averiguar nada acerca del Visitante. Ese hombre es un fantasma. No hay ningún registro histórico que haga ni la más vaga referencia a su presencia y su relación con Verni. En ninguno de los escasos testimonios de Verni hay otra evidencia de su existencia. Pienso que es hora de cambiar mi objeto de estudio. Ya he desperdiciado muchos años en esto. Es suficiente. Es momento de comenzar algo nuevo.

El tren ya estaba llegando a la ciudad. Atravesaron los primeros círculos periféricos donde había apenas unas pocas viviendas y edificios. También había algunos centros de investigación, principalmente meteorológicos. Por la ventana podían ver las hermosas casas y los extensos campos característicos de las afueras de la ciudad. Luego de unos minutos entraron al círculo energético. En este sector se producía la energía eléctrica que alimentaba a toda la ciudad de Verna. El ochenta por ciento

de la energía eléctrica de Verna, y de hecho, de todas las ciudades del planeta, provenía de la energía solar. Era la energía más abundante, más limpia y más duradera de todas. El sol siempre estaba allí, irradiando su luz y su calor constantemente. Simplemente había que encontrar una manera de aprovecharla con mayor eficiencia. Gracias a la nanotecnología, los científicos descubrieron cómo aprovechar casi al cien por cien esa energía y el sol se convirtió en la fuente principal. No hay nada más eficiente ni más simple que el aprovechamiento de la luz solar. Antes del Gran Cambio se utilizaban otras maneras de generar energía, mucho más primitivas, más dañinas y menos efectivas. Los dispositivos que recibían y luego transformaban la luz del sol en energía eléctrica eran considerados por muchos el invento científico más importante de la historia de la humanidad. Algunos lo ponían incluso por encima de la modificación del ADN provista por Verni. Argumentaban que el beneficio que aporta esta tecnología tiene una finalidad más práctica y realista, y que es una pieza fundamental en el funcionamiento del sistema social. En cambio, por otro lado, la extensión de la vida no es más que un capricho del ser humano. Una invención proveniente del ego.

Los miles de paneles solares que se extendían hasta perderse de vista creaban una imagen sorprendente. Lendrik, observaba cautivado aquellas maravillas tecnológicas y se preguntaba si habría algún límite para el ingenio humano.

El tren continuaba su paso a través de la ciudad cuidadosamente diseñada. Para los amantes del urbanismo, las ciudades del nuevo mundo eran obras de arte. Cada estructura, cada calle, cada edificio encajaba perfectamente los unos con los otros y contribuían a la armonía de la ciudad. Antes del Gran Cambio las ciudades se construían de manera improvisada y desordenada, dejando mucho lugar para el caos. Éstas habían sido aglomeraciones infernales de gente, edificios, vehículos y ruido. Millones de personas hacinadas en un espacio reducido intentando sobrevivir a un sistema basado en la codicia y la ambición. Una receta para el desastre.

Finalmente, el tren llegó al centro de la ciudad. La parada de Lendrik estaba antes en el recorrido. Mira siempre bajaba unas paradas más adelante.

-Ya se solucionará todo, Miri. Ten paciencia. Ya verás. Nos vemos más tarde.- Le dio un beso y se bajó del tren. Salió de la estación y se encaminó hacia su edificio. Habían pasados unos hermosos días en Malina. Amaba ir a ese lugar con Mira. Allí encontraba paz. Se dio una ducha y se acostó, preocupado por Mira y su frustración. Deseaba poder ayudarla, pero todo lo que podía hacer era seguir con su investigación. Debía seguir intentando encontrar un atajo espacio-temporal que los llevara hacia Banta. Si estaban en lo cierto, aquel planeta había sido el hogar del Visitante y allí encontrarían todas las respuestas que necesitaban.

Al día siguiente, Lendrik tuvo un encuentro que no había tenido hace tiempo. Ese día se suponía que no debía ir a trabajar al departamento de Física, pero tenía unas ideas en mente que quería compartir con Grederi.

Luego de muchos años de insistir, Grederi había logrado ingresar al proyecto Banta. Lendrik habló muy bien a su favor y finalmente lo aceptaron. Trabajaba en el área de ingeniería. Se dedicaba al diseño de las naves que podrían llevarlos a Banta.

Estaba cruzando el parque central cuando lo vio. Se detuvo, helado. El extraño que había visto aquella ocasión en el tren, hace más de cinco años, luego de la carrera que había ganado Limen, estaba sentado en un banco a no más de quince metros de él. Aunque aquella vez no había logrado ver bien su rostro, estaba seguro que era él. No sabía precisar qué, pero había algo que lo hacía inconfundible. Lendrik lo reconoció inmediatamente. Nunca había podido olvidar su mirada fría e inquietante y a menudo soñaba con ella. Siempre quiso saber porque se había comportado de manera tan extraña, y porque había huido cuando Lendrik intentó acercarse o si todo aquello había sido producto de su imaginación. Esta era la oportunidad de averiguarlo y no iba a desperdiciarla. No cometería de nuevo el mismo error. Esta vez no te escaparás, se dijo Lendrik. Empezó a rodear el banco donde el hombre estaba sentado. Estaba vestido de negro como aquella vez en el tren y tenía una capucha que le ocultaba el rostro. Lendrik caminaba disimuladamente hacia él intentando no llamar su atención, pero la suerte parecía no estar de su lado. Recibió un golpe fuerte en la cabeza y soltó un grito involuntariamente. Había unos niños jugando a lanzar y atrapar y uno de ellos falló en atrapar la pelota y ésta fue a parar a la cabeza de Lendrik.

- ¡Disculpe, señor! – dijo uno de ellos mientras se acercaba corriendo.- Lendrik miró hacia donde estaba el extraño, pero el banco estaba vacío. Su grito debió haberlo alertado. Miró desesperado en todas direcciones, pero no había rastro de él. ¿Cómo había podido desaparecer tan rápido? Pero pronto tuvo la respuesta. No había desaparecido. La gran fuente en el centro del parque había obstaculizado su visión. El extraño se dirigía rápidamente hacia la estación de trenes. Sin pensarlo, Lendrik se lanzó rápidamente en su persecución. El extraño miraba constantemente hacia atrás mientras se alejaba y cuando vio a Lendrik que corría hacia él, también se lanzó a correr. Lendrik tenía un estado físico óptimo, cultivado por intensas prácticas en diversos deportes que dominaba con gran maestría. Por otro lado, el hombre de negro, no tenía nada que envidiarle. Se movía con gran rapidez y agilidad Sin embargo, con cada paso, Lendrik se acercaba cada vez más. Estaban a sólo unos metros de la entrada al subterráneo. Debía alcanzarlo antes de que subiera a algún tren. Debía aprovechar la oportunidad. Puso toda su intención en la fuerza de sus piernas y aumentó la velocidad al mismo tiempo que el hombre bajaba las escaleras hacia la estación. Lendrik estaba a sólo unos metros de él. Luego de unos segundos, él mismo bajó por las escaleras. El lugar estaba repleto de gente. ¿Cómo lo voy a encontrar entre todo este gentío?, pensó desanimado. Miró hacia todos lados desesperado, intentando divisar la silueta negra del extraño. Por fin lo encontró, a punto de subir a uno de los trenes. Estaba a sólo unos veinte metros. Sabía que podía alcanzarlo. Se abalanzó hacia él a toda velocidad. La puerta del tren se abrió y el

hombre de negro estaba a punto de ingresar al tren; sólo había una persona delante de él en la fila. Al ver que Lendrik estaba a punto de alcanzarlo, el extraño empujó al hombre que estaba delante e intentó entrar al tren a los empujones.

- ¡Ey! ¡¿Qué te sucede?! ¡Respetar la fila, hombre! –gritó un hombre visiblemente irritado.- Lendrik intentó hacerse paso entre el gentío, mientras todos lo insultaban y lo miraban enojados. Estaba a sólo un brazo de distancia del extraño. Se estiró lo máximo que pudo y logró tomarlo por la manga. Forcejearon unos segundos pero finalmente el otro logró soltarse con un brusco movimiento que envió a Lendrik al suelo. Mientras trastabillaba que algo caía del bolsillo de su chaqueta. Era una diminuta tarjeta blanca. El hombre lanzó manotazos desesperados al aire, intentando coger el objeto, pero no pudo. El golpe, al caer, dejó a Lendrik un poco aturdido. Tardó unos segundos en incorporarse. Para entonces el tren ya había partido. Se agachó para tomar el objeto que se le había caído al extraño y lo guardó rápidamente en su bolsillo. La gente lo miraba con curiosidad. Lendrik trató de evitar las incómodas miradas y abandonó la estación tan rápido como pudo. La adrenalina del momento todavía fluía por su cuerpo. Respiraba con dificultad y su corazón latía aceleradamente. Inhaló profundamente varias veces hasta que logró calmarse. Mientras caminaba de vuelta hacia el departamento de física su mente bullía con preguntas. Ahora sabía con toda certeza que, en aquella ocasión en el tren, aquel hombre lo había estado observando, y ahora, al verlo en el parque se asustó y comenzó a huir ¿Quién era? ¿Por qué lo observaba? ¿Qué quería de él? Con todas estas cosas en la cabeza llegó al destino original que había elegido esa mañana, antes de su inesperado desvío. Hablaría con Grederi y luego iría a ver a Mira. Tenía que contarle lo que había sucedido, y mostrarle el objeto que había recogido en la estación de tren. Presiono un botón de su reloj, lo acercó a su boca y dijo:

- Madeleine, por favor analiza este objeto y dime todo lo que puedas encontrar acerca de él.- Colocó la tarjeta sobre el reloj y ésta permaneció flotando mientras giraba y la computadora la analizaba. Unos segundos después, Madeleine respondió:

- Lo siento, señor. No tengo ninguna información en mi base de datos acerca de este objeto.

No sé porque no me sorprende, pensó Lendrik irónicamente. Tomó la tarjeta que todavía seguía flotando sobre el reloj y volvió a ponerla en su bolsillo.

Dentro del departamento de Física todo se desarrollaba de manera habitual. Al entrar, Lendrik percibió el característico zumbido que se

escuchaba en casi todo el edificio, el cual era producido por los múltiples aceleradores de partículas que se encontraban en los subsuelos. Cuando Lendrik había comenzado a trabajar allí aquel sonido era una molestia y no le permitía concentrarse pero ahora, como le habían asegurado sus compañeros, le era difícil concentrarse sin él. Lo hacía sentirse en casa. Una vez allí, Lendrik se encontró con Grederi en uno de los pasillos. A pesar de las características estabilizadoras de temperatura de su ropa, Lendrik estaba levemente transpirado. Grederi lo notó y le preguntó si había salido a hacer ejercicio.

-Sí, algo así -respondió Lendrik.

- ¿Sucede algo? Luces preocupado -pregunto su amigo.

- No es nada- mintió Lendrik-. Sé que habíamos quedado en encontrarnos. Hay algo que quería mostrarte. Es acerca de mi investigación, pero no me siento muy bien. ¿Te parece si lo dejamos para otro día?

- Sí, no hay problema -dijo Grederi, algo confundido-. ¿Estás seguro que estás bien?

- Sí, sólo estoy un poco cansado. Ahora debo ver a Mira. Hay algo que necesito mostrarle urgentemente -dijo mientras acariciaba el pequeño objeto que tenía en el bolsillo.

- La parejilla de los secretos, que tiernos -dijo Grederi en tono de burla.

Lendrik pensó que no haría ningún mal en mostrarle a Grederi.

-Está bien, te lo mostraré. Pero no sabrás qué es.- Lendrik sacó lo que se le había caído al hombre en la estación. Sacó el objeto y lo puso a la luz. Era una pequeña tarjeta blanca y chata, con un símbolo extraño impreso en uno de sus lados.

Grederi lo observaba con curiosidad mientras negaba con la cabeza.

- Tienes razón, no tengo idea de lo que es. Pero parece antiguo.

-Precisamente, por eso debo mostrárselo a Miri.

- ¡Claro! ¡La historiadora! -dijo Grederi fingiendo sorpresa ¿De dónde lo sacaste?

- Esa es una historia para más adelante, amigo -dijo guiñándole el ojo.

- Está bien -dijo Grederi resignado-. ¿Prometes que algún día me lo

contarás?

- Te lo prometo, Gred -dijo y poso su mano sobre el hombro de su amigo-. Hay una razón por la que no te lo cuento todo, pero debes confiar en mí. Realmente lamento mucho ocultarte cosas, de verdad.

- No te preocupes. Todos tenemos nuestros secretos -dijo Grederi.

Lendrik asintió y dio unas palmadas amistosas a Grederi.

- Ahora, debo irme. Nos vemos luego, Gred. Realmente quiero que veas las últimas ideas en las que he estado trabajando. Tú siempre me has dado buenos consejos.

- Tráemelas cuando quieras, Lend. Será un gusto poder ayudarte.

Lendrik sonrió, saludó a su amigo y salió de su oficina.

Se dirigió hacia el departamento de Mira. Mientras caminaba apresuradamente, pensaba cuánto tiempo más podía seguir ocultándole la verdad a su mejor amigo y lo invadió una oleada de culpa.

Los acontecimientos de la última hora se habían desarrollado con tal rapidez y habían sido tan confusos que apenas le habían dado tiempo para pensar. Mientras caminaba, acariciaba la fría tarjeta que tenía en su bolsillo. El objeto era antiguo, de eso no cabía duda. Ni siquiera Madeleine había podido decirle lo que era. Por eso, no existía nadie mejor que una historiadora científica para decirle qué era aquella cosa. Llegó al edificio de Mira, atravesó el hall central y subió a uno de los ascensores. Llegó a la puerta del departamento y tocó el timbre. Mira se encontraba sentada en su escritorio frente a una pantalla. Cuando escuchó el sonido del timbre, le pidió a su computadora que le muestre quién estaba fuera. Apareció una imagen de Lendrik que miraba a la cámara saludando con la mano. Se levantó de la silla y presionó el código de seguridad en un tablero que se encontraba al lado de la puerta. Ésta se abrió y Lendrik entró bruscamente.

-¡Lend! ¿Qué sucede? ¿Estás bien? -preguntó Mira preocupada.

- No creerás lo que me acaba de suceder -dijo Lendrik mientras se sentaba en un sillón.- Le relató todo lo ocurrido. El encuentro con el extraño en el parque, la persecución y el hallazgo de la tarjeta. Cuando terminó, extrajo la tarjeta de su bolsillo y se la alcanzó a Mira. Ella la tomó y la observó con fascinación. Se sentó en su escritorio y comenzó a examinarla en silencio. Estaba muy concentrada. A pesar de la seriedad de su expresión, Lendrik podía ver la emoción en sus ojos.

- ¿Qué me dices? ¿Sabes lo que es? -preguntó Lendrik, ansioso.

-No del todo. Nunca he visto algo así, pero por lo que veo parece ser un dispositivo insertable. Debe tener por lo menos dos mil años de antigüedad. Nosotros, en la actualidad, realizamos la transmisión de datos únicamente de manera inalámbrica. En aquellos tiempos, los dispositivos que almacenaban información debían ser insertados a los ordenadores para que éstos pudiesen leer los datos.

- Que dispositivo tan extraño. Me cuesta imaginar otra manera de almacenamiento que no sea la base de datos central -dijo Lendrik.- En la época en la que se desarrolla esta historia, cada persona tenía una base de datos personal en la que podía guardar toda su información personal. Los usuarios podían acceder a esa información inalámbricamente desde cualquier ubicación, ya que estaban continuamente conectados a través de dispositivos como los relojes, las gafas o las tabletas. Las casas, departamentos y oficinas también tenían incorporado un sistema informático a través del cual se podía ingresar a cualquier base de datos. Además de la base de datos personal, también existían varias bases de datos alrededor del planeta que juntas formaban la RGI (Red Global de Información), donde se encontraba toda la información de acceso público. Esto no difería mucho de la Red que se utilizaba dos mil años atrás.

- Ni siquiera Madeleine pudo encontrar algo en su base de datos -dijo Lendrik.

- Por suerte me tienes a mí- dijo Mira con un tono de fastidio casi imperceptible.- Pero Lendrik había aprendido a detectarlo. Aunque no lo decía de manera directa, Mira a veces no aprobaba lo cercana que era la relación de Lendrik con su computadora-. Bueno -continuó-, ya sabemos que esta tarjeta contiene información. Pero, me pregunto ¿por qué estás tan ansioso por saber que hay dentro? Y por último, pero no menos importante ¿por qué se te ocurrió perseguir a este hombre sin razón alguna?

-Es que... -dijo Lendrik titubeando.- Tal vez te he estado ocultado algo importante.

La cara de Mira enrojeció de ira:- ¡No me digas que sabes algo más de Verni y no me has dicho! ¡Porque si es así te puedes ir por esa puerta - señaló la puerta-, y no volver más!

Lendrik estaba perplejo por la manera en que había explotado Mira. Ni siquiera aquella vez cuando le reveló lo que había visto en la sala del centro de genética había reaccionado así.

- Miri, querida -intentó calmarla-, esto no tiene nada que ver con Verni, te lo juro. Por lo menos, no lo tenía en un principio. Te he contado todo lo

que sabía e incluso ahora tú sabes más acerca del tema que yo. Tienes que entender que no te conté esto porque no quería preocuparte. Ni siquiera yo estaba seguro de que era algo por lo que valía la pena preocuparse.- Le relató acerca de su primer encuentro con el extraño, en el tren, aquella vez que volvía de ver la carrera con Devon. Cuando terminó, Mira ya estaba más tranquila.

- ¿A qué te refieres con "no tenía nada que ver con Verni, por lo menos en un principio"? ¿Quieres decir que sí tiene que ver con Verni?

Lendrik asintió. En un principio, no tenía dudas de contarle a Grederi acerca de sus extraños encuentros con el hombre de negro, pero había visto algo en la pequeña tarjeta que le había hecho cambiar de opinión.

- ¿Notaste el símbolo que tiene la tarjeta en uno de sus lados?

Mira volvió a examinar la tarjeta cuidadosamente, como si estuviese hecha de cristal.

- ¡Aquí está! -exclamó.- El símbolo era una V atravesada por una línea recta horizontal-. No lo reconozco.

- Pero yo sí. Es el mismo símbolo que vi en el ordenador de Verni.

Mira lo miró asombrada y luego volvió a observar la tarjeta.

- ¿Crees que esta tarjeta pertenecía a él?

- No lo puedo decir con seguridad, pero todo parece indicar que sí. La antigüedad de la tarjeta coincide con la época de Verni. Además, ¿de qué otra manera explicarías lo del símbolo?

- Pero, ¿quién es este hombre? ¿Cuál es su relación con Verni?

- No lo sé, pero espero que la respuesta esté en esta pequeña tarjeta -dijo mientras la sostenía en la mano-. Ahora sólo tenemos que sacar la información que contiene.

Mira no parecía tan entusiasmada como él. Lendrik conocía esa mirada. Era la mirada que ella tenía cuando sabía algo que él ignoraba. Y en este caso, no era algo bueno.

- Ya dímelo -dijo Lendrik, preparado para recibir la mala noticia.

- Esta tarjeta es muy antigua. Toda la tecnología de esa época fue destruida, reciclada o se ha ido deteriorando con el paso del tiempo hasta prácticamente desaparecer. Hay pocos ordenadores con las que se puede acceder a esta información. Yo conozco sólo uno. Pero es imposible

acceder a él.

Lendrik cayó en la cuenta de lo que estaba diciendo Mira y finalmente logró ver la complejidad de la situación. Ella tenía razón. Había un solo lugar donde podrían acceder a la tarjeta. Tenían que volver a donde todo había comenzado.

Capítulo 4

9

- No podemos volver allí -dijo Lendrik con preocupación-. Sólo tenemos permitido ir a ese lugar una vez en la vida. No podemos volver. Tú lo sabes. Te lo dijeron cuando fuiste.

-Lo sé, pero es la única manera que veo de poder acceder a la información de esta tarjeta. Es nuestra única opción.

- Pero no nos dejarán entrar. El acceso está prohibido.

- ¿Ni siquiera a ti que eres alguien que conoce el secreto de Verni?

- No creo tener ese privilegio. Son muy rigurosos con respecto a esa sala. Sólo alguien que tenga un cargo de autoridad puede ingresar.

- ¿No hay nadie a quién podamos ir a ver? Esta tarjeta puede tener información muy valiosa para ellos.

- Sólo se me ocurre una persona.

El profesor Weiss se encontraba en su oficina revisando un trabajo de uno de los investigadores de su departamento cuando recibió una llamada. Era la voz de una máquina que le informaba que el señor Lendrik con una acompañante querían hablar con él:- Diles que suban, por favor.- Luego de unos minutos tocaron a su puerta y él se levantó para abrirla. Allí estaba su antiguo estudiante con una joven de belleza admirable a su lado.

- ¡Profesor! Es un gusto verlo de nuevo -dijo Lendrik alegremente.

- Lendrik, por favor pasa. Que agradable sorpresa. Y tú debes ser Mira -dijo dirigiéndose a la muchacha-. Es un placer conocerte. Lendrik me ha hablado mucho de ti.

- Espero que hayan sido cosas agradables -dijo Mira sonriendo, y mirando a Lendrik de reojo.

- Más que agradables -dijo el profesor con una bondadosa sonrisa-. Es más, nunca he escuchado a Lendrik hablar así de ninguna otra persona. Tú debes ser muy especial- Mira se sonrojó-. Pero dudo que el motivo de

su visita sea el de presentarnos a ti y a mí, ¿no es así Lendrik?

- Como siempre está usted en lo correcto, profesor. Necesito su ayuda nuevamente- dijo Lendrik y sin más preámbulos, sacó la pequeña tarjeta blanca de su bolsillo y se la alcanzó al profesor. Éste la tomó en sus manos con sumo cuidado, como si presintiera el gran valor que ésta tenía. La observó con gran interés.

- Este objeto es antiguo -mientras seguía examinándolo-. Debe tener por lo menos dos mil años de antigüedad. Probablemente sea anterior al Gran Cambio.

- Lo es -intervino Mira-. Es un dispositivo de almacenamiento de información bastante común de aquella época.

- Nunca había visto nada parecido, pero probablemente mis conocimientos históricos no son tan amplios como los tuyos, querida -dijo sonriéndole a Mira-. ¿Puedo atreverme a preguntar cómo lo consiguieron?

Lendrik le contó al profesor acerca del encuentro en el tren y de la persecución en el parque durante la cual el misterioso hombre perdió aquel objeto. Cuando terminó, el profesor miró con seriedad a Lendrik.

- ¿Piensas que este hombre puede ser peligroso? -preguntó.

- No lo sé. En realidad, no me ha hecho nada. Simplemente ha actuado de manera muy extraña. Pero, ahora eso no importa, lo que importa es el contenido de esta tarjeta. Necesito acceder a ella

- Lendrik, esto es muy antiguo. Esta tarjeta no es compatible con ningún ordenador actual. Nuestra tecnología ha avanzado de manera tan frenética que objetos como este han quedado totalmente obsoletos. Es irónico ¿verdad? Que no podamos acceder a esta información. Hemos desarrollado tecnología tan asombrosa que desafía a la imaginación y, sin embargo, no podemos ver lo que hay dentro de esta simple y pequeña tarjeta. Irónico, en verdad.

- Es verdad, no podemos acceder a ella con nuestra tecnología actual pero podemos recurrir a tecnología de aquella época -dijo Mira.

- ¿Ve a dónde queremos llegar con todo esto? -preguntó Lendrik.

El profesor cayó en la cuenta de lo que planeaba Lendrik y sonrió ante el atrevimiento de su antiguo alumno.

- Lendrik, no puedes volver allí. Está prohibido y sólo se les permite el acceso una vez: cuando cumplen sesenta años. Además, entrar al centro de genética no representaría el mayor obstáculo. La parte más complicada

sería entrar en la sala de Verni. Ese es el verdadero inconveniente al que te enfrentas

- Eso ya lo sabemos. Es por eso que lo necesitamos a usted. ¿No podría usted ayudarnos a entrar?

- Lendrik, no poseo la suficiente autoridad para concederte tal favor. Está más allá de mis posibilidades. Lo siento, pero no puedo ayudarte. Las únicas personas que tienen el poder suficiente para entrar allí a voluntad son los miembros del Consejo de Verna, pero debes tener una muy buena razón para que ellos te concedan permiso. Me temo, que una tarjeta vieja, por más rara que sea, no es suficiente para convencerlos

Lendrik había dejado lo mejor para el final.

- Tiene toda la razón, profesor. Pero, ésta no es una tarjeta vieja común y corriente. Francamente me sorprende que haya pasado por alto un detalle tan importante. Si mira con atención verá que en ella hay razones más que suficientes para persuadir al Consejo.

El profesor, desconcertado, volvió a tomar la tarjeta y la examinó nuevamente. Seguía sin entender.

- No entiendo a qué te refieres, Lend. Sigo sin ver nada fuera de lo común.

- ¿De verdad no reconoce nada familiar? ¿Qué me dice del símbolo? La V atravesada por la línea.

Weiss observó el símbolo durante unos segundos y de repente exclamó eufórico:

- ¡El ordenador de Verni! ¡Cómo no me di cuenta antes!

Miró de nuevo el objeto, asombrado. No podía creer haber pasado por alto un detalle tan importante. El mismo símbolo que se encontraba en el viejo ordenador de Verni, también estaba allí en esa pequeña tarjeta.

- ¿Ahora ve por qué el Consejo estará más que interesado? Está claro que hay una conexión entre esta tarjeta y el ordenador de Verni. Tal vez en ella encontremos más información acerca del Visitante y de Banta.

- Lendrik, si lo que dices es cierto y esta tarjeta contiene información acerca del Visitante y de Banta, haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte. Conozco alguien dentro del Consejo que puede ayudarnos. Es un viejo amigo. Hace mucho tiempo que no lo veo, pero solíamos ser muy

unidos. Él sabrá que hacer. Hablaré con él.

- Se lo agradezco mucho, profesor. Le aseguro que no se arrepentirá. Esto tiene que ver con Verni. Estoy seguro. ¿Cuándo hablará con él?

- ¿Qué te parece ahora? – dijo el profesor con una sonrisa.

- ¡Me parece perfecto! -exclamó Lendrik emocionado. Había pensado que tendría que esperar días.

- Permítanme organizar mis cosas aquí y en breve me reuniré con ustedes. Espérenme en la recepción. No tardaré.

Lendrik y Mira salieron de la oficina y bajaron hasta la recepción. Se sentaron en unos cómodos sillones que tenían vista a la calle. Lendrik siempre había querido conocer a un miembro del Consejo. Esos hombres y mujeres eran personas que todos respetaban y admiraban, científicos de gran renombre que habían alcanzado un grado de comprensión del universo muy profundo, y que tenían la capacidad necesaria para gobernar una ciudad. Eran ellos, junto a los Consejos de las otras ciudades, quienes decidían los destinos del mundo y en sólo unas pocas horas, conocería a uno de ellos.

10

El edificio del Consejo se elevaba por encima del resto de la ciudad, dominante e imponente. Lendrik veía su majestuosa silueta recortada en el cielo rojo del atardecer. Cada vez que lo observaba, aquella visión lo cautivaba como si fuese la primera vez. Allí se encontraban concentrados los laboratorios y centros de investigación más importantes de todos los campos de la ciencia y allí también trabajaban las máximas autoridades científicas.

Guiados por el profesor se aproximaron hacia la gran puerta de entrada que se encontraba al final de un ancho camino pavimentado. Las puertas se abrieron automáticamente y entraron al gran salón de entrada. Lendrik había estado en ese lugar en sólo una ocasión, cuando había sido llevado allí junto a sus compañeros, hacía ya muchos años, pero aun así lo recordaba con lujo de detalle. Nada había cambiado. Las paredes eran totalmente blancas, excepto por algunos detalles en azul y verde oscuro. En éstas aparecían y desaparecían imágenes con ecuaciones, fórmulas, gráficos de colisiones de partículas subatómicas, galaxias de múltiples formas y todo tipo de información científica que había sido fundamental en la historia de la humanidad. En el centro del salón, había una enorme esfera azul: un modelo a escala del planeta. Mientras caminaban a través del salón, Lendrik vio en una de las paredes una imagen del doctor Verni, sonriendo apaciblemente. La fotografía parecía pertenecer a la época en

que había conocido al Visitante. *Pocos saben que es otra persona la que debería tener su fotografía en estas paredes*, pensó Lendrik. Saber que Verni no había sido el responsable del descubrimiento que llevó a la extensión de la vida de la raza humana le generaba cierta tristeza y decepción. Desde pequeño había admirado la leyenda de Arthur Verni. El profesor y los dos jóvenes se acercaron al mostrador de la mesa de entrada donde había una joven que observaba concentrada una pantalla holográfica. Al verlos venir, dejó rápidamente lo que estaba haciendo y los recibió:

- ¡Buenos días! Bienvenidos al edificio del Consejo Superior de la ciudad de Verna. Mi nombre es Vera. ¿En qué puedo ayudarles?

- Buenos días, Vera. Somos amigos del doctor Werner. Necesitamos verle de manera urgente.

- ¿El motivo de la visita?- preguntó la joven.

- Asuntos personales. Soy un viejo amigo. Por favor, dile que lo busca el profesor Weiss.

- Aguarde un momento mientras averiguo donde se encuentra el señor Werner.- La muchacha, rápida y eficiente, presionó algunos comandos en el panel del mostrador, esperó unos segundos y dijo:

- El doctor se encuentra en una reunión del Consejo Superior, señor. No puedo contactarlo hasta que ésta acabe. Deberá esperar a que terminen y a que el señor Werner esté disponible para usted. ¿Desea que le deje algún mensaje?

- Dile que por favor se comuniqué conmigo lo antes posible. Se trata de un asunto urgente -respondió el profesor.

- No se preocupe, profesor- dijo la muchacha con una simpática sonrisa-. Le daré el mensaje en cuanto termine la asamblea.

- Muchas gracias, querida -dijo el profesor. Se alejaron de la mesa de entrada. - Bueno, parece que tendremos que esperar. Ah, por cierto, ya me olvidaba -dijo al mismo tiempo que se volvía hacia la joven recepcionista.

- Dime, querida ¿Hace cuánto que comenzó la reunión?

- Hace nueve horas, señor -respondió la muchacha

El profesor asintió.

- Comenzaron hace nueve horas -les dijo-, lo cual significa que se demorarán por lo menos una o dos horas más. Estas reuniones son realmente extensas. Si no tienen nada que hacer me pueden acompañar en un paseo hasta que Werner se desocupe. Me vendría bien un poco de compañía.

-Por supuesto -respondieron los jóvenes y salieron del edificio.

Una vez fuera, el profesor propuso dar un paseo por los alrededores del edificio del Consejo. Éste estaba rodeado por un amplio parque, repleto de hermosos árboles. Aquel era un lugar donde los jóvenes se reunían habitualmente a estudiar o a pasar el tiempo. Había varios grupos de ellos sentados bajo los árboles hablando y riendo alegremente.

El profesor Weiss levantó la mirada hacia el cielo y exclamó:

- ¡Que hermoso día! A veces uno olvida que nuestra estadía aquí es sólo temporal. Si bien nuestras vidas son largas, comparadas con la vida del universo o incluso de nuestra raza, no son más que un pequeño suspiro. A veces recordar que uno es mortal y que nuestro tiempo es limitado, nos ayuda a apreciar y a disfrutar más la vida.

Lendrik vio en la mirada del profesor una nostalgia insondable. Parecía estar atrapado en un lugar de su memoria, un lugar muy querido por él, un lugar al que no podía volver. Se quedó contemplando el paisaje un momento y luego dijo:

- Vamos, demos un paseo.- Tomaron uno de los caminos pavimentados que llevaban hacia el interior del parque.

- Profesor, ¿cómo conoció al señor Werner? -preguntó Mira.

- Vivimos en el mismo edificio antes de cumplir los sesenta. Nos hicimos muy amigos allí. Luego, al superar la mayoría de edad nos mudamos a lugares diferentes y también elegimos áreas diferentes de estudio. Él eligió la física y yo elegí especializarme en genética. Nos mantenemos en contacto desde entonces y de tanto en tanto hablamos de nuestros proyectos, de nuestras dudas y de muchas otras cosas que tenemos en común. Hemos viajado juntos a muchos lugares y hemos compartido muchas experiencias. Lamentablemente con el tiempo, poco a poco, nos hemos distanciado. Ahora sólo nos reunimos ocasionalmente para debatir sobre un tema que nos concierne a ambos de cerca. Nada de importancia. Una cuestión del pasado que todavía no hemos resuelto. Pero nada más que eso, nos encontramos, hablamos un rato, y nos despedimos. De todos modos, seguimos siendo amigos... A nuestra manera.

-¿Usted cree que son lo suficientemente amigos como para que él le

conceda el pequeño favor que le pediremos? -preguntó Lendrik.

- Tenemos en nuestro poder evidencia irrefutable de que esta tarjeta está relacionada con Verni. Creo que Werner estará tan ansioso como nosotros en conocer su contenido.

- ¿Todos los miembros del Consejo saben la verdad acerca de Verni?- preguntó Mira.

- Algunos, pero no todos. Éste es un asunto tan delicado, que incluso dentro del mismo Consejo debe ser manejado con mucho cuidado. Por eso es de suma importancia que seamos cautelosos con quién compartimos esta información.

- Pero yo mismo fui elegido al azar. ¿No le parece algo imprudente revelar información de esa magnitud a una persona desconocida?

El profesor sonrió.

- ¡Por supuesto que es imprudente e insensato! Lendrik, no he sido del todo honesto contigo con respecto a tu "elección". Sí, es verdad has sido elegido al azar, pero luego fuiste sometido a un minucioso análisis para determinar si eras la persona indicada. Claramente, pasaste la prueba.

- Algo me dice que usted tuvo algo que ver con eso, ¿verdad, profesor?

Weiss asintió.

- Se podría decir que hablé un poco en tu favor -dijo con una sonrisa-. Necesitaban la opinión de alguien cercano a ti y yo estaba seguro de que guardarías el secreto.

- Parece que su intuición le ha fallado por primera vez- dijo Lendrik-. No fui tan discreto como usted creía.

- ¡Es cierto! Pero yo mismo te aconsejé que lo compartas con alguien de confianza. No hay ningún daño en ello, siempre y cuando esa persona mantenga la confidencialidad -dijo y miró a Mira con seriedad. Ella sintió que estaba siendo puesta bajo prueba, pero Lendrik, que conocía al profesor, reía por dentro porque sabía que estaba bromeando.

- Relájese, profesor -dijo Mira-. No tiene nada de qué preocuparse. Su secreto está a salvo conmigo.

- Lo sé, querida, lo sé -dijo sonriendo-. Vengan, vamos a sentarnos debajo de esos árboles.- Caminaron hasta un banco y se sentaron. Weiss,

al medio y los dos jóvenes a los costados.

Permanecieron en silencio por un momento, contemplando los árboles, el cielo y la gente que caminaba alrededor. Finalmente, Mira habló:

-¿Qué cree que encontraremos en esa tarjeta, profesor?

- No lo sé, querida. Esto es algo inesperado para mí. Me ha tomado por sorpresa tanto como a ustedes.

- ¿Piensa que podría ser otro video de Verni? Tal vez en esta ocasión podamos ver el rostro del Visitante.

- Es posible -respondió el profesor-. No hay duda de que la tarjeta y Verni están conectados. Con respecto a su contenido, podemos esperar muchas cosas, pero creo que sí, Mira, que tal vez nos revele más acerca del misterio del Visitante. Incluso podría contener información relevante respecto a Banta, lo cual sería aún más interesante.

Mira permaneció pensativa por un momento. Había algo que la inquietaba.

- Profesor, ¿no le parece extraño que no haya ningún registro acerca de la existencia del Visitante? He buscado por todas partes. Tengo muchos recursos cuando se trata de indagar en el pasado y sin embargo no he encontrado nada, ni siquiera un mínimo indicio de que haya existido.

- El secreto ha sido bien guardado a lo largo de los años. La petición de Verni fue que nadie supiera acerca de él. Se ha puesto mucho esfuerzo en mantener oculta la verdad.

Mira asintió, pero todavía no estaba convencida.

- Tiene que haber algún lugar donde haya más información. Estoy segura de ello.

- Sí -dijo el profesor, pensativo-. Siempre supe que hay cosas que no me han dicho acerca de Verni, que hay más cosas ocultas detrás de esta historia, pero no tengo la autoridad suficiente para acceder a ellas.

- ¿Cree que su amigo Werner sabe más?

Un gesto de ironía cruzó el rostro del profesor.

- Has tocado un punto sensible. Esto ha sido causa de muchas discusiones entre él y yo. Sé que él sabe mucho más de lo que dice, pero se reusa a

compartirlo conmigo. Dice que es por mi propio bien.

- ¿Y usted le cree?- preguntó Mira.

- Confío plenamente en él, pero no me gusta estar en la oscuridad.

- La oscuridad rodea a todo este asunto -dijo Lendrik absorto en sus pensamientos-. Esperemos que la tarjeta arroje algo de luz. ¿Y qué opina del hombre que tenía la tarjeta? ¿Piensa que pertenece al Círculo?

- ¿El Círculo? -preguntó Mira, algo confundida.

- Es así como llamamos al grupo de personas que conocen el secreto de Verni -respondió el profesor y luego continuó:

- Hay algo que deben saber acerca del Círculo. No hay una lista de miembros ni nada por el estilo, de manera que no sé cuántas personas pertenecen a él. Posiblemente, me he encontrado hablando con varios de ellos sin siquiera saberlo. Están esparcidos alrededor del planeta, pero pienso que la máxima concentración de miembros está aquí en Verna. Este hombre puede ser uno de ellos. Tal vez, me atrevo a decir, que es alguien que ocupa un lugar de alta jerarquía, alguien a quien no conozco.

- O tal vez es alguien a quien sí conoce- dijo Mira.

- Esa opción es incluso más perturbadora, ya que significaría que alguien entre nosotros nos ha estado mintiendo todo este tiempo. Prefiero alejar esa posibilidad de mi mente.

- Sin embargo, es una posibilidad -dijo Lendrik, pensativo-. Comienzo a sentir que ya no podemos confiar en nadie. Este asunto está rodeado de secretos y mentiras. Muchas preguntas sin responder, muchas cosas que no concuerdan.

El profesor iba a decir algo más cuando su reloj comenzó a sonar. Activó el altavoz y escucharon la voz de la recepcionista: -La reunión ya ha terminado. El doctor Werner lo espera en su oficina, señor Weiss.

- Gracias, querida. Ya vamos para allá -respondió el profesor, se levantó y les sonrió-. Ahora veamos si podemos encontrar las respuestas que buscamos con la pequeña ayuda de un amigo.

Nuevamente en el edificio del Consejo se dirigieron a la recepcionista que los recibió con una sonrisa.

- Gracias por avisar, querida -le dijo el profesor.

- No hay por qué, profesor. Se han demorado un poco más de lo habitual hoy -respondió la muchacha-, pero ya hablé con el doctor Werner y me dijo que los espera en su oficina.

- Parece que estaban discutiendo algo importante -dijo Mira.

- Todo lo que se discute en el Consejo es importante -dijo la chica, pero luego bajó la voz-. Aunque últimamente me han llegado rumores de que están sucediendo cosas extrañas. A decir verdad, estas largas reuniones son cada vez más comunes. Trabajando aquí uno se entera de algunas cosas.

- ¿Hay algo más que puedas decirnos? -preguntó Lendrik.

La chica le regaló una sonrisa seductora, lo cual no le hizo ninguna gracia a Mira.

- Lo siento... ¿Cómo es tú nombre? -preguntó la muchacha.

Lendrik estaba a punto de responder cuando Mira lo interrumpió:

- Dinos, Vera -dijo cortante y esbozó una falsa sonrisa -, ¿dónde podemos encontrar al doctor Werner?

La muchacha se dio cuenta de que había cruzado una línea y volvió a adoptar una expresión formal.

- La oficina del doctor Werner se encuentra en el piso número diecisiete, oficina número tres.

Se dirigieron a uno de los ascensores ubicados alrededor del hall central. Mira caminaba con expresión severa y el ceño fruncido.

- Miri, yo sólo... tú sabes -tartamudeó Lendrik, nervioso.

Mira lo fulminó con la mirada pero no dijo nada. Lendrik sabía que esa mirada era señal para hacer silencio o cambiar de tema. Uno de los pocos defectos que tenía Mira eran sus celos, que a veces llegaban a niveles extremos. Llegaron al ascensor y Mira apretó con firmeza el botón del piso diecisiete. El profesor y Lendrik se miraban en silencio. Luego de unos segundos habían llegado al piso indicado. El lugar tenía diez grandes

oficinas. Ellos tenían que buscar la número tres. Había cinco de un lado del edificio y cinco del otro. A la derecha del ascensor estaban las enumeradas del seis al diez, por lo tanto se dirigieron hacia la izquierda. Al llegar a la oficina indicada, el profesor apretó el botón del intercomunicador que se encontraba al lado de la puerta. Una voz masculina atendió:

-Adelante, amigo mío.

-Vengo acompañado. ¿Puede pasar él también? -preguntó el profesor.

- Sí, por supuesto -respondió el doctor Werner.

Mira no entendía lo que sucedía.

- ¿Él? Somos dos, profesor.

- Lo sé querida -dijo el profesor con calma-. Pero se supone que tú no sabes nada acerca de esa sala, si entrases y él se enterara de que Lendrik te contó acerca de ella estaríamos en un problema, ¿no lo crees? - Con algo de frustración, Mira asintió. Entendía que nadie podía saber que Lendrik había revelado el secreto.

-¿Por qué no das una vuelta por el edificio? Estoy seguro que encontrarás cosas más que interesantes-sugirió el profesor.

-No te preocupes, Miri. Te contaré todo lo que hablemos -dijo Lendrik.

-Está bien, pero no tarden mucho. Avísame cuando terminen -le dijo a Lendrik, señalando su reloj.

-Por supuesto -dijo Lendrik.- Se saludaron con un beso, y luego él y el profesor entraron.

Detrás del escritorio se encontraba el doctor Werner. Era un hombre de más o menos la misma edad que el profesor Weiss. Tenía pelo marrón claro, ojos verdes y barba blanca.

- ¡Querido amigo! Que agradable sorpresa. No esperaba volver a verte tan pronto.

-Yo tampoco -respondió el profesor-. Circunstancias imprevistas me han traído aquí hoy.

-Por favor, pasen. Tomen asiento -dijo señalando un par de sillas que había junto al escritorio.

Lendrik y el profesor tomaron asiento. El doctor Werner se sentó en su silla del otro lado y repentinamente clavó los ojos en Lendrik. Lendrik se sintió intimidado ante aquella mirada penetrante. Esos ojos parecían estar traspasándolo y mirando en su interior. Pareciera como si quisiera averiguar algo con el simple hecho de mirarlo. Por un momento hasta pensó que podría lograrlo, tal era la intensidad de esos ojos. Pero luego de un instante, la mirada se le suavizó y le dijo con una sonrisa: -Tú debes ser Lendrik.

-Así es, ¿cómo lo sabe? -preguntó Lendrik.

-Me han hablado mucho de ti -dijo mirando al profesor Weiss.

Lendrik miró al profesor, sentado a su lado, y éste asintió. El doctor Werner prosiguió.

- Sé dónde has estado y lo que has visto hace ya varios años en el centro de genética. Weiss tiene mucha fe en ti, muchacho.

Lendrik no supo que decir. Sonrió, nervioso. Aquel hombre lo hacía sentir muy incómodo.

- Que oportuno que menciones el centro de genética, Wern. Justamente es por eso que estoy aquí. Necesito entrar nuevamente en la sala de Verni.

El doctor Werner pareció no inmutarse por el pedido del profesor. Lendrik esperaba una reacción, un mínimo de asombro de su parte. Pero nada, era como si le hubiese pedido la hora.

- Sabes muy bien que no puedes ingresar allí así como así, como si fuese una biblioteca -dijo Werner con tranquilidad.

-Eso está más que claro. Por eso acudo a ti, amigo. Sé que tú tienes el poder para hacernos entrar.

- Primero tienes que decirme porqué tienes que entrar a la sala -dijo Werner.

-Por esto -dijo el profesor, al mismo tiempo que sacaba la tarjeta de almacenamiento del bolsillo de su chaqueta. Se la alcanzó al doctor Werner quién se quedó observándola con curiosidad. Lendrik inconscientemente hizo un gesto que dejó en evidencia que no confiaba en Werner. A pesar de que intentó ocultarlo, Werner lo notó.

- No te preocupes, Lendrik, te la devolveré.- Lendrik asintió, todavía nervioso. Se sentía realmente intimidado por ese hombre. Werner

continuó:

- Tengo que decirte que esperaba algo más convincente. ¿Qué es esto? Parece ser muy viejo y obsoleto.

- Tienes toda la razón. Es viejo y obsoleto. Es un dispositivo de almacenamiento de datos. Se usaba aproximadamente hace dos mil años.

-Interesante -dijo el doctor, mientras observaba el dispositivo con más detenimiento.

- Hemos dicho que es obsoleto, bueno, pues, no del todo. Hay un lugar donde podemos visualizar la información que contiene.

- La sala de Verni -dijo el doctor-. Bien, ya veo hacia dónde va todo esto. Lo que no entiendo es porque es tan importante ver esta información. Podría tratarse de cualquier cosa.

-Eso es verdad, no tengo prueba alguna de que la información que contiene este objeto sea relevante. Pero primero deberás saber cómo la obtuvimos. Lendrik, esta es una historia que te corresponde contar a ti. Lendrik se aclaró la garganta y procedió a relatar los extraños encuentros que tuvo con el "observador", hasta llegar al más reciente, en el cuál a este hombre se le cayó al suelo aquel misterioso, antiguo y aparentemente obsoleto dispositivo.

-Señor -le dijo Lendrik a Werner-, tengo la certeza, o por lo menos estoy tan seguro como una persona puede estar de algo, de que este dispositivo contiene información relacionada al caso Verni, a su ayudante y a la clave. Nada de esto sucedió por casualidad, hay un propósito detrás. Observe el símbolo que tiene impreso en la tarjeta. Es muy pequeño y está bastante borronado, pero se ve claramente.

Werner tomó sus gafas y aplicó el aumento para ver lo que el muchacho le estaba mostrando.

- ¿Reconoces el símbolo, Wern? -preguntó Weiss.

- Por supuesto. Es el mismo símbolo que está en el ordenador de Verni. Interesante. Muy interesante. Puede que tengas algo valioso aquí, muchacho.

-Lo sé -dijo Lendrik, convencido.

El doctor permaneció pensativo por unos segundos. Finalmente, se dirigió

hacia el profesor Weiss.

-¿Tú que piensas? -preguntó.

- Confío plenamente en Lendrik y creo que está en lo correcto-dijo y volvió la cabeza hacia Lendrik dándole una mirada alentadora.- Confío en lo que dice.

- Veo que te has encariñado con el muchacho, que has decidido ser su guía.

- Le tengo mucho afecto sí. Pero creo que sería más adecuado decir que él me está guiando a mí.

-Está bien, te concederé esto. Sin embargo, tengo una condición: que me reveles el contenido de esta tarjeta.

-Por supuesto, Wern. Lo iba a hacer de todas maneras ¿Desde cuándo te has vuelto tan desconfiado?

-No lo soy. Pero parece que es algo común en estos días -dijo mirando a Lendrik fijamente con aquellos ojos profundos. Lendrik no pudo evitar que su rostro enrojeciera.

- Bien, no será fácil. Tendré que ir con ustedes. Necesitaré dar una buena excusa para poder justificar nuestra presencia allí.

-¿Tienes algo en mente? -preguntó el profesor.

-No, pero ya se me ocurrirá algo. Por lo pronto debo seguir con mi trabajo. Dame unos días para pensar cómo hacerlo. En cuanto tenga un plan, me contactaré contigo. Esperemos que esto valga la pena. Porque me pueden echar del Consejo si se sabe que comparto información confidencial con ustedes.

-No te preocupes, amigo. Nadie lo sabrá. Tienes mi palabra.

-Y la mía -dijo Lendrik.

El doctor Werner miró de nuevo a Lendrik, pero esta vez con curiosidad, como si viera algo extraño, especial, en el muchacho. Lendrik volvió a sentirse nervioso y tenso, como si el doctor le pudiese leer los pensamientos.

- Si estás en lo cierto, Lendrik, y lo que hay en esta tarjeta es información relevante respecto a Verni, significará un gran descubrimiento para la comunidad científica. Se te agradecerá enormemente por esta

contribución.

- Espero que esto sirva para el avance de nuestra civilización, señor. O por lo menos para entender más el pasado.

-Ah, sí. Al parecer el pasado está tomando gran relevancia en estos últimos tiempos -dijo el doctor Werner en un tono enigmático y miró a Weiss-. Tendrán que saber disculparme, pero debo irme. Todavía tengo algunas cosas que hablar con algunos miembros del Consejo. Espera por mi llamado, Weiss y juntos entraremos a esa sala.

Salieron juntos de la oficina. Se despidieron de Werner y Lendrik llamó a Mira para avisarle que ya había terminado la reunión. No respondía. Intentó una segunda vez, luego una tercera y una cuarta. Nada.

- ¿Por qué no responde? No es común en ella.

- No te preocupes, probablemente está esperándonos en la recepción. Vamos.

Entraron nuevamente en el ascensor y bajaron a la recepción. La recorrieron a lo ancho y a lo largo, pero no había rastro de Mira. La paciencia de Lendrik se estaba agotando *¿Dónde está? ¿Por qué no atiende el teléfono?* Le preguntaron a la recepcionista si la había visto bajar. Dijo que la última vez que la vio fue cuando subió con ellos al piso diecisiete. Nunca había bajado. Decidieron que lo mejor sería esperar en el hall principal para evitar cualquier tipo de desencuentro dentro del edificio. Esperaron durante media hora pero todavía no aparecía. Justo en el momento en el que Lendrik se disponía a salir a buscarla, Mira salió de uno de los ascensores. Había algo extraño en su rostro. Lendrik caminó apresuradamente hacia ella.

- ¿Dónde estabas? -preguntó preocupado y también algo enojado.- Mira no contestó. Había cierta conmoción en su rostro y estaba muy seria. Lendrik suavizó un poco el tono: -¿Estás bien?- preguntó

- Sí, sí. Estoy bien. Será mejor que salgamos de aquí. Hay algo que debo contarles.

Tomó de la mano a Lendrik y se dirigieron hacia la salida. El profesor Weiss los alcanzó y juntos salieron del edificio del Consejo. Lendrik y el profesor estaban desconcertados por el comportamiento de Mira.

Los tres caminaban sumidos en un profundo silencio mientras se dirigían a la casa de Lendrik. Éste y el profesor esperaban ansiosos y confundidos el relato de Mira, que se había negado a hablar hasta estar en un lugar más privado. Una vez que llegaron, se acomodaron en los sillones y finalmente ella terminó con el suspenso y comenzó a hablar en un tono calmo.

- Cuando ustedes entraron en la oficina del doctor Werner, me dirigí nuevamente al ascensor. Necesitaba distraerme mientras ustedes estaban ocupados en su pequeño concilio. Allí encontré información acerca de lo que había en cada piso del edificio y de inmediato vi algo que me llamó la atención. En una de las descripciones decía "Salas de archivos".- Hizo una pausa y tomó un sorbo de agua-. Se imaginarán que para una historiadora científica no puede haber lugar más tentador que ese. Me fijé en qué piso se encontraban y subí rápidamente hacia allí ansiosa por la oportunidad. Las salas están en el ante último piso, justo un piso debajo de donde se reúne el Consejo. Con el corazón palpitante de la emoción finalmente llegué y las puertas del ascensor se abrieron. Claramente mi exaltación parecía haber borrado cualquier rastro de cordura en mí. Era obvio que sólo algunas personas tienen permitido el acceso a ese lugar y yo no soy una de ellas. La puerta estaba cerrada con código. Se pueden imaginar mi decepción. No sólo porque la puerta estaba cerrada sino también por haber sido tan estúpida e ingenua para pensar que simplemente iba a estar abierta para cualquiera.

Mira se quedó pensativa durante unos segundos. Negaba con la cabeza como reprochándose a sí misma, luego continuó su relato.

- Estaba por desistir cuando escuché la puerta del ascensor que se abría. Mi instinto me dijo que sería mejor que nadie me viera allí, así que me escondí detrás de un enorme adorno con forma de esfera. Segundos después apareció un hombre. Se paró frente a la puerta de las salas e ingresó el código en el panel táctil. Se escuchó un suave pitido. Las puertas comenzaron a abrirse lentamente, el hombre esperó unos segundos, entró y luego comenzaron a cerrarse. En esa fracción de segundo me di cuenta de que entrar en esas salas era más importante de lo que creía. Más importante que meramente satisfacer mi curiosidad. Sin pensarlo, me escabullí por la puerta justo antes de que esta se cerrase del todo ¿Se te ocurre alguna razón que me haga cometer semejante locura?

-Sí. Se me ocurre. Pero no lo apruebo -dijo Lendrik con algo enojo-. Aunque pensándolo bien, creo que yo también hubiese hecho lo mismo -dijo, ahora sonriendo.

Mira también sonrió.

- En esas salas podía encontrar información acerca de Verni y el Visitante-continuó Mira-. Si hay un lugar donde podemos encontrar alguna pista acerca de su identidad, es en esos archivos. Por eso entré. Obviamente,

estaba encantada de tener esa excusa para entrar y ver todas las otras cosas que había allí dentro. Durante años me había imaginado la apariencia de aquel lugar. Había soñado con entrar y poder leer los secretos más antiguos de Lira. Pero no disponía de mucho tiempo. Tenía miedo de que alguien me viera, de manera que me puse a buscar archivos acerca del visitante de inmediato. No era tarea fácil. El lugar es inmenso. Es como un laberinto. Tienes que verlo, Lend, es maravilloso. Te juro que podía sentir, casi palpar, el conocimiento y la sabiduría que había en esas salas. Algunas de ellas conservaban algo de la arquitectura antigua de Lira. Estuve a punto de perderme varias veces. Por momentos casi me olvidaba del Visitante y caminaba hipnotizada como bajo el efecto de algún sortilegio de aquel lugar mítico. Busqué y busqué hasta perder la noción del tiempo, pero no encontraba nada que nos pudiese ser de utilidad...- Hizo una pausa y volvió a tomar un sorbo de agua-. Hasta que llegué a las última salas. Mientras caminaba por aquel laberinto me di cuenta que las salas estaban ordenadas cronológicamente, por lo tanto supuse que las últimas eran las primeras. Allí, tal vez, podía encontrar lo que estaba buscando. Fui transportada hacia atrás en el tiempo hasta los tiempos anteriores al Gran Cambio, antes de que Lira fuese Lira, pero no había nada acerca del Visitante, ni una sola mención, ni un solo indicio de su existencia. Decidí que era hora de volver. No sabía cuánto tiempo había estado allí. Me disponía a regresar cuando vi algo que llamó mi atención. Observé que había un pequeño pasillo que antes no había visto. Estaba iluminado por una luz azul muy tenue, igual a las que iluminan las estanterías de las salas, por eso no lo había notado. Al final de éste había una puerta gris de aspecto extraño. Parecía vieja y descuidada y que no la abrían hace mucho tiempo. Aparentaba ser la más ordinaria de todas las puertas, hasta que lo vi.- Mira hizo otra pausa, esta vez demasiado larga-.

- ¿Qué? ¡¿Qué viste?! -preguntó Lendrik, exasperado.

Mira sonrió. Encantada de tener a su audiencia en la palma de su mano.

- El símbolo de Verni -dijo finalmente-. El mismo que está en la tarjeta y también en el ordenador en el centro de genética.

- ¿Estás segura, Mira? ¿No es posible que te hayas confundido?- preguntó el profesor. Por primera vez, Lendrik lo notaba impaciente y exaltado.

- Sé lo que vi. Era el símbolo de Verni. Estoy segura -dijo Mira con determinación y algo ofendida-. Tengo una excelente memoria fotográfica.

- Es cierto -coincidió Lendrik-. Es impresionante como recuerda cada detalle de todos los lugares a los que va.

El profesor permaneció en silencio, abstraído en sus pensamientos, con una expresión de preocupación en su rostro. Lendrik creía saber a qué se debía.

- Profesor, ¿usted cree que el doctor Werner sabe de la existencia de esa sala? -preguntó.

-No lo sé, Lendrik. No lo sé -dijo todavía confundido-. Pero, es muy difícil pensar que un miembro del Consejo no sepa de la existencia de esa sala y mucho menos alguien como Werner- Hizo una pausa y negó con la cabeza-. Sabía que había cosas que me ocultaba, pero esto es demasiado -dijo decepcionado.

- Tal vez hay alguna razón por la que no se lo dijo -dijo Lendrik.

El profesor asentía mientras parecía intentar asimilar aquel duro golpe.

- Es posible, pero tenemos que ser realistas. Sea cual sea la razón por la que me ha ocultado esto todo este tiempo, y aunque me duela decirlo, ya no podemos confiar en Werner.

Lendrik y Mira se miraron. Ambos tenían la misma pregunta en la cabeza.

- Pero, ¿qué haremos con la tarjeta? -preguntó Mira-. Él es la única persona que nos puede dar acceso a la sala de Verni. Lo necesitamos.

- Estás en lo cierto, Mira. Aunque Werner oculte cosas acerca del visitante, existe la posibilidad de que no supiese acerca de la de la tarjeta. Debemos seguirle el juego y ver qué sucede, pero ahora sabemos que debemos actuar con absoluto cuidado. Es fundamental que Werner no sepa que estuviste en las salas de archivos, Mira.

Lendrik y Mira asintieron determinación.

- ¿Y qué haremos ahora, profesor?- preguntó Mira.

- Esperaremos a que Werner nos dé acceso al ordenador y seguiremos indagando en todo este asunto. La tarjeta es nuestra única pista, y Werner es la única manera que tenemos de ver que hay dentro de ella. Y cuando el momento sea el indicado, hablaré con él acerca de la sala de archivos. Espero que tenga una explicación muy convincente -dijo con un dejo de enojo en su voz a la vez que miraba su reloj y se levantaba.

- Bueno, debo irme. Me esperan en la Universidad -dijo mientras se dirigía hacia la puerta.- Esperen por mi llamado. No importa qué es lo que oculta Werner, debemos ver el contenido de esa tarjeta. Es todo lo que tenemos.

Cerró la puerta detrás de sí y dejó a los dos jóvenes cavilando acerca de los recientes acontecimientos. Los dos pensaban en lo mismo: la puerta. ¿Qué había detrás? ¿Qué ocultaba Werner? ¿O acaso el venerable doctor no sabía de su existencia? No. El profesor tenía razón. Werner debía saberlo. Pero, ¿sabía también acerca de la tarjeta?

- Tenemos que entrar a esa sala, Lend- dijo Mira.

- Lo sé -dijo Lendrik pensativo-. Pero también debemos saber qué hay dentro de esa tarjeta.

- Tal vez podemos hacer las dos cosas- dijo Mira.

- ¿Tienes algo en mente? – preguntó Lendrik.- Mira tenía aquella mirada que Lendrik tanto conocía. Los ojos le brillaban con la idea de ver los secretos ocultos detrás de aquella puerta. La curiosidad la consumía por dentro.

- Puede ser – respondió-, pero es arriesgado.

- No sé si el profesor aprobará que intentemos algo así- dijo Lendrik.

- ¿Y quién dice que le diremos algo al profesor?- dijo Mira con una sonrisa astuta-. Lend, sé que le tienes mucho respeto, pero a veces tienes que actuar por tu cuenta y dejar de intentar ganar su aprobación. Dejemos que él se encargue del asunto de Werner y la tarjeta. Nosotros debemos saber qué hay detrás de esa puerta. Sé que lo deseas tanto como yo.

- No tanto cómo tú- dijo Lendrik, sonriendo.- Sabía que Mira ahora se encontraba inevitablemente atrapada por la terrible atracción que le generaba aquella enigmática puerta. Era inútil intentar convencerla de lo contrario. Lendrik lo sabía-. Pero, por supuesto que quiero entrar. Aunque pienso que debemos esperar la respuesta de Werner acerca de la tarjeta.

- Estoy de acuerdo. Entonces esperaremos- dijo Mira.

- Mientras esperamos cuéntame cómo piensas entrar a uno de los lugares más secretos e inaccesibles de todo Verna.

Capítulo 5

13

Estaba acostado sobre la hierba en un bosque muy tupido. La luz del sol apenas se filtraba a través de los frondosos árboles. No sabía cómo había llegado allí. Todo se encontraba en absoluto silencio. No se escuchaba ni un sonido, ni una brisa, ni siquiera el canto de los pájaros. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en el medio de un sendero. Miró hacia ambos lados. Uno llevaba hacia fuera del bosque y allí a lo lejos, donde terminaba, se veía la luz del sol, brillante, como un gran faro en la noche. El otro llevaba hacia la oscuridad, hacia el interior del bosque. Comenzó a caminar hacia la luz. Había hecho unos pocos pasos cuando de repente se detuvo como si algo dentro de él no lo dejara avanzar. Entonces, dio la vuelta, y sin saber por qué, se dirigió hacia el otro lado. De alguna manera sabía que ese era el camino correcto. Sus piernas avanzaban solas. No había nada que él pudiese hacer. Pero estaba bien. Sabía que tenía que ir en esa dirección. Siguió caminando, sus pasos lo llevaban con una inercia irresistible. Cuanto más se adentraba en la oscuridad del bosque, más quería dar la vuelta y volver hacia la luz. Pero no podía, y a la vez entendía, que aquel era el único camino posible. Era esa sensación de ambigüedad y contradicción que sólo tiene sentido en los sueños. Temía lo que podía encontrar al final. En lo profundo de su ser, sabía lo que le esperaba, lo sospechaba y al mismo tiempo no podía decir con seguridad lo que le aguardaba en el corazón del bosque. Avanzó y avanzó hasta que llegó a un claro. Levantó la mirada y pudo ver el cielo. Había llegado al final del camino. A su derecha había una pequeña cascada que caía suavemente en un estanque natural y rompía con el silencio sepulcral del bosque. Miró nuevamente hacia el cielo y de nuevo hacia el estanque. Había un hombre allí. El agua le llegaba hasta las rodillas. Estaba de espaldas, de manera que no podía ver su rostro. Comenzó a caminar en dirección a él. Estaba a sólo unos pasos cuando el hombre habló. Era un murmullo apenas audible. Se acercó más para escuchar mejor.

—No logro escucharlo, señor. ¿Se encuentra bien?

El hombre seguía murmurando pero Lendrik aún no podía entender lo que decía. Se acercó más. Sintió el contacto del agua helada en sus pies. En ese momento el cielo oscureció y se desató una fuerte tormenta. La lluvia comenzó a caer torrencialmente. Apenas podía ver al hombre que todavía permanecía inmóvil en medio del estanque.

—¡Señor! Tiene que salir de allí —gritó, pero apenas oía su voz por

sobre el ruido de los truenos.

El hombre pareció escucharlo y se dio vuelta lentamente. Lendrik estaba ansioso por ver su rostro. Pero era tanta la lluvia que lo único que veía era una silueta difusa y borrosa. Intentó aproximarse aún más pero el hombre levantó la mano indicando que se detuviera. Lendrik obedeció. Se detuvo, expectante, conteniendo la respiración y por primera vez entendió lo que el hombre decía. Esta vez habló fuerte y claro. En su voz había una angustia y una tristeza desgarradoras.

Dos palabras salieron de su boca.

—¡Lo siento! —gritaba—. ¡Lo siento!

Lendrik no comprendía.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes por qué? ¿Qué has hecho? ¡Dime!

Estaba a solo unos metros. Intentó alcanzarlo pero tropezó y cayó al agua. Se incorporó rápidamente pero cuando salió, el hombre ya no estaba. Lo llamó varias veces pero se había ido. La lluvia seguía cayendo. Comenzó a sentir cómo el frío se extendía por todas sus extremidades y cuando observó el lago nuevamente vio que éste se estaba convirtiendo en hielo. El frío cristal comenzó a trepar por su cuerpo hasta dejarlo completamente inmóvil. El tiempo se detuvo y ya no sintió más nada.

Se despertó sobresaltado, agitado y con su cuerpo empapado de sudor. Nunca había tenido un sueño semejante. Se incorporó y permaneció sentado en la cama por unos minutos. Se sentía angustiado. Intentó calmar su respiración. Todavía se encontraba en ese estado en el que no logras deshacerte de la sensación que te creó el sueño y aún no sabes si estás despierto o dormido. Cuando se hubo tranquilizado volvió a recostarse junto a Mira que dormía apaciblemente. La observó durante un rato hasta la somnolencia volvió a caer sobre él y logró dormir profundamente hasta el día siguiente. Pero el sueño se volvió cada vez más frecuente y siempre era igual. La misma secuencia se repetía una y otra vez: el bosque, el sendero, la tormenta y el extraño sin rostro.

Los días pasaban y todavía no tenían noticias de Werner ni del profesor. La ansiedad crecía rápidamente en Lendrik. Ser paciente no era una de sus cualidades. No podía alejar sus pensamientos de la tarjeta, de la sala de archivos y de todo lo que rodeaba al misterioso hombre que llamaban el Visitante.

Se encontraba en su estudio e intentaba armar un grupo de ecuaciones tensoriales que le permitieran simplificar la estructura espacio-temporal alrededor de un objeto supermasivo, pero no lograba concentrarse. En momentos como este había sólo una cosa que podía ahuyentar los

pensamientos que lo acosaban y aclarar su mente: la velocidad.

Presionó un botón en su reloj y dijo: —Llamar Grederi—. Esperó unos segundos y lo atendió la voz jovial de su amigo.

—¡Gred! ¿Qué tal? ¿Qué te parece si vamos a las pistas un rato? Necesito despejar la cabeza.

—Puede ser —respondió Grederi—. Yo también estoy necesitando subirme a un aerodeslizador. ¿Cuándo quieres ir?

—¡Ahora! ¿Estás ocupado? —preguntó Lendrik.

—Sí, pero puedo desocuparme... Espera un segundo —Escuchó como Gred se alejaba y decía—. ¡Oye, Stan! ¿Te acuerdas de aquel favor que me debías? Bueno, voy a cobrármelo ahora. Necesito que termines de ajustar las salidas de escape de los propulsores del ER75. Es muy sencillo, incluso un tonto como tú puede hacerlo. Listo

—dijo dirigiéndose a Lendrik nuevamente—, desocupado. Buen hombre, Stan. Algo lento, pero es confiable. Te veo en la puerta del edificio en diez minutos, ¿vale?

—¡Excelente! —exclamó Lendrik—. Cerró la ventana con las ecuaciones tensoriales, apagó la pantalla de la pared y se dirigió hacia la puerta principal del Departamento de Física. Allí lo esperaba Grederi sonriente, aunque con algo de cansancio en el rostro.

—Vámonos de aquí —dijo luego de saludarlo—. Salieron del edificio y se encaminaron hacia la boca de subterráneo más cercana.

—No pudiste haber tenido mejor idea —dijo Grederi, mientras cruzaban el parque central—. Mi aerodeslizador está juntando polvo en el hangar. Hace más de seis meses que no lo uso.

—Estamos igual. Necesito sentir esos cuatrocientos kilómetros por hora correr por mi cuerpo —dijo Lendrik, que empezaba a sentir un escalofrío placentero ante la expectativa de conducir su aerodeslizador.

—Si me dejas hacerle unos retoques, puedo hacer que sean quinientos —dijo Grederi con satisfacción.

—¡Eso sería genial! —dijo Lendrik entusiasmado—. Grederi era un gran técnico y sus habilidades en la mecánica habían aumentado notablemente con los años. Era común entre los pilotos de aerodeslizadores, tanto los profesionales como los amateur, arreglar y modificar sus propios vehículos, algo que normalmente podría hacer un robot. Pero la relación entre el piloto y su máquina era muy estrecha. Lendrik también sabía reparar su deslizador pero sus conocimientos estaban muy por debajo de

los de Grederi.

Tomaron el tren que los llevó hacia el sector de la ciudad donde se encontraban los circuitos de práctica. Éstos eran grandes espacios abiertos al aire libre en los que había muchas pistas, cada una con su grado de dificultad. El pecho de Lendrik se infló de felicidad con la visión de aquel lugar que hace tiempo no visitaba. En el centro del predio se encontraba el hangar donde estaban guardados los aerodeslizadores. Subieron a un pequeño vehículo que estaba suspendido sobre rieles magnéticos y éste los llevó hacia el edificio. El hangar era inmenso. Todo habitante de Verna que poseía un aerodeslizador tenía un pequeño garaje personal en aquel edificio, donde podía guardarlo, arreglarlo y modificarlo. Lendrik y Grederi fueron hacia donde estaban los suyos. El garaje de Lendrik estaba más cerca de la entrada principal, por lo tanto le dijo a su amigo que se encontraran en la pista. Grederi siguió caminando y Lendrik se paró frente a una puerta de unos tres metros de ancho y dos de alto. Acercó su reloj a un lector magnético ubicado en el extremo derecho; se escuchó un pitido electrónico y ésta comenzó a abrirse en dos, hacia los costados. El garaje era bastante amplio y estaba equipado con toda la tecnología necesaria para mantener a los vehículos en el mejor estado. Lendrik entró y vio las computadoras que comenzaban a encenderse y que proyectaban pantallas en las paredes laterales. En el medio del recinto estaba L27. Ese era el nombre que le había dado. La letra inicial de su nombre y su número favorito. Se acercó al aerodeslizador y acarició suavemente su fría superficie. El vehículo era de un verde oscuro, con algunos detalles grises y negros. Consistía de un armazón principal donde se encontraba la cabina del piloto; dos alerones de dos metros se extendían hacia los costados en cuyos extremos estaban ubicados los poderosos propulsores. Era una máquina simple pero magnífica. Lendrik verificó la información que mostraban las pantallas. Todo parecía estar en orden,

—Madeleine, necesito que hagas un chequeo de los propulsores, de los estabilizadores gravitatorios y del sistema de navegación, por favor. Ah, y también de las celdas fotovoltaicas.

Subió a la cabina por una pequeña escalera lateral y se sentó sobre el comodísimo asiento. *Como extrañaba esto*, pensó. Cerró los ojos y se relajó por un momento. Cuando estaba allí dentro, no había nada que pudiese perturbar su mente, el mundo exterior ya no existía. Comenzó a visualizar el circuito que lo esperaba afuera y sintió la adrenalina correr por su cuerpo.

—Todo está en perfecto estado —dijo Madeleine—. Excepto por una pequeña asimetría del estabilizador 3 con respecto al 4.

—Gracias, Madeleine. Lo arreglaré en un segundo —dijo Lendrik, mientras chequeaba el panel de control y encendía los motores. Tecleó rápidamente unos comandos para probar los estabilizadores y corregir la

asimetría. En unos segundos todo estaba en perfecto equilibrio y ya estaba listo para salir a la pista. Pulsó rápidamente varios comandos y escuchó con deleite el sonido de los propulsores al encenderse. *Oh, música para mis oídos*, suspiró. Activó los estabilizadores gravitatorios y el vehículo se elevó unos treinta centímetros sobre el suelo.

Tomó las palancas de mando ubicadas a los lados del asiento, a la altura de la cintura, e hizo girar el deslizador sobre su eje. La puerta trasera del garaje, que daba a las pistas, comenzó a abrirse y pudo ver a lo lejos las montañas de Verna que contrastaban con un hermoso cielo celeste y despejado. Apreció el paisaje por un instante y luego empujó las palancas de mando levemente hacia delante, el deslizador aceleró y se lanzó con gran velocidad hacia el exterior. Con sus manos sobre los controles de mando, Lendrik no sólo sentía que controlaba el vehículo, sino también todo a su alrededor. Siempre lo sorprendía la manera en que pilotear lo transformaba. Su mente, por lo general bulliciosa e inquieta, se vaciaba por completo y en lugar de ponerse tenso debido al riesgo de la velocidad, sentía una calma absoluta. Divisó el deslizador de Grederi a unos cien metros de distancia delante de él, empujó con suavidad los controles hacia delante y el vehículo aceleró obedeciendo las órdenes de su piloto. Unos segundos después había alcanzado a Grederi, quién lo saludó desde su cabina y le hizo una seña con los dedos. Lendrik asintió y sonrió. Su amigo lo estaba retando a un mano a mano.

—¿A la cuenta de tres? —dijo Grederi a través del intercomunicador al mismo tiempo que activaba un temporizador. Tres segundos después recorrían la pista número tres, de dificultad media-alta, a más de trescientos kilómetros por hora. A Lendrik lo sorprendió lo mucho que había mejorado Grederi. Sus maniobras eran ahora más sutiles y armoniosas, y ya no perdía tanto tiempo en las curvas. Lendrik sospechó que, aunque éste lo había negado, su amigo había estado practicando un poco. La carrera terminó con victoria de Lendrik por un margen sorpresivamente menor al que él había anticipado. Pero ésta no se trataba de ganar o perder, sino de saciar sus ansias de velocidad, de sentir esa pura felicidad que sólo las carreras le daban y de compartir un momento agradable con su mejor amigo. De nuevo en el hangar, mientras Grederi le hacía unas pequeñas modificaciones al aerodeslizador de Lendrik, los jóvenes conversaban alegremente.

—Esta vez estuve cerca. Te asustaste ¿verdad? —dijo Grederi, mientras revisaba una plaqueta electrónica.

—Debo admitir que por un momento tuve miedo de que te pusieras a veinte metros de mí —bromeó Lendrik y ambos rieron. —Grederi nunca le había ganado una carrera a Lendrik. Sabía que estaba muy lejos de su nivel, pero era muy terco y por eso seguía intentándolo. —Pero, en verdad has mejorado, Gred. ¿No habrás estado practicando a mis espaldas?

—preguntó con picardía.

Grederi sonrió pero no dijo nada.

—Pienso que con eso bastará —dijo—. Ahora este bebé alcanzará los quinientos por hora —dijo dándole unos golpecitos al aerodeslizador—. ¿Piensas que podrás con esa velocidad? —preguntó con tono provocativo—. Son apenas cien kilómetros por hora menos de lo que alcanzan los profesionales.

—Creo que lograré adaptarme al cambio —dijo Lendrik y sonrió con confianza—. A diferencia de otros aspectos de su personalidad, cuando se trataba de su habilidad como piloto, Lendrik tenía una certeza casi absoluta. —¡Quinientos kilómetros por hora!

—exclamó fascinado—. Gracias, Gred. ¡Esto es en verdad increíble! Pero no le digas nada a Mira. ¡Si se llega a enterar que conduzco a esa velocidad me mata!

—De nada, amigo mío. Y no te preocupes, será nuestro secreto —respondió Grederi, guiñándole el ojo—. Pero no tienes nada que agradecer, tú me has ayudado a entrar al proyecto Banta. ¡No sé si algún día podré devolverte tan enorme favor!

Ahora que Gred mencionaba a Banta, Lendrik sintió el remordimiento y la culpa crecer en su interior. Nunca le había contado a su amigo las verdaderas razones por las que había logrado entrar al proyecto ni tampoco le había contado la verdad acerca de Verni, ni de la existencia del Visitante. *Tal vez ha llegado el momento de sincerarme*, pensó. Sería un gran alivio sacarse aquel peso de encima.

—Gred, tú siempre me dices que hay cosas que no te digo acerca de Banta, que sé más de lo que aparento... Y tienes razón.

Grederi lo miró sorprendido por la súbita confesión.

—Finalmente —dijo con una sonrisa traviesa—. La verdad saldrá a la luz.

—Hay una razón por la que te he ocultado esto todos estos años. Espero que lo entiendas.

—¡Ya, hombre! ¡Larga el rollo! —dijo Gred impaciente.

Lendrik tragó saliva y comenzó a hablar:

—Como bien sabes, poco después de cumplir los sesenta logré ingresar al proyecto Banta, bajo "circunstancias muy dudosas" como tú mismo me

has dicho. Y aunque me cueste admitirlo, debo decir que tenías razón.

Grederi asintió con satisfacción. Le encantaba tener la razón.

—Borra esa sonrisa de tu cara o no te cuento más nada —dijo Lendrik, ahora ya más relajado—. Como te decía, no te conté todo lo que sabía acerca de Banta ni de...ni de otras cosas. Ahora sabrás toda la verdad. —Hizo una pausa y comenzó su relato:

—Cuando visité el centro de genética el día que cumplí sesenta años me enseñaron algo que sólo muy pocos han visto. Recorrí, junto al profesor Weiss, los diferentes pisos en los que me mostraron y explicaron cómo se creaba y se prolongaba la vida. Quedé profundamente impresionado por la fórmula desarrollada por Verni. Me fascinó su simpleza y que, sin embargo, ésta pudiese desatar un proceso tan complejo en el organismo y por sobre todas las cosas cambiar la historia de la humanidad. Luego, llegué al piso final: la sala de las matrices. Creí que era lo último que había por ver, y en verdad pensaba que todo aquello había sido más que suficiente. Estaba más que satisfecho. Pero no, ese no era el final del camino, al menos no para mí. Todavía recuerdo mi confusión cuando el profesor me dijo que todo lo que había visto no era lo que realmente me querían mostrar aquella mañana. Al final del pasillo, hay una sala oculta.

Grederi escuchaba el relato fascinado. Por primera vez parecía no tener nada que decir.

—¿Otra sala? —dijo en un susurro, expectante.

Lendrik asintió y continuó:

—Sí, una sala como ninguna que hayas visto en tu vida. Antigua, como sacada de una leyenda de un lejano pasado. En medio de la sala había un ordenador, igual de antiguo. Y allí... Allí estaba escondido el verdadero secreto de Verni. —Hizo una pausa—. Me mostraron dos vídeos. En ambos vi grabaciones del profesor Verni en persona. En el primer video, el doctor revela que no fue él quien encontró la manera de prolongar la vida, sino un completo extraño del que nadie conoce su existencia. Él, y no Verni, fue el responsable del avance científico más grande de todos los tiempos.

Grederi no podía creer lo que escuchaba.

—¿Un extraño?! No puede ser ¡¿Me estás diciendo que durante más de dos mil años hemos estado viviendo una mentira?! —exclamó Grederi, consternado.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo —dijo Lendrik con calma—, pero aunque no lo creas eso no es lo más importante que vi

aquel día. Es en el segundo vídeo que Verni nos entrega la verdadera revelación, el secreto mayor, la verdad más impensada y sorprendente: —Aquel hombre que lo visitó y le entregó la clave para prolongar la vida... había venido de otro planeta.

Grederi apenas respiraba, desconcertado por las increíbles revelaciones de su amigo.

—Es una broma, ¿verdad? —dijo, sin poder dar crédito a lo que oía—. ¡Porque lo que dices es una completa locura!

—Lo es. Pero locura o no, aun así es cierto. Recuerdo cada palabra del doctor Verni en esos videos. Al principio también me costó creerlo, pero finalmente tuve que aceptar la cruda e increíble verdad: no sólo no fue Verni quién prolongó la vida humana en Lira, sino que el hombre que realmente lo hizo, había nacido en otro planeta.

Grederi lo miraba, todavía sin poder soportar el peso de aquellas palabras. Lendrik sabía que era mucho para asimilar.

—Deberías habérmelo contado antes, Lend —dijo Grederi con algo de reproche en su voz.

—Lo sé, lo sé —dijo Lendrik con culpa—. No sé porque no lo hice. El profesor me dijo que esta información debía mantenerse en el más estricto secreto, pero no hay excusa, Gred. Debí habértelo dicho.

Grederi asintió. Lendrik no podía decir si su amigo estaba enojado o si simplemente seguía aturdido.

—Entonces, ¿durante dos mil años hemos vivido creyendo que Verni fue uno de los científicos más influyentes de la historia, cuando en realidad logró su descubrimiento más importante gracias a la ayuda de un ser de otro planeta?. —Hizo una pausa, pensativo—. A propósito de este hombre. ¿Alguno de estos videos lo muestran?

—No, los vídeos sólo muestran a Verni, quien lo describe como un ser idéntico a nosotros. Lo cual quiere decir que vino de un planeta igual o casi igual al nuestro...

Lendrik no tuvo que seguir hablando porque Grederi ya había deducido las consecuencias de aquella descripción.

—¿Creen que vino de Banta, verdad? —dijo.

Lendrik asintió.

—Eso es lo que creen los miembros del Círculo.

—¿El Círculo? —preguntó Grederi.

—El pequeño grupo de personas que saben la verdad acerca de Verni —explicó Lendrik.

—Supongo que ahora pertenezco al Círculo— dijo Grederi.

—En cierta manera sí. Pero, no debes decírselo a nadie, Gred. Si esta información cae en manos equivocadas podríamos meternos en problemas.

—¡Relájate, Lend! Te doy mi palabra. Nadie se enterará. ¿Han podido averiguar algo acerca de este desconocido?

—Lo llamamos el “Visitante” —dijo Lendrik.

—¿El visitante? Se les podría haber ocurrido algo mejor —dijo Gred en broma.

—No sabemos nada acerca del Visitante. Sólo lo que nos contó Verni, pero hace poco encontramos una pista que tal vez pueda revelarnos algo acerca de su identidad —dijo Lendrik y pasó a contarle acerca de la tarjeta, de Werner y de la sala secreta en el edificio del Consejo.

—Esto se pone cada vez mejor —dijo Grederi una vez que Lendrik terminó—. ¿Y me dices que este tal Werner les puede dar acceso a la tarjeta?

—Así es —respondió Lendrik—. Estamos esperando su llamado.

—¿Y si la tarjeta no contiene información de valor? —preguntó Grederi.

—Entonces no tendremos otra opción que entrar nuevamente en la sala de archivos del Consejo e intentar abrir esa puerta.

Los días pasaban y aún no tenían noticias del profesor Weiss. Mientras tanto, los jóvenes, ahora con Grederi como parte del equipo, no habían estado ociosos. Sus planes para entrar en la sala de archivos del Consejo ya estaba muy avanzados y con ayuda de Grederi lograron perfeccionarlos aún más. Se encontraban en la casa de Mira descansando luego de un

arduo día de investigación y planificación. Grederi y Lendrik, tirados en el sillón, disfrutaban de una carrera de aerodeslizadores que transmitía la televisión de Verna. Los canales deportivos eran sus favoritos. Mira, a quien los deportes y por sobre todo las carreras, la aburrían terriblemente, miraba a través de la ventana tan sumida en sus pensamientos como los muchachos en la carrera.

—Miri, tienes que ver esto —dijo Lendrik, mientras miraba fascinado la pantalla en la pared—. Limen está haciendo de las suyas—. Madeleine, repite los últimos treinta segundos, por favor

—Es un milagro que no se haya estrellado. Ese hombre está loco —dijo Grederi.

Mira salió de la burbuja que era su mente e intervino:

—Dime que tú no haces esas estupideces cuando vas a las pistas —dijo con tono severo.

Lendrik miró a Grederi con una sonrisa de complicidad.

—No, por supuesto que no, Miri. Nosotros apenas conducimos a doscientos kilómetros por hora —dijo y le guiñó un ojo a su amigo.

—Sí, claro —dijo Mira poco convencida—. Madeleine, ¿qué velocidad alcanzó el deslizador de Lendrik la última vez que lo piloteó?

—Madeleine —dijo Lendrik, ahora visiblemente asustado—. No respondas esa pregunta.

—No es necesario que lo haga —dijo Mira, entre enojada y divertida—. Ya te has delatado solo.

Grederi soltó una pequeña risita.

—¿En qué pensabas recién cuando mirabas por la ventana?— preguntó Lendrik cambiando rápidamente de tema.

Mira caminó de nuevo hacia la ventana y miró hacia fuera.

—Desde aquí se ve la punta del edificio del Consejo. Cada vez se me hace más difícil sacarme aquella puerta de la cabeza. Quiero entrar ya. ¿Hasta cuándo esperaremos?

—Miri. Debemos ser prudentes, razonables. Sabes muy bien que nuestra mejor opción es que Werner nos dé acceso al ordenador de Verni. Entrar a la sala de archivos es muy arriesgado y creo que todos habíamos estado de acuerdo en que sólo lo haríamos cuando no tuviésemos ninguna

otra alternativa.

—Lo sé, lo sé. Es sólo que... Estoy muy ansiosa. Sabes que este tipo de cosas no me dejan dormir. ¡Una puerta secreta en la sala de archivos! Una puerta con el símbolo de Verni, ni más ni menos.

—Mira tiene razón —dijo Grederi—. A mí también se me está haciendo difícil contener la curiosidad. Toda esta intriga. ¿Pueden por lo menos mostrarme la famosa tarjeta? ¡Todavía ni la he visto!

Mira caminó hacia la pared que estaba a su derecha, se agachó y apoyó la palma de su mano en un lugar preciso que a simple vista no tenía nada de especial. Se produjeron una serie de sonidos electrónicos y mecánicos, y Grederi vio cómo se abría un pequeño compartimiento. Mira metió la mano y el compartimiento volvió a cerrarse. La muchacha se acercó y le alcanzó a Grederi lo que había sacado. Éste permaneció con el ceño fruncido mientras observaba la pequeña tarjeta blanca que yacía sobre su mano.

—Es muy frágil —le advirtió Lendrik—. ¡Trata de no romperla!

—Haré lo que pueda —contestó Grederi con ironía, poniendo los ojos en blanco.—Observó la tarjeta con detenimiento durante unos segundos y luego dijo:

—¿Nunca se preguntaron que tal vez hay otro ordenador que pueda leerla además del que está en el centro de genética?

—Sí —respondió Mira—. Hemos buscado por todas partes, pero parece que el único ordenador de la época es el de Verni. Probablemente haya otro u otros en algún recóndito lugar del planeta, pero no podemos recorrer todo Lira en busca de un ordenador, y menos sabiendo que tenemos uno aquí mismo, en Verna. La tecnología de aquella época ha sido destruida, reciclada o simplemente ha desaparecido con el tiempo. Estos objetos —dijo, señalando la tarjeta—, son muy difíciles de encontrar.

—Ya veo. De manera que volvemos una y otra vez a aquella sala debajo del centro de genética. Esperemos que este tal Werner se decida a llamar de una buena vez.

—Mientras tanto —dijo Lendrik levantándose del sillón y apagando la pantalla—, deberíamos hacer algo para despejar nuestras mentes. ¿Alguna sugerencia?

El lago de la ciudad de Verna estaba ubicado al pie de las montañas que ellos llamaban Nurtandan. Mira sugirió el lugar, y Grederi y Lendrik pensaron que era una excelente idea pasar el día allí. Tomaron el primer tren que los llevó a las afueras de la ciudad. Al salir del tren, Lendrik sintió como lo envolvía el aroma de los bosques circundantes mezclado con aquella indescriptible fragancia que provenía del lago. A Lendrik siempre le había llamado la atención la forma que éste tenía. Era un círculo casi perfecto. Como físico y matemático aquella simetría le causaba un deleite intelectual que, mezclado con la belleza natural del lugar, le generaba una profunda sensación de armonía. Todo encajaba perfectamente. Tomaron un bote y se alejaron hacia el centro del lago. El silencio se hacía cada vez más marcado a medida que se alejaban de la orilla. Era un hermoso día de invierno y el sol brillaba alto en el cielo. El agua cristalina reflejaba la luz del gran astro y su superficie era azul como el límpido cielo sin nubes. Aunque la temperatura no superaba los quince grados, eso no detuvo a Mira que, con un nanotraje aislante de calor, se sumergió en el agua y comenzó a nadar con esos movimientos elegantes que a Lendrik tanto lo cautivaban. Él y Grederi, por otro lado, se sentaron en el bote y se limitaron a observar el paisaje que los rodeaba y a conversar distendidamente. Había pasado un largo tiempo desde que habían realizado una salida los tres juntos. Lendrik observó cómo Mira se alejaba nadando en línea recta. A veces lo asustaba cuando se internaba demasiado lejos, pero ella era una excelente nadadora y eso lo dejaba tranquilo. Además, ahora estaban en el lago, que no era nada peligroso comparado con el mar. De todos modos, se quería asegurar de que no le pasara nada:

—Madeleine, rastrea la posición de Mira y avísame si notas algo anormal.

—De acuerdo, señor, pero estas aguas son muy tranquilas. Las probabilidades de que suceda algo son muy bajas. Seguramente volverá sana y salva dentro de una hora, como siempre lo hace.

—Lo sé, lo sé. Sólo vigíla la ¿Está bien? —le dijo Lendrik a su computadora.

Luego de una hora, tal como lo dijo Madeleine, Mira volvió al bote. No estaba ni agitada ni cansada. Parecía como si hubiese estado nadando apenas unos minutos.

—¿Qué tal el agua? —preguntó Grederi.

—Maravillosa— dijo Mira—. ¿Por qué será que ustedes dos nunca se meten?

—Somos criaturas de la superficie —respondió Grederi sonriendo—.

Además no me parece natural meterme en el lago en pleno invierno.

—Bah, no seas tan cobarde. Con un traje de estos no sientes nada —dijo y pellizcó la tela de la delicada ropa que actuaba de barrera contra el frío.

—Tiene razón —dijo Lendrik riendo—, eres un cobarde.

—A ti tampoco te veo muy feliz chapoteando por ahí —replicó Grederi.

—Digamos que los dos son unos cobardes y terminamos la discusión —dijo Mira, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras agarraba una bebida, y se sentaba junto a los dos muchachos.

—¿En qué has estado trabajando últimamente, Gred?

—Desde que ingresé al proyecto Banta mi trabajo como ingeniero ha sido realizar modificaciones a las aeronaves para que alcancen velocidades cada vez más altas, como hice con la de...

Lendrik lo fulminó con la mirada antes de que terminara la oración. Mira los miró con sospecha pero no dijo nada.

—Como decía, necesitamos llegar a Banta lo más rápido posible porque de otra manera nos pasaremos cientos de años con nuestros traseros congelados en las cámaras de criosueño y eso no es para nada recomendable. Se podría decir que con Lendrik trabajamos a la par. Nuestros esfuerzos están puestos en llegar a Banta en el menor tiempo posible. Por supuesto, el trabajo de Lend es de otra naturaleza. Un poco más complejo se podría decir. A propósito, ¿cómo vas con eso? —dijo dirigiéndose a Lendrik.

—Mejor no hablar de ciertas cosas —dijo Lendrik algo contrariado—. Creo que debo corregirte, amigo. Lo que estoy intentando hacer, no es complejo, es extremadamente complejo. Encontrar un atajo espacio-temporal usando las ecuaciones actuales es imposible, así que simplemente itengo que inventar ecuaciones completamente nuevas!

—Lo lograrás, Lend. Estoy seguro —dijo Grederi.

—Eso espero. Por suerte hay otros físicos y matemáticos intentando encontrar lo mismo, y de a poco vamos avanzando. Por lo menos sabemos dónde buscar. Sabemos que la clave está en algún lugar dentro del oscuro laberinto de ecuaciones que conectan la gravedad con la energía y la materia oscura. Pero hay demasiadas lagunas que rellenar, mucho más grandes y profundas que este lago —dijo y señaló a su alrededor—. En

eso nos estamos enfocando ahora.

—¿Se imaginan si logramos llegar a Banta? —dijo Grederi con ojos soñadores—. Piensen que es muy probable que encontremos seres cuasi humanos allí. Le doy vueltas en mi cabeza y todavía no lo puedo creer. Y pensar que ellos ya nos han visitado es aún más emocionante y de algún modo también perturbador. ¿Y si el Visitante sólo fue uno de varios que vinieron a Lira?

—Es extraño —dijo Lendrik—. Por alguna razón siempre pensé que el Visitante había sido el único, pero ahora que lo mencionas, tienes razón, tal vez hubo otros.

—Eso es porque tienes la mente cerrada —dijo Grederi emulando la voz de un sabio

—. Abre tu mente a lo desconocido, Lend y sólo así lograrás la unión con el cosmos.

Mira y Lendrik rieron.

—Siempre se lo digo, Gred. Pero es difícil abrir esa cabezota —dijo Mira y le dio unos golpecitos a Lendrik.

Lendrik sonreía, divertido.

—Sigán haciéndose los graciosos, pero quiero ver sus caras cuando encuentre el atajo espacio-temporal.

—¡Esa es la actitud! —exclamó Grederi y Mira se le unió aplaudiendo.

Siguieron hablando y riendo, disfrutando de la paz de los bosques y el lago hasta que llegó el atardecer y comenzaron a escucharse los sonidos nocturnos. Decidieron que era hora de volver a la ciudad. Llevaron el bote hacia la orilla y tomaron el tren de vuelta a Verna.

Llegaron a la ciudad cuando caía la noche. En el oeste apenas se veía un débil resplandor y ya comenzaban a aparecer las primeras estrellas. Los altavoces del tren anunciaron la parada donde debía bajar Grederi.

—Los veo pronto. ¡Manténganme al tanto de las novedades! —dijo antes de bajar y luego lo vieron perderse en una de las calles laterales.

El tren siguió su suave marcha sobre los rieles magnéticos, casi sin emitir sonido alguno. Mira y Lendrik contemplaron la ciudad en silencio a través de la ventana hasta llegar a destino. Debían caminar unas cuadras desde la parada hasta la casa de Mira. La mayor parte del tiempo la pasaban allí, ya que estaba mejor ubicada que la casa de Lendrik para

realizar las actividades cotidianas de ambos. Habían considerado mudarse juntos pero aún no habían tomado la decisión. Tal vez tenían miedo de que si daban ese paso, cambiaría el equilibrio que la relación había alcanzado. De modo que, por ahora, preferían dejar las cosas como estaban. Llegaron a la puerta del edificio y subieron hasta el piso de Mira. Apenas entraron, ella se detuvo en seco, con miedo en su mirada.

—¿Qué sucede, Miri? —preguntó Lendrik, preocupado.

—Algo no anda bien —le susurró a Lendrik y señaló los sillones de la sala de estar.

—Aunque el cambio era casi imperceptible, éstos no estaban en la misma posición que los habían dejado. Sólo Mira podía haberlo notado. El corazón de Lendrik comenzó a latir rápidamente. Alguien había entrado a la casa. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Lendrik le hizo una seña a Mira para que mantenga el silencio; el intruso todavía podía estar en la casa. Acercó el reloj a su boca y en voz muy baja, casi inaudible, susurró:

—Madeleine, haz un escaneo completo de la casa. Si encuentras señales de otra vida humana además de la nuestra, enciende una luz roja de lo contrario que sea verde. —Esperaron unos segundos que se hicieron eternos. Los dos miraban fijamente, expectantes, el reloj de Lendrik. Finalmente, una luz verde se encendió. Ambos respiraron aliviados, pero el alivio no duró mucho porque en ese momento, cuando se miraron a los ojos, intuyeron lo que había sucedido.

—¡La tarjeta! —exclamó Mira con terror en su voz. —Corrió rápidamente hacia la pared que estaba a su derecha y, conteniendo la respiración, abrió el compartimiento, esperando que sus temores no se hicieran realidad. Pero no fue así. La tarjeta ya no estaba.

—Se la llevaron —dijo, resignada, con la mano apoyada en la pared. —No podía creer lo que estaba pasando. Un extraño había entrado en su casa. Se sentía invadida, insegura y por sobre todo enfadada.

—¡Se llevaron la tarjeta de mi propia casa! —gritó—. ¿Cómo es posible? La puerta de la casa tiene código y sólo yo puedo abrir la caja fuerte. ¡Es imposible!

Lendrik se había sentado en el sillón y se tomaba la cabeza con las manos. Su cabeza daba vueltas e intentaba reponerse de este inesperado cambio de eventos. Tratava de darle sentido a lo que estaba ocurriendo.

—Hoy cuando le mostraste la tarjeta a Grederi, ¿recuerdas haber cerrado la caja?

—Sí, estoy segura. Lo recuerdo perfectamente.

—¿Absolutamente segura? —insistió Lendrik.

Mira asintió, también inmersa en sus pensamientos.

—Deberíamos revisar la cámara del pasillo —dijo Lendrik poco convencido. —Tenía el presentimiento de que el ladrón se había asegurado de no dejar ningún rastro. Mira le pidió a su computadora que les muestre las últimas diez horas de la cámara de vídeo ubicada en la puerta. Aumentaron la velocidad de reproducción y permanecieron veinte minutos observando la pantalla. El único movimiento que se vio en todo el día fue cuando ellos salieron y luego, cuando uno de los vecinos salió y luego regresó a su casa.

—No puede ser —dijo Mira—. Si alguien entró, la cámara debe haberlo captado.

Lendrik se imaginaba cual podía ser la explicación.

—Madeleine, dínos si a la grabación que acabamos de ver le falta una parte. — Esperaron unos segundos y la computadora respondió:

—Faltan quince segundos, señor. Desde la hora 18:25:23 hasta la hora 18:25:30 y luego entre las 18:31:19 y las 18:31:27

—Dos horas antes de que regresáramos —dijo Mira

—Es lo que me temía —dijo Lendrik—. Al parecer nuestro ladrón tiene muchos recursos. Logró abrir una puerta cerrada con código, una caja fuerte que sólo se abre con tus huellas digitales y de alguna manera logró entrar a tu base de datos y borrar el video que delataba su entrada y su salida. Todo en sólo seis minutos. Tenía todo planeado hasta el último detalle.

—¿Crees que Werner está detrás de esto? —preguntó Mira, tomando a Lendrik por sorpresa—. Piénsalo bien. Nos ocultó lo de la sala de archivos y el profesor dice que oculta muchas cosas más. Tal vez intenta impedirnos que veamos el contenido de la tarjeta y que averigüemos más acerca del Visitante y de Verni.

—Es posible, aunque el profesor dijo que quizás Werner tampoco sabía acerca de la tarjeta —respondió Lendrik.

—Yo creo que sí sabe, aunque el profesor Weiss se niegue a aceptarlo. Pienso que su amistad con él le impide ver la verdad acerca de ciertas

cosas.

Lendrik meditó en silencio durante unos minutos acerca de lo sucedido y acerca de las palabras de Mira. El desenlace parecía inevitable. Debían hacer aquello que él siempre había querido evitar.

—Entonces, no tenemos opción. Parece que tus deseos se han hecho realidad —dijo resignado—. Llegó el momento de poner en marcha el plan B.

Los ojos de Mira brillaron llenos de deseo. De repente, todo el enojo por la reciente pérdida de la tarjeta se había evaporado, reemplazado por la fuerte determinación y las ansias de entrar a aquel lugar prohibido con el que había estado soñando hace semanas. Sentía que la puerta con el símbolo de Verni estaba cada vez más cerca y que la llamaba seductoramente para que descubra los misterios que había detrás, pero sabía que entrar allí no sería nada fácil.

Capítulo 6

15

Sentado en una mesa en un rincón del comedor, un hombre disfrutaba de su bebida mientras miraba despreocupado las últimas noticias. La mujer hablaba acerca de Banta. Parada junto a ella había un hombre de ojos vivaces que sonreía jovialmente.

—Tengo a mi lado a nada más y nada menos que al jefe del proyecto Banta quién amablemente accedió a hablar con nosotros, lo cual es raro, ya que casi nunca sale de su "cueva". Entonces, doctor, no lo voy a entretener demasiado. ¿Qué podemos esperar del proyecto en los próximos meses? Hay rumores de que ya están prontos para partir.

—Los rumores, son sólo eso, Keila. Rumores —respondió el hombre, sonriente—. Todavía estamos trabajando en ello, pero no puedo dar ninguna información. Tú sabes cómo nos gusta mantenernos en secreto.

—¡Y como lo sé! Usted siempre tan enigmático, doctor. Nunca logro sacarle más de dos palabras.

—Estoy seguro que son más de dos, Keila —dijo el doctor.

La mujer rio ante el comentario del hombre y éste continuó:

—Bueno, te diré algo, pero promete no decírselo a nadie —dijo en broma.

—Haré lo posible —dijo la mujer, divertida.

—Las naves están listas para partir, pero digamos que falta algo así como el mapa del camino. — Dicho esto, el doctor saludó a la periodista y a los televidentes con una sonrisa traviesa, y se alejó de las cámaras.

—El doctor Gauli, señoras y señores —dijo la mujer—, que siempre nos deja con más preguntas que respuestas. ¿Un mapa del camino? ¿A qué se refiere el doctor? Tal vez ustedes puedan sacar sus propias conclusiones, aunque yo estoy totalmente perdida. Manténganse sintonizados para más noticias acerca del mundo científico; ahora, los dejo con mi compañero que les traerá las últimas novedades en deportes.

El hombre apagó la pantalla. No tenía interés alguno en los deportes. *Un mapa del camino*, pensó. Sabía exactamente a qué se refería el doctor Gauli. *Un atajo espacio-temporal*, eso era lo que estaban buscando los físicos y matemáticos del proyecto Banta. *Una tarea difícil, muy difícil*,

incluso para alguien tan brillante como Gaudi. Mientras cavilaba acerca de estos importantes asuntos, la puerta del comedor se abrió y por ella entró una joven y hermosa muchacha. Se sentó un par de mesas detrás de él. Como me gustaría volver a tener ochenta años, pensó con nostalgia al ver la juventud de la recién llegada, recordando sus épocas doradas hace ya más de trescientos años. Negó con la cabeza, apuró su bebida y se dispuso a salir del lugar. De repente, unos metros antes de llegar a la puerta las luces del local se apagaron durante un breve instante, tal vez menos de un segundo, y luego volvieron a encenderse. *Qué raro,* pensó el hombre. *¿Una baja de tensión? Hace años que no veía una. Muy curioso.* Inmediatamente después, la chica que había entrado hace unos minutos se dirigió hacia él:

— Disculpe que lo moleste, señor, pero me pareció oportuno avisarle.

—¿Qué cosa, querida? —dijo el hombre, mientras contemplaba cautivado la belleza de la joven.

—Luego del pequeño apagón de hace unos instantes no pude evitar ver que algo extraño sucedía con su reloj. Si mis ojos no me engañaron, me pareció ver algunas chispas salir de él.

—¡¿Chispas?! Pero si estos relojes están hechos a prueba de todo... Además, fue sólo una baja de tensión.

—Eso es cierto, pero estoy segura que vi algo. Disculpe, sólo quería hacerle saber

—dijo la joven, dio media vuelta, dispuesta a volver a su mesa.

El hombre revisó su reloj y notó con sorpresa que estaba apagado. Apretó el botón de encendido varias veces. Nada. Estaba muerto. *Se ve que la muchacha tenía razón,* pensó mientras le daba golpes inútilmente a su reloj.

—Tenías razón, muchacha —dijo confundido.

La joven se volvió y le sonrió.

—No se preocupe. Ya me ha pasado en algunas ocasiones —le dijo—. Pero debe llevarlo a algún técnico lo antes posible, de lo contrario no volverá a funcionar. Le pasó a un amigo. Lo llevó a reparar un día después pero el técnico le dijo que ya era demasiado tarde.

—Gracias, querida. Lo llevaré ya mismo al centro de reparaciones. Gracias por avisarme.

—No hay porqué. ¡Que tenga buen día! —dijo la joven con simpatía y salió del comedor. —El hombre la observó mientras ella se alejaba, admirando no tan sutilmente su esbelta silueta.

Ya fuera del local, Mira se unió a Grederi y a Lendrik quienes observaban al hombre, que miraba contrariado su averiado reloj.

—Parece que funcionó —dijo Grederi.

—Si, tu pequeño aparato funcionó. A propósito, ¿de dónde lo sacaste? —dijo Mira.

—Lo diseñé yo mismo. Pensé que tal vez en algún momento podría serme útil. Pero, para ser honesto, lo creé para molestar a los muchachos del Departamento. Tienes que ver sus caras, Mira, en el momento cuando sus aparatos electrónicos comienzan a fallar —dijo riendo—. Se mueren del susto. No me mires así, no soy un monstruo, la descarga electromagnética sólo los inutiliza durante dos horas. Luego vuelven a funcionar con normalidad.

—Será mejor que lo sigan ahora, así no lo pierden de vista. Ya estamos muy cerca. No se olviden de esto —dijo y les entregó el dispositivo, un pequeño disco plateado con dos botones negros.

—Tranquila, Miri —dijo con una sonrisa—, ¿o acaso no recuerdas que ésta es mi parte del plan?

El hombre del comedor se llamaba Erwin y aunque no lo parecía, era miembro del Consejo de la ciudad de Verna. Tras una larga y exhaustiva investigación, lograron averiguar los nombres de todos los integrantes del Consejo y aprendieron todo lo que podían acerca de ellos. Analizaron minuciosamente a todos los miembros y estuvieron de acuerdo en que Erwin era el mejor candidato. Aunque poseía gran conocimiento y sabiduría, era el más viejo y más despistado de todos y sabían que sería el menos difícil de abordar y que no sospecharía nada en absoluto. También sabían que tenía cierta debilidad por la carne joven. Por esa razón enviaron a Mira como factor de distracción, lo cual fue idea de Grederi, por supuesto.

Era un día normal para uno de los técnicos de electrónica de la ciudad. Su trabajo consistía en reparar todo tipo de dispositivos electrónicos de uso cotidiano. Relojes, comunicadores, pantallas, ordenadores, y muchas otras

cosas. Los dispositivos no solían fallar o romperse, por lo tanto no había mucho personal en este departamento, apenas unas cincuenta personas y una docena de robots. La razón por la que los robots no se hacían cargo de todo el trabajo era porque había gente que le apasionaba arreglar cosas, por lo tanto la labor no era enteramente automatizada. Uno de estos apasionados técnicos era Finn, quien ese día estaba aburrido hasta la médula, como de costumbre. *Maldita sea, hacen todo tan bien que ahora ya nada se rompe*, pensaba con cierto mal humor. Ya había terminado con las reparaciones del día y se disponía a abandonar el taller, cuando sonó el timbre.

—¡Adelante! —dijo entusiasmado ante la perspectiva de tener algo que lo sacase de su aburrimiento. Por la puerta entró un hombre que parecía ya entrado en años. Por alguna razón, Finn sospechó que se trataba de un personaje excéntrico y tenía la sensación que lo conocía de algún lado.

—¡Buenos días, señor! ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, amable joven. He tenido un problema hoy con mi reloj. Espero que pueda ayudarme. Ha dejado de funcionar de repente. Sospecho que alguna especie de pulso electromagnético fue la causa, pero no soy muy versado en estos temas. Estaba disfrutando tranquilamente de mi bebida cuando las luces se apagaron durante unas milésimas de segundo; luego esta chica se levantó para decirme que había visto algo extraño que le sucedía a mi reloj. Muy linda la joven, capaz de causar ese apagón ella misma con su...usted me entiende.

Finn asintió, divertido, ante los comentarios de aquel singular sujeto. Pero había algo extraño acerca del asunto. Los relojes personales no solían romperse con frecuencia. Aunque, una vez cada tanto aparecía algún caso peculiar.

—¿Piensa que podrá arreglarlo? —preguntó Erwin—. La chica del comedor me dijo que si no lo arreglaba de inmediato ya no volvería a funcionar.

Eso sí que es aún más extraño, pensó Finn, con el ceño fruncido. Aquello no tenía ningún sentido.

—No tiene nada de qué preocuparse. Estoy seguro de poder arreglarlo. De todas maneras hay un plan B. Recuperar los datos y transferirlos a un reloj nuevo. No le vendría nada mal, dijo mirando el desvencijado reloj.

—Preferiría seguir utilizando éste, ¿sabe? Lo conservo desde cuando tenía cien años, hace ya mucho tiempo, pero si no queda otra opción... —dijo Erwin encogiéndose de hombros.

—Haré lo posible —dijo Finn.

—¿Para cuándo piensa que lo tendrá listo?

—Pase de nuevo en un par de horas, ¿le parece?

—¡Estupendo! —dijo Erwin, con entusiasmo y le dio unas palmadas a Finn en la espalda. —Tal vez no lo parezca, pero con ese reloj se puede entrar a lugares que ni te imaginas. —Dicho esto, salió del taller caminando con una calma contagiosa.

Pobre hombre, ya está delirando, pensó Finn y negó con la cabeza. Dudo que pueda siquiera entrar a su casa con este pedazo de chatarra. Tomó el reloj y se puso manos a la obra.

No habían pasado diez minutos cuando el timbre sonó de nuevo.

—¡Adelante! —dijo, mientras examinaba el reloj del viejo.

Esta vez eran dos hombres. Apenas entraron miraron alrededor como si inspeccionaran el lugar, hasta que repararon en Finn que estaba sentado en su mesa de trabajo.

—¡Hola, muchachos! —los saludó—. Mi nombre es Finn. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¡Hola, Finn! —respondió Grederi y le estrechó la mano efusivamente. *Demasiado exagerado, pensó Lendrik para sus adentros—*. Mi amigo aquí —dijo señalando a Lendrik— está con ganas de cambiar su reloj por un modelo más nuevo. Me dijeron que tú tienes lo mejores diseños de la ciudad. ¿Es verdad?

Parece que hoy es el día de los relojes.

—Bueno... no sé si serán los mejores, pero...— tartamudeó Finn.

—¡Ya, hombre! ¡Deja esa modestia de lado! Si me han dicho que eres el mejor por algo será.

Finn se encogió de hombros. Sus diseños eran bastante buenos pero estaban lejos de ser los mejores. Dejó el reloj de Erwin sobre la mesa, se levantó y fue hacia una gran vidriera donde tenía guardados una amplia gama de modelos. Lendrik lo siguió de cerca, y Grederi permaneció rezagado mientras simulaba mirar con interés otros dispositivos que colgaban de la pared.

—¿Qué estilo prefieres? —le preguntó Finn a Lendrik. ¿Algo grande,

llamativo, discreto?

—¿Puedo ver aquél? —dijo señalando un reloj azul que estaba en lo alto de la vidriera.

—Por supuesto —dijo Finn y mientras se estiraba para tomar el reloj, Lendrik miró a Grederi y le hizo una seña con la cabeza. De repente, las luces del taller se apagaron por completo. Lendrik escuchó como Finn, sobresaltado, hizo un movimiento brusco y tiró varios relojes al piso. Mientras soltaba improperios en la oscuridad, las luces volvieron a encenderse, y Lendrik vio al técnico arrodillado juntando los relojes que habían caído. Se agachó para ayudarlo.

—¡Maldita sea! —gruñó Finn—. Espero que no se haya roto ninguno.

—Parecen estar todos sanos —lo tranquilizó Lendrik.

—Sí, eso parece —dijo Finn, que ahora se encontraba extrañamente pensativo.

—¿Sucede algo?— preguntó Lendrik.

—Nada, es sólo que... Es sólo una casualidad. Unos minutos antes de que ustedes llegaran vino un hombre a traerme un reloj y me contó que le había pasado lo mismo. Un apagón repentino.

—No es casualidad —dijo Grederi que se había acercado por detrás—. Ha estado ocurriendo con frecuencia últimamente en varios lugares de Verna. Es extraño, aunque me han dicho que es algo que sucede cada uno o dos siglos. Estas rachas de mal funcionamiento. Pero nuestros muchachos de Sistemas lo arreglarán rápidamente, estoy seguro.

Finn lo miró algo confundido. Nunca había escuchado acerca de tales cosas. *Aunque, tal vez mi novia tiene razón, estoy mucho tiempo metido aquí. ¡Tal vez por eso no me entero de nada!*

—Supongo que tienes razón. De todas maneras, es muy curioso que al viejo le haya pasado lo mismo.

—Vivimos en un mundo misterioso —dijo Grederi y le dio unas palmadas en el hombro—. ¿Se te ha roto alguno?

Finn miró los relojes que había juntado.

—Por suerte no. Aquí está el que me pediste —dijo dirigiéndose a Lendrik.

—¿Sabes qué? Ahora que lo pienso, no sé si estoy listo para cambiar de reloj. Es algo muy personal, ¿sabes? Tal vez espere un tiempo. Disculpa las molestias.

—No hay problema —dijo Finn—. ¡Vuelvan cuando quieran!

—¡Gracias, Finn! ¡No te preocupes por lo de las luces, no creo que te vuelva a pasar! —dijo Grederi antes de salir.

Finn observó a los muchachos salir del taller y luego volvió a su mesa de trabajo y se sentó. Durante unos minutos permaneció pensativo. La cuestión del apagón lo había alterado un poco. Había algo que no le cerraba de todo aquello. Pero pronto sacudió la cabeza, alejó esos pensamientos confusos y volvió a trabajar. *Este terminó siendo un día bastante entretenido. Extraño, pero entretenido.*

Se alejaron rápidamente por el pasillo que llevaba hacia la salida. Caminaban rápido y en silencio, como si temieran ser descubiertos en cualquier instante. Una vez fuera, respiraron aliviados.

—¿Lo tienes?— preguntó Lendrik.

Grederi esbozó una sonrisa, sacó el reloj de su bolsillo y lo lanzó hacia arriba en gesto de triunfo.

—Pobre Finn, nunca entenderá lo que pasó. La réplica que le dejamos está rota de verdad. Se la va a pasar maldiciendo por un largo rato —dijo Lendrik.

Luego de elegir al doctor Erwin como medio para entrar a la sala de archivos, y sabiendo que su reloj formaba parte crucial del plan, lo siguieron en varias ocasiones y tomaron fotos detalladas del dispositivo. Luego Grederi, con la ayuda de uno de sus tantos contactos, logró construir una réplica exacta. “Una verdadera obra de arte” lo llamó él. Y Lendrik no podía negarlo. El reloj era igual hasta el último detalle, desde los colores y el diseño, hasta la más ínfima ralladura. No sabía que hubiera hecho sin Grederi; sólo a él se le ocurriría una cosa así.

Ahora, sólo quedaba la última y más difícil parte del plan.

No habían elegido aquel día al azar. Era el día en el que se celebraba el aniversario de la fundación de la ciudad de Verna. Verna era la ciudad más

antigua del nuevo mundo, la primera en construirse luego del Gran Cambio. Fue allí donde todo comenzó. En distintos puntos de la ciudad la gente se reunía a conmemorar la ocasión, y el edificio del Consejo no era la excepción. Esto presentaba el escenario perfecto para pasar desapercibidos. En las paredes había imágenes de la historia de Lira, de antes y después del Gran Cambio. Luego de aquellos grandes eventos que cambiaron el planeta para siempre, la sociedad tomó un rumbo totalmente distinto, en el cual la ciencia fue la piedra angular sobre la que se construyó una nueva historia. Los festejos ya habían comenzado, la gente conversaba animada y alegre, pero Lendrik, Mira y Grederi no tenían ningún interés en estos eventos. Lendrik se movía sigilosamente entre la multitud, intentando no llamar la atención. Siempre que veía a alguien conocido volteaba la cabeza o se desviaba, pero había un encuentro en particular que intentaba evitar. Era esencial que el doctor Werner no los viera, pero hasta ahora no había señales de él, lo cual lo aliviaba y perturbaba a la vez. ¿Dónde estaba el doctor? Mientras cruzaba el salón principal, vio a algunos miembros del Consejo y los reconoció gracias a las indagaciones previas que habían realizado. A lo lejos pudo ver a Erwin, balanceándose lentamente al ritmo de la música con los ojos cerrados, probablemente bajo el efecto de alguna bebida.

Estaba tan concentrado en no encontrarse con Werner que no reparó en que había un encuentro que podía ser aún más perjudicial. Mientras intentaba localizar a Mira dentro del gentío, escuchó que alguien lo llamaba a sus espaldas. Reconoció la voz de inmediato.

—¡Lendrik, querido! —lo saludó el profesor, que al parecer también había tomado unas copas de más—. ¿Cómo estás? ¿Disfrutando de la fiesta? ¿Viniste con Mira?

—Sí, fue a buscar unas bebidas —mintió Lendrik.

—Estoy intentando encontrar a Werner. En las últimas semanas se ha mostrado muy evasivo y ahora ya no responde las llamadas. No lo encuentro por ninguna parte. ¿Tú lo has visto?

Había decidido no contarle al profesor acerca de la tarjeta porque sabía que éste intentaría persuadirlo de no entrar en la sala de archivos y que no aprobaría lo que estaban por hacer. De todos modos, se alegró mucho de verlo aunque sintió algo de remordimiento por ocultarle algo tan importante. Sin embargo, sabía que mantenerlo al margen era la decisión correcta. Si los llegaban a descubrir y alguien se enterase de que el profesor estaba involucrado, éste se vería seriamente perjudicado. Cuánto menos supiese, mejor.

El tiempo corría y no tenía mucho tiempo para entretenerse hablando con él.

—Yo tampoco lo he visto hasta ahora, profesor.

—¿No te parece extraño que no esté presente en una celebración como ésta? Todos los miembros del Consejo están aquí.

—Estaba pensando exactamente lo mismo. No lo he visto por ningún lado —añadió Lendrik, impaciente, mientras miraba nerviosamente hacia los costados.

—No sé porque le está tomando tanto tiempo conseguir acceso al ordenador. Tiene mucha influencia dentro del Consejo. —Hizo una pausa y permaneció en silencio, pensativo—. Pero no nos preocupemos por eso ahora. ¡Hoy es un día para festejar! ¡Dos mil años de historia! —Sus ojos brillaron maravillados mientras miraba a su alrededor—. Cuando nuestra raza parecía dirigirse inexorablemente a la destrucción, cuando todo parecía perdido, nuestros antecesores lograron salvarla y construir una sociedad más fuerte y pacífica. ¡Mira lo que hemos logrado desde entonces! Por supuesto que hubo que hacer sacrificios, pero siempre deben hacerse cuando se trata del bien común. Aunque algunos de ellos...

Lendrik oía a medias lo que decía el profesor, quién continuaba con su discurso apasionadamente. Finalmente logró escaparse y se reunió con Mira cerca de uno de los ascensores.

—Te vi hablando con el profesor. ¿Qué pasó? ¿Sospecha algo?— preguntó Mira cuando pudieron alejarse un poco de la multitud.

—Lo dudo, aunque no estoy totalmente seguro. Lo cierto es que ha bebido demasiado —bromeó Lendrik, sonriendo.

—Por un momento pensé que estaba intentando detenerte —dijo Mira, preocupada.

Lendrik negó con la cabeza.

—Todo va bien por ahora —dijo tranquilizándola—. Ahora sólo tenemos que encontrar el ascensor indicado.

El edificio tenía un ascensor específico para los miembros del Consejo, el único con el que se podía acceder al piso más alto donde se encontraban la Sala de Reuniones. Con ese ascensor también se podía acceder a otro piso: las Salas de Archivos. Durante los días de planeamiento, observaron con atención a los miembros del Consejo y notaron que todos, sin excepción, usaban el mismo ascensor. Aquello no podía ser casualidad. A simple vista éste no tenía nada de especial, pero ahora que se encontraban parados frente a él pudieron ver un pequeño símbolo en el marco superior, un símbolo que Lendrik reconoció inmediatamente: una pequeña V atravesada por una línea horizontal. Miraron a su alrededor para ver si alguien los estaba observando. Cuando

se sintió seguro, Lendrik sacó el reloj del doctor Erwin y lo pasó por el lector óptico. Las puertas se abrieron sin emitir ningún sonido y se escabulleron rápidamente hacia el interior.

—Gred, ya estamos en el ascensor —dijo Lendrik, llevándose su reloj a la boca—. Mantente alerta y avísanos si ves algo raro.

—Entendido, jefe. —Lendrik escuchó la respuesta de su amigo a través de un pequeño audífono que llevaba en su oreja. Grederi se encontraba fuera del edificio, llevaba puestas sus gafas y desde su posición observaba con gran detalle todo lo que sucedía.

Presionaron el botón del ante último piso y el ascensor comenzó su imperceptible ascenso. Aunque no parecía, éste se movía a gran velocidad y en apenas unos segundos llegaron a destino. Las puertas se abrieron y Mira se encontró de nuevo frente al vestíbulo de la gran sala de archivos.

—¿Estás segura que no hay cámaras aquí? —susurró Lendrik.

—Ya te dije mil veces que no —respondió Mira, molesta—. Sólo los miembros del Consejo tienen acceso a este lugar. No hay necesidad de cámaras.

—Está bien, es sólo que tengo la sensación de estar siendo observado —dijo Lendrik mirando alrededor con desconfianza.

—Cámaras o no, ya estamos aquí. No hay vuelta atrás. ¡Así que vamos! —dijo Mira con apremio—. Atravesaron el vestíbulo hasta que llegaron a la gran puerta. Sobre ella, también estaba el símbolo de Verni, algo que Mira había pasado por alto la primera vez. Lendrik tomó nuevamente el reloj robado y lo deslizó por un pequeño lector ubicado en el centro de la puerta que, en respuesta a la señal electromagnética, se abrió en dos, dejándolos parados frente a la inmensidad de la Gran Sala. El corazón de Mira latía de prisa. Luego de la tortuosa espera por fin había regresado a aquel lugar que le había quitado el sueño en las últimas semanas. El silencio era sepulcral, imperturbable. El lugar parecía estar completamente aislado del mundo, como si perteneciese a otra dimensión, a otro tiempo. Traspusieron el umbral y escucharon la puerta cerrarse detrás de ellos. Lendrik contemplaba asombrado lo que tenía ante sus ojos. Mira no había exagerado cuando le describió el lugar. La Sala Principal era de una altura estremecedora y estaba iluminada por una tenue luz azulada; le recordó a Lendrik a la sala de las matrices debajo del centro de genética. Cada paso que daban resonaba con miles de ecos cuyas ondas se multiplicaban y permanecían flotando en el aire.

—¿Por dónde ahora? —preguntó Lendrik, que no tenía la más mínima

idea de hacia dónde ir en aquel gigantesco laberinto.

—Creo que es por acá —dijo Mira, señalando un pasillo a su derecha.

—¿Creo?

—Estaba muy apurada la última vez que vine. ¡No recuerdo todo con exactitud! ¡Vamos!

Lendrik siguió a Mira a través de innumerables pasillos. Ya había perdido la cuenta de cuantas veces habían girado a la derecha o a la izquierda, pero Mira caminaba con determinación y parecía saber exactamente hacia donde se dirigía. Su cuerpo estaba tenso y atento ante cualquier sonido que no fuera el de sus propios pasos, a cualquier movimiento brusco en la oscuridad. De repente, se detuvo en seco y Lendrik casi choca contra ella.

—¿Qué pasó? —preguntó Lendrik en un susurro.

—Ahí está —respondió Mira con la mirada fija en el fondo del pasillo. —Habían llegado. Corrieron hasta lo que parecía ser el final del pasillo, pero tal como Mira había dicho, éste doblaba a la derecha y se estrechaba a la mitad de su ancho. Por eso, era tan fácil pasarlo por alto. Eran sólo unos metros hasta la puerta. Mira se paró en frente y suspiró. Por fin había llegado el momento que tanto había esperado.

—El reloj, Lend —dijo con un tono calmo que disfracaba su conmoción interna.—Lendrik se lo alcanzó y ella comenzó a buscar el lector. Había muy poca luz. Luego de unos segundos lo encontró. Se oyó un pitido en la oscuridad y la puerta comenzó a abrirse lentamente. Ambos contenían la respiración. La luz de la sala se prendió automáticamente y finalmente pudieron ver lo que había dentro. La decepción y el desconcierto cayeron sobre ellos como un baldazo de agua fría. La sala estaba absolutamente vacía.

16

Mira permaneció petrificada como una estatua. En su rostro se mezclaban la confusión y la ira mientras miraba dentro del recinto vacío. No había nada que ver.

—Pero, ¿cómo...? No puede... No puede ser. Es imposible. Estaba segura que habría algo importante aquí dentro —dijo perpleja.

—Lo había —respondió una voz detrás de ellos.

Se dieron vuelta sobresaltados y vieron parados frente a ellos a un hombre cuyo rostro estaba oculto en la oscuridad. Luego de unos segundos de extrema tensión, éste dio unos pasos hacia delante y la luz reveló su identidad.

—¡Doctor Werner! —exclamó Mira—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Qué hago yo aquí? —replicó el doctor con calma y una sonrisa irónica. —Al instante, Mira se dio cuenta que no estaba en posición de hacer preguntas. Se miraron durante unos segundos hasta que Werner rompió el silencio.

—¿Cuándo supieron de este lugar? A ver, déjenme adivinar. El día que vinieron a pedirme acceso al ordenador de Verni, ¿verdad? Tú —dijo señalando a Mira—, lo encontraste mientras Lendrik y el profesor hablaban conmigo.

Mira asintió. No sabía si alegrarse o alarmarse por la calma con la que hablaba Werner.

—Supongo que habrá sido una tentación irresistible para una historiadora. Lo entiendo —dijo y luego habló como para sí mismo—. Lo entiendo perfectamente.

—Usted dijo que “había” algo importante aquí —dijo Mira.

—Así es. El contenido de la sala ha sido trasladado a un lugar más seguro. Al parecer, ha sido una decisión acertada —dijo con una sonrisa que le dio escalofríos a Lendrik.

—¿Qué había en esta sala? ¿Por qué se esfuerzan tanto por mantenerla en secreto?

—Creo que tu pregunta se responde sola. Había cosas que deben mantenerse ocultas por el bien de todos, en especial de ustedes.

—¿Quiere decir que hay cosas acerca de Verni que no nos ha dicho? —intervino Lendrik.

—Creo que eso es obvio —respondió Werner.

—Usted sabía acerca de la tarjeta —dijo Lendrik—. Nos ha mentado desde el principio.

—Por primera vez el doctor pareció mostrarse apenado.

—Lamentablemente no tuve otra opción. Lo siento mucho. Pero hay cosas que no pueden saber. En verdad quisiera contarles todo, pero no puedo. No puedo.

Werner parecía realmente afligido.

—Entonces le alegrará saber que ya no tenemos la tarjeta —dijo Mira, enojada.

—¿Que ya no tienen la tarjeta?! —preguntó el doctor, por primera vez con genuina sorpresa—. Pero, ¿qué sucedió?!

—Alguien nos la robó. De mi propia casa. ¿Está seguro que no sabe nada de esto?

—preguntó Mira, con sospecha.

—Por supuesto que no. Sé que no me creerán, pero yo quería recuperar esa tarjeta más que nadie. Estuvo guardada aquí durante más de mil años —dijo señalando la sala vacía—, hasta que hace unos meses alguien entró y se la llevó. Por eso decidimos mover la sala a un lugar más seguro. Sospecho que es la misma persona que se la llevó de tu casa. No sabemos quién es, ni por qué lo ha hecho. Lo hemos estado buscando durante mucho tiempo pero todavía no hemos podido dar con él. El único que parece haberlo visto fue Lendrik.

—¿Usted tiene alguna idea de por qué se ha interesado en mí?
—preguntó Lendrik.

Werner lo miró con sus ojos penetrantes y a Lendrik le pareció ver un atisbo de duda en el semblante del doctor.

—Desconozco por qué te ha estado observando. Es algo que me ha intrigado desde que me lo contaste, pero no logré imaginar sus motivos. Ese hombre es un total misterio.

Luego de un largo e incómodo silencio Werner dijo:

—Entiendo que no confíen en ninguna palabra que sale de mi boca. Les he dado todas las razones para hacerlo. Pero quisiera enmendar de alguna manera mis mentiras y secretos. Han cometido un delito muy grave al entrar aquí. Si alguien se enterase y los reportara al Consejo podrían ser expulsados de Verna para siempre. No le contaré a nadie lo que ha sucedido. Este será nuestro pequeño secreto, el único que podemos compartir, por ahora.

—No le cuente al profesor, por favor —le pidió Lendrik.

—Nunca se enterará, no de parte mía por lo menos —dijo Werner—. Ahora deben seguirme. Bajaremos juntos, así no levantarán sospechas.

Todo se había desmoronado tan rápido que todavía no lograban procesar lo que había sucedido. Nunca habían estado realmente conscientes del peligro que corrían al intentar entrar a las salas de archivos. Recién ahora, luego de haberse salvado de las consecuencias, podían apreciar la magnitud de la situación y, aunque no sentían ninguna simpatía por Werner, sí sentían cierta gratitud hacia él por no haberlos delatado. Bajaron al salón principal, donde la gente todavía seguía con los festejos, ajenos a lo que había pasado apenas unos pisos arriba. Antes de separarse de Werner, éste lo detuvo y le dijo:

—Sé que no es ningún consuelo, pero estoy seguro que cuando el momento sea el indicado, descubrirás lo que hay en esa tarjeta. Sin embargo, me temo que lo que verás no será lo que tú esperas.

Salieron del edificio y dejaron el tumulto de la gente detrás. Se reunieron con Grederi, quién no preguntó qué había pasado porque lo había escuchado todo. Sin pronunciar ninguna palabra caminaron sin rumbo a través del parque que rodeaba al edificio del Consejo. Se sentaron en un banco, cada uno inmerso en sus pensamientos y cavilando acerca de lo que les deparaba el futuro, aunque los tres cayeron en la cuenta de la única y cruda verdad: estaban de vuelta como en el principio. No tenían la tarjeta, la sala que podía haberles proporcionado las respuestas que buscaban ya no estaba y seguían sin saber nada acerca del Visitante. La búsqueda de las tan ansiadas respuestas parecía haber concluido de manera súbita e inesperada.

—Entonces, ¿todo ha terminado? —preguntó Grederi rompiendo con el largo silencio.

—Se nos han agotado las opciones —respondió Lendrik, con la mirada perdida—. La sala y la tarjeta han desaparecido, nuestras únicas posibles fuentes de información.

—¿Qué me dices del doctor Werner? ¿No crees que hay alguna manera de hacerlo hablar?

Lendrik negó con la cabeza. Estaba absolutamente seguro de que Werner no les revelaría la verdad. No tenía dudas de ello.

—No puedo creer que todo este tiempo sabía acerca de la tarjeta y que nos haya mentado en la cara —dijo Mira, todavía invadida por la ira.

—El profesor nos dijo que no confiaba del todo en él.

—¿Crees que mantendrá su palabra de no delatarnos?

—Creo que eso es lo único en lo que ha sido sincero. Por alguna razón siento que nos quiere proteger de algo.

—¿Proteger de qué? —preguntó Grederi.

—De la verdad —respondió Lendrik, serio.

La verdad. ¿Qué era aquello que el doctor Werner se esforzaba tanto por mantener oculto? ¿Qué secretos había aún por develar acerca de Arthur Verni? ¿Acaso la existencia del Visitante era sólo la punta del iceberg? Lendrik presentía que había algo más oscuro e inquietante detrás de todo aquello. Por momentos sentía que la verdad estaba frente a sus ojos, pero que no podía verla porque éstos estaban enfocados en la dirección equivocada. ¿Qué era lo que no estaba viendo? ¿Hacia dónde debía mirar?

Capítulo 7

Parte 2

1

Hacía tiempo que lo esperaba. Muchas veces creyó que lo tenía, que lo había logrado, pero siempre se le escapaba por un pelo. Esa idea escurridiza que lo eludía hace mucho tiempo y que cuanto más cerca se encontraba, más se alejaba; sólo un poco, lo suficiente para que no pudiese alcanzarla. El atajo espacio-temporal, la pieza que faltaba para lograr completar el mapa del camino a Banta. Lo había intentado de todas las maneras posibles, pero siempre había algo en las ecuaciones que no concordaba. Tan cerca y tan lejos.

Sentado con las piernas cruzadas, sobre una pequeña plataforma circular, Lendrik intentaba aclarar su mente, destrabar ideas, encender la creatividad, hacer algo, algo que le permitiera salir del callejón sin salida en el que se encontraba. Durante los últimos meses había dedicado toda su energía a su trabajo. Lo que intentaba lograr era encontrar la solución a un grupo de ecuaciones que, aplicadas correctamente, les permitirían, en teoría, viajar a Banta en un tiempo considerablemente corto. Estas ecuaciones intentaban conciliar las teorías gravitatorias con la teoría de la energía oscura. Una tarea para nada fácil. Intentó de mil maneras hacer que todos los elementos coincidieran, estaba muy cerca, pero le faltaba una pequeña pieza, un engranaje que lograra hacer funcionar todas las partes de la maquinaria matemática. Había algo de todo aquello que le resultaba muy familiar, como si supiera la solución pero no se acordase. Es una sensación común entre los científicos; saber algo pero no poder expresarlo o "recordarlo". Sabía que la solución estaba allí, escondida en algún recoveco de su mente, pero no podía alcanzarla. Aquello era exasperante y causa de una ansiedad insoportable. No podía permitir que este asunto lo absorbiera tanto. Entonces, se acomodó en la plataforma que le servía de asiento y recordó las instrucciones de uno de sus mentores. *"Recuerden situarse como el observador de la mente. No crean que ustedes son la mente. Sean conscientes de que ustedes son el observador silencioso. La mente es sólo una herramienta, una herramienta poderosa, pero no la confundan con su verdadero ser. Presten atención al momento presente, a su respiración, a su cuerpo. Dejen que los pensamientos vayan y vuelvan. Simplemente no se apeguen a ellos. Limítense a observarlos, a verlos pasar. El presente es la puerta hacia la calma. Si logran que su consciencia permanezca enteramente en el presente lograrán estar inamovibles y centrados, y verán que encontrarán la respuesta adecuada para cada situación".*

Durante su formación, sus mentores le enseñaron técnicas para acallar la mente y permitir que los pensamientos fluyeran libremente y de esa manera optimizar el funcionamiento del cerebro. De repente recordó otra de sus enseñanzas, y tal como la primera vez que las escuchó, estas palabras lo calmaron completamente: *"No dejes que los pensamientos de duda se apoderen de ti. No gastes tu energía en encontrar la manera de resolver el problema, cuando ya bien sabes que has pensado todas las maneras posibles, una y otra vez. Relájate, tal vez encuentres la solución, tal vez no, pero no vale la pena desperdiciar toda tu energía en un círculo vicioso. Deja que la mente funcione sola y si hay una solución, la hallarás."* Lendrik abrió los ojos... No sabía por qué, pero el simple recuerdo de aquellas palabras apaciguó su ansiedad. Había encontrado claridad nuevamente. Su cuerpo se había relajado. Volvió a cerrar los ojos y disfrutó de aquella maravillosa tranquilidad. Se zambulló en esa calma y se dejó llevar por la corriente hasta que se encontró con la nada. El vacío. Aunque sólo fuese por un breve momento, no había nada en su mente. Absolutamente nada.

Cuando salió de la cámara se sentía muy tranquilo y relajado, sin tantas dudas y preocupaciones. Abandonó el edificio y se dirigió hacia su trabajo. Recordó una vez más las palabras de sus maestros, y sonrió para sus adentros.

2

Pasaron las semanas y Lendrik continuaba en ese estado de calma. Ya con la mente más clara, se concentró completamente en su trabajo sólo que esta vez decidió cambiar el área de estudio. Se unió a Grederi para estudiar cuestiones más prácticas de los viajes interestelares. Decidió olvidarse por un tiempo de la gravedad, del espacio-tiempo y de la energía oscura. Puso su mente a trabajar en cosas más simples o mejor dicho: algo más concreto. Algo que podía ver y tocar como los propulsores de una nave, los componentes electrónicos, el sistema informático, el sistema de navegación y muchas otras cosas esenciales para viajar en el espacio. Debido a su sangre de piloto, estas maravillas de la ingeniería, éstas sofisticadas máquinas voladoras le generaban una gran fascinación. No eran pocos los momentos en los que dudaba de si había elegido bien su profesión. En lo más íntimo de su corazón se preguntaba qué habría sido de él si hubiese sido piloto. En ningún lugar se sentía tan cómodo como a bordo de su aerodeslizador. Allí se sentía verdaderamente libre. Siempre había querido volar más alto que los pocos centímetros que le permitía su deslizador. Miraba las naves que lo rodeaban con la mirada que un niño le dedicaba a un nuevo juguete, y fantaseaba con pilotearlas y volar lejos de Lira hacía el vacío del espacio. Tal vez algún día podría sentarse detrás de los controles y despegar hacia un destino desconocido.

Sabía que en algún momento debía volver a ponerse a trabajar en sus ecuaciones, pero por ahora intentaba mantener su mente ocupada en otras cosas. Hasta que un día, las cosas finalmente comenzaron a cambiar.

Estaba en su casa mirando la repetición de la última carrera del Campeonato Mundial cuando alguien tocó el timbre. Lendrik estaba tan absorto con la carrera que no lo escuchó. El timbre sonó una segunda vez y se sobresaltó. Se levantó a abrir la puerta. Era Grederi.

—¿Por qué diablos no atiendes la puerta? ¿Acaso te has quedado sordo? —preguntó Grederi algo irritado.

—No, es que... estaba viendo la carrera de anoche —dijo y señaló la pantalla.

—Increíble ¿verdad? Sólo cuatro carreras más y se termina. Es una lástima que tengamos que esperar cuatro años más para volver a ver un Campeonato Mundial.

—¡Ojalá hubiese uno todos los años! —exclamó Lendrik.

—Eso sería fantástico —dijo Grederi, mientras se sentaba en el sillón—. Ahora escucha. La noticia que te traigo, aunque no lo creas, es más importante que el Campeonato.

—¿Más importante que las carreras?

Grederi asintió.

—¿Recuerdas cuando visitamos Sira?

—¡Cómo olvidarlo! ¡Nuestro primer viaje a otro planeta! Aunque la parte de estar durmiendo más de un año no fue tan agradable—. Durante el viaje, Lendrik y Grederi debieron someterse al "sueño criogénico", que consistía en meterse en unas cámaras a muy bajas temperaturas para luego despertarse un poco antes de llegar a destino. De otro modo, tendrían que pasarse demasiado tiempo observando el vacío del espacio. Algo que podría dañar la fortaleza mental de cualquiera. Los hombres y mujeres que lo intentaron habían perdido la cabeza y ya nunca volvieron a ser los mismos; habían caído en los lugares más oscuros y profundos de sus mentes y nunca pudieron encontrar el camino de vuelta.

—No, para nada agradable. Sobre todo los efectos secundarios al despertarnos. Pero eso no importa. Lo importante es lo que te voy a decir ahora. —Hizo una pausa y continuó—. ¿Recuerdas las clases que tomamos allí, en las que nos enseñaron que el principal atractivo del planeta era su

ubicación?

—Sí, sí. Algo recuerdo, pero no mucho.

—Bueno. Déjame ayudarte a recordar. A decir verdad, me sorprende que no lo recuerdes. La ubicación de ese planeta era muy importante por una razón: desde allí se captaban todo tipo de anomalías espacio-temporales. Todo lo que observaban desde esa ubicación siempre discrepaba de una u otra manera con las teorías y con las mediciones hechas desde otros puntos del espacio. Las discrepancias eran mínimas pero consistentes. El hecho de que estas anomalías fuesen tan pequeñas no nos permitía estudiarlas en detalle. Necesitábamos un evento de mayor escala para poder analizarlas de manera más profunda. Lo que descubrieron los científicos que viven en aquel planeta es que estas anomalías incrementaban su intensidad exponencialmente con el tiempo. Aun así, a pesar de esos aumentos, las variaciones seguían siendo muy pequeñas para poder obtener los resultados que ellos deseaban. Lo eran... hasta ahora. En los últimos cien años su intensidad ha aumentado repentinamente y, en los últimos veinte, se han captado eventos de enormes magnitudes. Los investigadores se han dado cuenta de que aunque al principio estos eventos parecían aleatorios, en realidad siguen un patrón. De esta manera, con el tiempo, fueron capaces de predecir la siguiente anomalía cada vez con más precisión. La próxima ocurrirá dentro de dos años. Me has dicho muchas veces que has estado esperando encontrar una desviación, alguna irregularidad experimental que complete finalmente tus ecuaciones. Esta puede ser la pieza del rompecabezas que te está faltando. Si logras acceder a la información que los científicos de Sira han obtenido acerca de estas anomalías tal vez puedas terminar con tu investigación.

Algo se acomodó en la mente de Lendrik. Sentía que esto era lo que estaba esperando hace años. Un evento experimental que le permitiera estudiar alguna irregularidad espacio-temporal. Estaba ansioso por poder completar las ecuaciones. Era lo que más deseaba en el mundo y esto podría ser de gran ayuda. Tal vez, el planeta Sira sería un escalón más hacia Banta, el destino final. Mientras Lendrik cavilaba acerca de estas buenas nuevas, Grederi interrumpió sus pensamientos.

—Ahora bien, hay un solo inconveniente. La única persona que tiene acceso a esos datos es el doctor Gauli y la única manera de que los comparta con alguien es si esa persona logra convencerlo de que tiene el nivel para poder lidiar con esa información. Pienso que no hay nadie mejor que tú para esta tarea.

Lendrik se sintió animado por las palabras de aliento de Grederi, aunque tenía sus dudas.

—¿Y cómo piensas que puedo hacer eso? —preguntó Lendrik.

—Muéstrale tu trabajo, Lend. Sé que no te tienes confianza pero debes creerme cuando te digo que tus ideas tienen mucho valor. Pienso que Gauli sabrá apreciar eso. Además, ¿qué puedes perder?

—¿Mi trabajo? —dijo Lendrik—. Mi trabajo es un fracaso, está incompleto y lleno de agujeros. Sin la pieza que le falta es inútil, Gred. Lo sabes.

—Lo sé. Pero también sé que aun con lo que le falta tu investigación es brillante, amigo. Debes aprender a valorarlo más. Sólo porque algo no sea perfecto no quiere decir que no tenga valor. Además, ya lo resolverás. Es sólo una cuestión de tiempo, ya verás.

Lendrik nunca había oído hablar a su amigo de esa manera. Sus palabras lo reconfortaron.

—Debemos intentarlo —continuó Grederi—. ¿Qué dices, amigo?

Grederi tenía razón. Con intentarlo no perdía nada, aunque la idea de ser rechazado lo aterraba.

—Está bien. Lo haré. Ordenaré todo este montón de ecuaciones y lo prepararé de la mejor manera para presentárselo al doctor Gauli.

—Ese es el espíritu —dijo Grederi, sonriendo entusiasmado—. Tengo una buena corazonada acerca de esto.

—A propósito, ¿cómo te enteraste de todo esto antes que yo?

—Un mago nunca revela sus secretos —dijo Grederi con una sonrisa traviesa—. Ahora apaga esa pantalla y ponte a trabajar.

Grederi se despidió y Lendrik se puso manos a la obra. Comenzó a preparar una presentación para el doctor Gauli. Si iba a convencerlo de que le entregara los datos de la anomalía debía ser impecable.

Se sorprendió al ver que la cantidad de información que había acumulado en los últimos años era asombrosa. Pero en ningún momento había progresado tanto como en estos últimos meses. Su determinación para resolver el problema había vuelto su mente más ágil y había aumentado su creatividad. Estaba muy cerca realmente. Sólo faltaba una pieza y esperaba encontrarla en los datos del doctor Gauli.

Luego de arduos días de trabajo, de hacer y rehacer, de escribir y corregir, y de empezar de nuevo varias veces, estaba satisfecho con cómo había quedado su investigación. La había pulido tanto como era posible. Su objetivo principal era que a medida que avanzara con la presentación, el doctor Gauli comprendiera que estaba muy cerca de resolver el problema.

Había concertado una reunión con el doctor dentro de una hora. Ya estaba listo, había repasado su discurso docenas de veces. Ya no había nada más que pudiese hacer. Vacío su mente de dudas, transfirió todos los datos a su reloj, tomó su mochila y se dirigió con gran expectativa hacia el Departamento de Física. Realizaba ese recorrido todos los días para ir a su propia oficina, la cual se encontraba en el mismo edificio. La oficina del doctor Gauli estaba en el anteúltimo piso. Mientras subía en el ascensor repasaba mentalmente todos los argumentos que tenía preparados. A pesar de que Gauli era el director del proyecto Banta, Lendrik lo había visto en muy pocas ocasiones y nunca habían cruzado palabra. Traspuso la puerta del ascensor y se encontró frente a un pasillo. Al final de éste había una puerta. El lugar lucía como cualquier otro del edificio, aunque Lendrik percibió una atmósfera extraña, como si todo estuviese un poco descuidado. Empezaba a creer que los rumores que circulaban acerca de Gauli eran ciertos. Decían que era excéntrico y ermitaño, y que por eso rara vez se lo veía. Daba la impresión de que al doctor no le gustaban mucho las visitas. Caminó lentamente a través del pasillo hasta que llegó a la puerta. Estaba a punto de tocar, cuando una voz desde dentro dijo:

—Adelante, Lendrik. —Se sobresaltó ante tal anticipación. Luego, algo intranquilo, abrió la puerta.

La oficina de Gauli era muy distinta a cómo la había imaginado. Su decoración era simple y parecía algo pasada de moda. Las paredes carecían de aquel fulgor blanco característico de la mayoría de los edificios de Verna. Tenían un tono grisáceo y melancólico. Al fondo había un escritorio y detrás de él había un hombre apenas unos años mayor que él. En los pasillos del Departamento de Física se rumoreaba acerca de las extrañas circunstancias que lo habían llevado a convertirse en director del proyecto Banta. Muchos miraban con algo de recelo el hecho de que alguien de su edad hubiese alcanzado un puesto de tan alta jerarquía, pero el doctor Gauli era un científico brillante. Poseía una mente asombrosamente rápida y tenía una capacidad innata para el liderazgo. Con el paso del tiempo todos lo que dudaban de él, terminaron respetándolo y admirándolo. Sin importar cómo había llegado allí, el

doctor Gauli era el hombre indicado para el trabajo. Había guiado el proyecto de manera ejemplar y siempre había logrado obtener resultados antes de lo previsto. De alguna manera, siempre se las ingeniaba para hacer las cosas más rápido de lo que se esperaba. Era sinónimo de la eficiencia.

Gauli se levantó de su silla y se dirigió a saludar a Lendrik con una amplia sonrisa.

—¡Hola, Lendrik! ¡Te estaba esperando! —dijo—. A Lendrik lo sorprendió la jovialidad con la que fue recibido. Esperaba que Gauli fuese un personaje mucho más sombrío y parco. Pero, por el contrario, parecía ser un sujeto de lo más alegre. Contrastaba completamente con la apariencia de su lugar de trabajo y con lo que había escuchado previamente acerca de él—. Por favor, por favor, siéntate —dijo y le señaló un sillón junto al escritorio. Lendrik tomó asiento y también lo hizo Gauli.

—¿Quieres algo para tomar? —preguntó—.

Lendrik negó con la cabeza y un gesto de la mano.

—¿En serio? Tengo recién llegada del laboratorio de nanotecnología el último brebaje de nanonutrientes. Todavía no ha salido al público —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Está realmente delicioso. Estos muchachos de Nano logran superarse con cada nueva invención. ¿De verdad no quieres?

—No, señor, gracias. Estoy bien.

—¡Nada de "señor", amigo! —exclamó Gauli—. Tenemos prácticamente la misma edad. Llámame Gaus. Después de todo somos compañeros de trabajo, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí, no exact... —repuso Lendrik, pero Gauli lo interrumpió.

—Bueno, basta de formalismos, mi querido amigo. Dime, ¿a qué has venido aquí hoy?

—Bueno, señor...digo Gaus —se corrigió rápidamente ante la mirada de Gauli—. Disculpe, ¿puedo por lo menos decirle doctor?

—¡Bah! ¿Por qué tanta rigidez, amigo? Pero bueno, si te sientes más cómodo así, llámame como quieras.

Era increíble la autoridad que emanaba Gauli. A pesar de su edad y la actitud amigable con la que se desenvolvía, Lendrik se sentía como un

alumno frente a un profesor. En algo tenían razón sus compañeros de trabajo: era un ser excéntrico. De todos modos, le caía bien y enseguida se sintió más relajado.

—Bueno... doctor —prosiguió Lendrik—. ¿Recuerda usted cuál es mi área de trabajo?

—Por supuesto. Estoy enterado de todo lo que hace cada uno de los integrantes de este Departamento y sigo muy de cerca sus investigaciones, aunque ellos a veces no lo sepan. Lo que estamos realizando aquí es de suma importancia. El descubrimiento de Banta es, en mi opinión, el más importante del último milenio.

—Concuerdo con usted y es por eso que estoy aquí. Mire, voy a ser directo con usted porque parece ser alguien que no se anda con rodeos. Sé acerca de Sira y acerca de las anomalías espacio-temporales. Debido a eso, como podrá adivinar, estoy extremadamente interesado en el asunto.

—Veo que los secretos no se guardan tan bien como yo esperaba —dijo Gauli, con una sonrisa en el rostro. — El hecho de que Lendrik se hubiese enterado acerca de aquello parecía no afectarlo en absoluto, por el contrario, parecía entusiasmarlo.

—Así es, doctor. Usted seguro entiende la importancia de lo que estos eventos, estas anomalías podrían aportar a mi... a nuestra investigación. Sus consecuencias podrían significar un punto de inflexión en la ciencia actual. Y si me permite el atrevimiento, tengo que decir que podrían marcar un antes y un después en la física como la conocemos. Pero, más allá de todos los caminos que podría abrir a la ciencia, estos nuevos descubrimientos podrían guiarnos hacia algo mucho más grandioso: Banta. Estoy convencido que si logro acceder a los datos que se han recogido de estas anomalías seré capaz de terminar mis ecuaciones y resolver el problema de la distancia. Si estoy en lo cierto y encuentro la pieza faltante de mis ecuaciones estaremos a sólo un paso de llegar a Banta. Tengo aquí —continuó y señaló su reloj—, toda mi investigación. Todo mi trabajo de los últimos quince años. Todo este tiempo me he dedicado con mucho esfuerzo a estudiar las teorías del espacio-tiempo, buscando una hendidura, alguna pequeña desviación o irregularidad, algo que hayamos dejado pasar, que no hayamos visto, que nos permita encontrar un atajo hacia Banta. Déjeme mostrarle. ¿Dónde prefiere?

—Sí, ¡por favor! —dijo Gauli entusiasmado—. Por aquí, por aquí. Transmítelo aquí —dijo y señaló la pared que estaba detrás de su escritorio. —Lendrik se acercó y buscó el pequeño lector. Se estableció la conexión e inmediatamente, donde antes había sólo una pared, apareció una imagen.

El doctor Gauli escuchaba atentamente todo lo que Lendrik decía. Asentía con la cabeza y demostraba verdadero interés. A medida que Lendrik avanzaba con la presentación, hacía gestos de aprobación y a veces profería gritos de exclamación: "¡Brillante! ¡Asombroso! ¡Ingenioso!" Lendrik no se guardó nada. Avanzó y avanzó poseído por una voluntad de hierro, exponiendo con verdadera destreza todos los contenidos de su investigación. Mientras hablaba, se daba cuenta de que su trabajo era realmente bueno y que lo había subestimado. Se sumergió de lleno en los detalles de sus ecuaciones. Una combinación de complejos términos como tensores, geodésicas, escalares, constantes, espacio de cuatro o más dimensiones y muchos otros conceptos. En su demostración incluía escenarios en los que participaban agujeros negros, fotones, partículas subatómicas, sus respectivas antipartículas y la misteriosa energía oscura. En el pasado se hablaba de materia y energía, ahora todo simplemente se había unificado en energía, al igual que en la escala cuántica. En su presentación Lendrik intentaba demostrar al doctor Gauli que la relación entre la gravedad, el vacío y la energía oscura estaban íntimamente conectadas. Mucho más de lo que se creía en el ámbito de la física. Finalmente llegó a la parte donde era evidente que faltaba una pieza para que todo encajara. Durante mucho tiempo, Lendrik había pensado que la solución se podía obtener de manera puramente teórica pero cuando Grederi le habló de las anomalías que se observaban desde Sira se dio cuenta, con toda certeza, que lo que necesitaba era evidencia del tipo experimental. Una pequeña ayuda de la naturaleza. Aquellas irregularidades eran lo que le faltaba para completar el resto de las ecuaciones. Cuando terminó, el doctor Gauli se encontraba inmóvil frente a la pantalla, ensimismado en sus pensamientos. Pasaron varios minutos y no se movía. Finalmente, giró hacia Lendrik con una sonrisa:

—Creo que tienes algo aquí, Lend. De verdad, esto es como nada que haya visto, aun sin la parte faltante. Estos conceptos son de una gran originalidad. Tu teoría acerca de la inseparabilidad del vacío y la energía oscura, de cómo son dos caras de una misma moneda es realmente fascinante. Pero, ¿cómo se te ha ocurrido todo esto? ¿Cómo has llegado a desarrollar una teoría tan elegante?

—En verdad no lo sé. Supongo que he tenido suerte. La idea me vino a la mente en el momento que más lo necesitaba.

—Así suele pasar con estos asuntos. Hay un elemento casual que interviene más a menudo de lo que tú crees. Nos pasa a todos los científicos. Ya sea con un momento de inspiración o con un evento fortuito que te permita encontrar el camino. A veces, o mejor dicho nunca, se puede decir si estos momentos tan maravillosos son producto de la coincidencia o del destino. Aunque en mi opinión, la línea divisoria entre estos dos es muy difusa y los límites de ambos se confunden, se mezclan y nos dejan perplejos y sin respuestas claras. Tal vez lo que llamamos coincidencias son parte del destino o viceversa. En fin, coincidencia o no,

aquí estamos, luego de muchas idas y vueltas has terminado aquí frente a mí.

Gauli todavía mantenía su vivaz sonrisa. Su mirada iba y volvía de Lendrik hacia la pantalla donde estaban las ecuaciones. Finalmente sus ojos se posaron en Lendrik.

—¿Sabes qué? Debo retractarme de lo que acabo de decir acerca de las coincidencias y el destino. Pienso que tu presencia aquí sólo puede ser obra de, no sé si llamarlo destino, pero digamos que detrás de todo esto parece haber un diseño de eventos. Debo decir que hace mucho tiempo que he estado esperando ver algo como esto que me has traído. He visto trabajos parecidos. A decir verdad, a simple vista, tus ecuaciones parecen ser iguales a las demás que han pasado por esta oficina. Pero los detalles... Hay algo en los pequeños detalles que las hace resaltar de las otras. En cada línea veo pequeños destellos, aquí y allá, que les dan un toque distintivo, que las impregna de algo especial. Una marca. TU marca, Lendrik.

—Entonces, ¿me permitirá analizar los datos? —preguntó Lendrik emocionado.

—Son todos tuyos. Tienes mi aprobación y completo apoyo, Lendrik. Creo que serás de gran ayuda en esta misión. Te enviaré ahora mismo todos los datos y los análisis de todas las anomalías que se han observado en Sira. Realmente te los has ganado.

Lendrik no podía creer lo que oía. Nunca se imaginó que su trabajo tendría un impacto tan grande en el doctor Gauli. Grederi tenía razón. Estaba eufórico. Ahora podría acceder a esa información de extraordinario valor.

—Ahora, me encantaría poder seguir conversando contigo, pero debo seguir trabajando —dijo señalando su escritorio—. Espero que logres sacar provecho de estos datos. De verdad significaría un gran avance para nuestro proyecto. Obsérvalos, estúdialos, medita acerca de ellos. Puedes consultarme si tienes alguna inquietud acerca de algo. Estoy enteramente a tu disposición. Pero tengo la impresión que tú le encontraras más sentido que yo —dijo y le dio unas palmadas en el hombro.

—De acuerdo, señor. Muchas gracias, señor. De verdad se lo agradezco, señor.

Gauli lo miró fingiendo enojo y dijo:

—Si sigues diciendo "señor" harás que me arrepienta.

Lendrik rio.

—Me pondré a trabajar en ello de inmediato.

Dicho esto, se despidió y salió de la oficina lleno de energía y determinación. Todavía no podía creer lo que había logrado. Le había mostrado su trabajo al director del proyecto, quien no sólo lo elogio sino que le entregó información extremadamente secreta. El hecho de que Gauli confiase en él lo hizo sentir importante. Volvió a su casa y ni bien llegó, abrió el archivo que le había enviado el doctor y se puso a trabajar con gran entusiasmo y decidido a alcanzar la meta: resolver las ecuaciones para así poder viajar finalmente a Banta.

Capítulo 8

4

Estudiar los datos de las anomalías registradas en Sira no era tarea fácil. Era una cantidad enorme de información muy compleja que debía ser procesada, separada y analizada. Era un trabajo que le llevaría bastante tiempo y debía armarse de una paciencia sobrenatural. Habían pasado tres meses ya, y estaba a punto de terminar. Era una fresca noche de abril y luego de un día entero sentado frente a una pantalla sintió que necesitaba un descanso.

Se encontraron con Mira en la puerta del teatro de Verna. Al igual que muchas estructuras de la ciudad, el teatro tenía forma circular. Los asientos formaban un círculo alrededor del escenario que se encontraba en el centro. Habían ido a escuchar un concierto de la orquesta sinfónica de Verna. Los mejores músicos de la ciudad estaban reunidos allí.

Lendrik y Mira amaban la música de orquesta. A menudo Lendrik se adentraba en la hermosa relación entre la física y la música. Lo fascinaba la íntima conexión que estas dos áreas tenían. En realidad, pensaba con frecuencia, que así como la música, muchísimas otras cosas seguían un orden o un patrón matemático, sobre todo en la naturaleza. Y la música, era algo tan sublime, tan puro, que lo consideraba tan hermoso como los fenómenos naturales que la ciencia estudiaba y describía. Las innumerables galaxias y estrellas, gobernadas por la fuerza más misteriosa de todas: la gravedad. Los seres vivos, compuestos por millones de pequeñas células, cada una de ellas programada para realizar una función específica. Los diminutos átomos y sus incluso más diminutas partículas que los conforman. Las misteriosas partículas subatómicas, los engranajes principales de la existencia, con sus cargas positivas y negativas, que junto con la gravedad, comienzan con el proceso de cambio, de creación y destrucción. Todas estas maravillosas cosas combinadas son los instrumentos que tocan la gran música de la Creación. Y, detrás de todo esto, el Gran Misterio. Esa fuerza inexplicable, sin nombre ni forma, y a la vez tan real y tan poderosa. La energía de la vida, la energía original, el soplo vital.

En todo esto pensaba Lendrik mientras escuchaba los sutiles acordes de los instrumentos. Cerró los ojos y se dejó transportar por las innumerables notas que lo llevaron a una percepción superior. El sonido era tan hipnotizante que cayó en un estado entre el sueño y la vigilia. Era consciente de lo que sucedía a su alrededor pero a la vez estaba muy lejos de allí. Su mente viajaba por caminos desconocidos.

Caminaba por una habitación blanca. Era de un blanco resplandeciente, cegador. Parecía que la luz del sol se había metido dentro de la habitación y que la iluminaba perpetuamente. Le dio la impresión de que la sala era

infinita. Comenzó a caminar. Camino durante quién sabe cuánto tiempo, pero todo lo que veía era igual. Nada cambiaba. Cada lugar, cada rincón era exactamente idéntico al anterior. Ni una ventana, ninguna puerta. Nada. Sólo aquella luz blanca resplandeciente. La desesperación lo invadió y comenzó a correr. Corrió y corrió. No sentía cansancio, ni siquiera sentía las piernas. Se sentía liviano. Sólo sabía que iba muy rápido. Sentía que si seguía acelerando alcanzaría la velocidad de la luz y se transformaría en energía. Entraría en otra dimensión, diferente a la humana. Cerró los ojos, ya podía sentir el cambio. Quería alcanzar esa velocidad y desaparecer, fundirse con el universo. Justo cuando estaba por cruzar el umbral, justo en el instante en el que iba a volverse infinito, oyó una voz. Era una mujer. Empezó a desacelerar. El umbral de la otra dimensión se alejó cada vez más, hasta que se perdió de vista. Se sentía vacío, desdichado. Había estado tan cerca. ¿Quién era esta mujer que lo detuvo?

—¡Hola! —gritó—. ¿Quién eres? ¡¿Hay alguien aquí?!

Nada. Silencio. Esperó unos minutos y de repente escuchó voces. Le resultaban extrañamente familiares. Venían de su izquierda. Caminó en esa dirección y se sorprendió al divisar una puerta que antes no había visto. Se dirigió hacia allí y puso el oído sobre ella. Escuchaba las voces de muchas personas, pero no podía discernir lo que decían. Intentó abrir la puerta pero no pudo: estaba cerrada con llave. Intentó calmarse. Calmó su respiración. Inhaló y exhaló lentamente hasta que su mente se aclaró. Puso la oreja sobre la puerta nuevamente. Otra vez, muchas personas hablando a la vez cosas sin sentido. No podía interpretar ninguno de los sonidos hasta que escuchó algo que lo sobresaltó. Su propia voz del otro lado de la puerta, clara y fuerte por sobre las otras. Cuando se dio cuenta de que era él mismo quien hablaba del otro lado, ésta se abrió. El corazón de Lendrik comenzó a latir muy rápido. Cruzó la puerta con los ojos cerrados. Luego de haber entrado, los abrió. Se encontraba en un aula llena de estudiantes. Para su sorpresa se vio a sí mismo sentado no muy lejos de donde él estaba. Era una experiencia muy extraña, verse a uno mismo desde fuera. Intentaba recordar en qué momento de su vida se hallaba. Porque tenía la seguridad de que estaba dentro de un recuerdo. El profesor estaba hablando. Esa cara. Intentó recordar el nombre del profesor pero no podía. Miro la pizarra y vio las ecuaciones que había en ella. Era una clase de física. Por lo menos ya sabía algo. De a poco comenzó a recordar. La clase era acerca de la energía oscura. El profesor explicaba efusivamente como la energía oscura era una pieza clave de la física para entender muchos fenómenos del universo que no tenían explicación hasta el momento y hablaba de su íntima conexión con la gravedad. El profesor dejó de hablar de repente y miró hacia la puerta. Había alguien allí que lo llamaba. Era una mujer. Lendrik no podía verle el rostro. Estaba en las sombras. Le dio unos papeles al profesor y se retiró. A continuación, éste comenzó a repartir los papeles que la mujer le había entregado; por último, llegó al asiento donde estaba el Lendrik más joven. El profesor le dijo: —Éste es muy especial, Lendrik. —Le entregó el

papel. Él, el que estaba recordando, se inclinó para ver qué era lo que contenía y el corazón le dio un vuelco. Ahora recordaba perfectamente qué día era. ¡Eran dos semanas antes que cumpliera sesenta años! Aquel era el teorema que no lo había dejado dormir por días enteros. Lendrik volvió a mirar el papel que estaba sobre el escritorio y en ese momento sintió que algo se abría en su mente, una tremenda cantidad de energía se liberó. Se sintió envuelto por una calidez embriagadora. Se sentía eufórico. Ahora lo entendía todo. Era tan simple que comenzó a reír sin parar, como un loco. El aula comenzó a brillar con una luz blanca resplandeciente hasta que todo desapareció y...

—¡Lend! ¡Lend! ¡Despierta Lend! —llamaba la voz.— Era la misma voz que había escuchado en la habitación blanca. A medida que comenzaba a despertarse se dio cuenta de que era la voz de Mira—. Despierta, Lend.

Lendrik abrió los ojos y la vio. Allí estaba Mira con un gesto de preocupación en el rostro.

—Ahí estás —dijo—. ¡Te has dormido en medio de la función!

A Lendrik le costó volver en sí. El sueño había sido muy absorbente. Pero no había sido un sueño. Al menos no del todo. Había sido un recuerdo. De a poco la euforia que lo había envuelto en el sueño volvió a aparecer. No podía creerlo. La respuesta había estado allí, escondida en los cajones oscuros de su mente y ahora, tal vez por la magia de la música o por alguna otra razón, había salido a la luz.

—Debo ir a casa —dijo decididamente.

—¿Que debes ir a casa? ¡Todavía faltan cinco movimientos! —exclamó Mira con creciente desconcierto.

—Creo que lo he resuelto, Miri. Pero debo asegurarme.

—¿Qué cosa, Lend? ¿Qué es lo que has resuelto? ¿De qué hablas? —preguntó Mira confundida.

—¡Las ecuaciones! Las ecuaciones. Lo he logrado. El atajo... —Lendrik apenas podía hablar de la emoción—. Creo que he encontrado la manera de llegar a Banta.

Mira lo miró sorprendida. No creía lo que oía.

—¡¿En serio?! ¡Eso es maravilloso! —exclamó Mira.

—Sí, lo es. Realmente lo es. Pero primero debo ir a casa y comprobarlo. Si resulta ser verdad... Sólo faltaba una pieza y creo que la he encontrado.

Vamos, acompáñame.

Salieron del teatro rápidamente. La gente los miraba algo extrañada mientras ellos se abrían paso entre las filas de asientos buscando la salida. Una vez afuera, esperaron unos pocos minutos hasta que pasó el autobús. Se subieron y en unos pocos minutos habían llegado al edificio donde vivía Lendrik quien corrió desenfrenadamente hacia su departamento.

—iMadeleine! —dijo casi gritando al entrar—, necesito que busques en la base de datos aquel teorema que me dieron cuando tenía sesenta años. ¿Recuerdas? Aquel que estuve semanas sin poder resolver.

—Sí, señor. Por supuesto que lo recuerdo. Deme unos segundos para encontrarlo. —Pasaron apenas cinco segundos— .Listo.

—Proyéctalos en la pared —dijo Lendrik con la voz transformada por la emoción.

Allí estaba. A primera vista parecían un simple grupo de ecuaciones, pero estaban completamente desconectadas. No había un marco dentro del cual Lendrik los pudiese introducir. Por eso no había podido resolverlos en aquella ocasión. Ahora sabía que eran parte de algo más grande.

Mira miraba la pantalla sin entender mucho. Su formación matemática no había llegado a tanto.

—Madeleine dijo que estuviste semanas sin resolverlo. ¿Significa que en esa ocasión no encontraste la solución?

—Sí, estuve varias semanas intentando resolverlo sin ningún resultado. Luego, después de visitar la sala de Verni con el profesor, me olvidé del asunto completamente... hasta ahora. —Caminó hacia la pantalla y observó las ecuaciones con una concentración absoluta—. Madeleine, ahora reemplaza las variables por los valores A y G de mis ecuaciones de campo.

Madeleine hizo lo que le pidieron.

—Muy bien, ahora aplica la transformación de Hegels e invierte los parámetros de Schinn. — Madeleine aplicó las modificaciones y lo que Lendrik vio a continuación lo dejó mudo.

Más adelante, al intentar relatar los sucesos de aquel memorable día, no lograría encontrar las palabras para describir lo que sintió en ese momento. El alivio, la alegría, la euforia. Todos los sentimientos se mezclaban y formaban un torbellino dentro de él. Luego de tantos años de trabajo, de tanto esfuerzo, de tantos fracasos y desilusiones, lo había

logrado. Aquel teorema que le habían entregado hace tanto tiempo contenía la respuesta. Todo este tiempo había estado allí, en sus narices, guardado en su mente y en su ordenador, esperando a ser descubierto. Ahora, esas ecuaciones combinadas con los datos experimentales de las anomalías y sumadas a su anterior trabajo, le mostraban el camino exacto para llegar a Banta. Todo se volvió claro y, de pronto, el viaje hacia ese planeta se volvió más real que nunca.

Mira todavía observaba la pantalla sin entender. Se volvió hacia Lendrik y vio la emoción en el rostro de su pareja. Lágrimas caían por su rostro.

—Lend, querido. ¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

Lendrik no dijo nada. Simplemente la miró a los ojos y sonrió. La alegría y la gratitud desbordaban desde su interior hacia fuera. Sentía que podía llenar el mundo entero. La abrazó con fuerza.

— Lo he logrado, Miri. Lo he logrado —dijo con la voz tomada por la emoción—. Luego de tantos años lo he logrado. He encontrado el camino a Banta.

5

—Ya está, Madeleine —le dijo a su computadora—. Esto es lo mejor que puedo hacer. Si la modifico más la arruinaré.

—Relájese. Yo creo que ha hecho un excelente trabajo, señor— dijo Madeleine.

Luego de su enorme descubrimiento, visitó nuevamente al doctor Gauli para darle la buena noticia. El doctor lo recibió con el mismo humor y la jovialidad de siempre, pero cuando vio lo que Lendrik tenía para mostrarle, prorrumpió en gritos de júbilo. Sacó una bebida de su refrigerador y brindó por Lendrik y por el avance de la ciencia. Luego de que la euforia inicial se le hubiese apaciguado, Lendrik le preguntó algo que había estado deseando preguntarle hace tiempo.

—Disculpe, doctor, pero hay algo más que debo pedirle. Me preguntaba si podría formar parte de la siguiente expedición a Sira y, si mi teoría pasa

el escrutinio de mis pares, un lugar en el primer viaje a Banta.

—¡Por supuesto que puedes formar parte! —exclamó Gauli riendo—. Lendrik, amigo, no pasará mucho tiempo antes de que te hagas famoso por tu descubrimiento. Gracias a ti seremos capaz de viajar al planeta que tiene más posibilidades de albergar vida inteligente. Más que cualquier otro en la historia de la ciencia. Si hay alguien que merece realizar ese viaje, eres tú.

Gauli tenía razón. Lendrik se dio cuenta que todavía no había tomado consciencia de la magnitud de su descubrimiento. No se percataba de que ya no era un científico más. Había pasado al siguiente nivel. Estaba a punto de entrar en una lista de la que muy pocas personas habían tenido el privilegio de pertenecer.

—Hay una cosa más— dijo Lendrik.

—Dime, amigo, dime.

—No sólo necesito que me incluya a mí. Hay dos personas más que deseo que me acompañen.

—¡Dos! —exclamó Gauli—. ¡Vaya, Lendi! Tú sí que te has vuelto ambicioso en unos pocos segundos, amigo mío. Pero, dime, ¿quiénes son estas personas que deseas que te acompañen?

—Uno de ellos es alguien que trabaja en el proyecto Banta al igual que yo. Mi amigo Grederi. Seguro lo conoce. Trabaja en el área de ingeniería de las aeronaves.

—¡Grederi! De seguro que lo conozco. Agradable sujeto. Tiene un gran sentido del humor. Hemos compartido un par de chistes de vez en cuando.

Lendrik sonrió. Ahora que lo pensaba, Grederi y Gauli tenían personalidades similares.

—Ese mismo. Además de su sentido del humor es una persona muy competente en lo que hace. Muy capaz y dispuesto a enfrentar nuevos desafíos y dificultades.

—Muy bien. Intentaré incluirlo a él también —dijo Gauli—, pero, ¿quién es la otra persona? ¿También trabaja en este departamento?

—En realidad no, señor. Ella no es física. Su nombre es Mira y es mi pareja. Y me temo que si ella no puede ir, tampoco yo. Es un largo viaje y

pueden pasar muchas cosas. No me puedo ausentar por tanto tiempo.

Por primera vez, Gauli pareció mostrar algo de preocupación. Asintió, demostrando que entendía la situación de Lendrik.

—Escucha, Lendrik. Voy a ser honesto contigo. Si bien soy el director de este proyecto, no tengo la suficiente autoridad para realizar cualquier cambio que se me antoje. Como bien sabes, todas las decisiones del departamento se someten a una votación de la junta directiva y debo decirte que no veo muy probable que acepten incluir a alguien que no es parte de este departamento y mucho menos a alguien que no estudia las ciencias duras o las naturales. Dudo que tengan objeciones a incluirlos a ti y a Grederi, pero me temo que se opondrán a que Mira vaya.

Lendrik sintió que el ánimo se le caía al piso.

— Pero, no te desanimes —dijo Gauli con una sonrisa alentadora—. Hay otros caminos que se pueden tomar, otras posibilidades que se deben considerar. Déjame unos días para pensarlo. Es cuestión de hablar con la persona indicada en el momento indicado. Veré que puedo hacer.

—¿De verdad haría algo así por mí, doctor? —preguntó Lendrik agradecido.

El doctor Gauli se acercó y posó una mano sobre su hombro.

—Realmente me caes bien, pero esto no lo hago por ti, Lendrik. Lo hago por la ciencia. De verdad veo mucho potencial en ti y sería una verdadera lástima verlo desperdiciado o interrumpido. He sido muy afortunado de que hayas venido aquí hoy y de recibir esta gran noticia, Lendrik. Haré lo posible para que Mira nos acompañe en esta aventura. Te mantendré al tanto.

— De acuerdo, señor. Muchas gracias, señor. Se lo agradezco mucho, señor.

—Si sigues diciendo “señor” me harás cambiar de opinión —dijo en tono de broma.

Lendrik soltó una carcajada.

—De acuerdo. Pero, ¿hasta cuándo deberé esperar?

—Oh. Paciencia, mi querido amigo. Paciencia. Si todo esto es más que una mera suma de coincidencias no creo que todo vaya a terminar aquí, ¿no lo crees?

Ahora debía presentar sus descubrimientos a la junta directiva del Departamento de Física y del proyecto Banta. Estaba muy nervioso. Nunca se había sentido así en toda su vida, ni siquiera en sus épocas de estudiante cuando tenía que dar presentaciones orales frente a varios profesores. Había pasado de ser un científico común y corriente a ser una celebridad. A pesar de que su investigación todavía no se había hecho pública, el rumor ya se había empezado a correr. Muchos lo saludaban en la calle o en el trabajo y lo felicitaban. Incluso profesores y doctores muy respetados que Lendrik admiraba desde pequeño comenzaban a tratarlo como a un igual.

La presentación sería dentro de una semana y no creía ser capaz de aguantar tanto tiempo.

—Comprendo, señor. Ha trabajado muy duro en esto durante años —continuó Madeleine—. He visto su dedicación y su paciencia. Ha esperado todos estos años, una semana más no es mucho tiempo, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Madeleine. En tiempo real no es mucho. Pero para mí los días serán eternos.

—¿A qué se refiere con "tiempo real"? —preguntó la computadora—. Creí que sólo había un tiempo, excepto en los casos donde entran en juego las leyes de la relatividad, pero este no es el caso.

—Sí, Madeleine. Una semana sigue siendo una semana, pero en mi mente, debido a mis emociones se siente como mucho más tiempo.

—Comprendo la teoría, pero no la experiencia. No poseo estas emociones dilatadoras del tiempo. Me parece de lo más extraño aunque desde luego, usted es humano y yo una máquina.

—Así es. En este momento desearía ser como tú, Mady. Y deshacerme de todas estas fastidiosas emociones.

—Tal vez haya una manera menos drástica de lograrlo, señor.

—¿Qué sugieres, Madeleine?

—¿Por qué no hace ese viaje a Landala que siempre quisieron hacer usted y la señorita Mira? Le vendría bien alejarse unos días del trabajo.

Lendrik permaneció pensativo. La idea no era mala. Madeleine solía tener muy buenas ideas y lo sacaba de apuros muy a menudo. Además de funcionar como su asistente, Lendrik la consideraba una amiga; más bien, era como una hermana. Lo había acompañado durante toda su vida desde que era un niño y con los años se había convertido en su compañera y confidente, y aunque era una máquina sentía un gran afecto hacia ella. A

veces pensaba que Madeleine también había desarrollado, a su manera, sentimientos. Pero por supuesto, no había manera de comprobarlo. *¿Cómo podemos estar seguros de eso si ni siquiera sabemos cómo perciben el mundo las otras personas? Simplemente suponemos que sienten las cosas de la misma manera que uno mismo, pero ¿cómo estar seguros?* Lendrik pensaba en eso con frecuencia. Ahora, nuevamente, Madeleine parecía conocerlo mejor de lo que se conocía él mismo. ¿Hace cuánto que estaba posponiendo ese viaje? Había estado tan absorto intentando resolver el enigma de Verni y el Visitante, y luego con su trabajo, que se había olvidado de disfrutar un poco más de la vida. Ahora que lo pensaba bien, él y Mira ya no se veían tanto como antes; ambos estaban muy concentrados en sus respectivas investigaciones y en la búsqueda de respuestas. Madeleine tenía razón. Debían ir a Landala.

6

Mira siempre había soñado con ir a la ciudad de Landala. Ésta se encontraba en una pequeña isla en medio del océano, a unas cien millas de la isla principal. Mira amaba el agua. Amaba nadar, amaba las costas y el océano. Muchas veces estuvieron a punto de ir allí, pero por una razón u otra no lo hicieron. Ahora parecía el momento indicado. Landala reunía las características que, para Mira, la hacían la ciudad perfecta. Estaba rodeada de agua y de playas. Muchos decían que tenía las mejores playas del planeta. Lendrik quería ver a Mira feliz y no podía concebir un lugar más adecuado que Landala. Para llegar debían dirigirse al puerto más cercano y de allí tomar un tren subacuático que los llevaría directamente, casi en línea recta, a Landala. El tren atravesaba un túnel que se extendía por millas y millas por debajo del océano. Había cientos de esos túneles que se interconectaban unos con otros, formando una red que conectaba las tierras que estaban separadas por el mar. Esa era la manera más frecuente de viajar largas distancias. Lira estaba formado por cientos de islas, algunas grandes otras más pequeñas. La ciudad de Verna, por ejemplo, estaba situada en el centro de una de las de mayor tamaño y estaba bastante alejada de las costas. Malina, la pequeña ciudad que Lendrik y Mira visitaban a menudo estaba situada al este de Verna, en la misma porción de tierra. A estas islas, las de mayor superficie, se las llamaba "islas principales". La isla principal donde se encontraban Verna y Malina se llamaba Caronta.

Cuando Lendrik le propuso el viaje Mira se mostró encantada con la noticia. Tenían todo listo para partir. Realizaron un rápido viaje en tren hacia uno de los puertos de Caronta. En el puerto, había varias entradas parecidas a las de los subterráneos de la ciudad. Lendrik y Mira bajaron por una de ellas. Abordaron el tren subacuático, el cual era muy parecido a los terrestres. El techo era de un material transparente que permitía a

los pasajeros mirar hacia fuera, lo cual evitaba la sensación de claustrofobia. La mayor parte del viaje se hacía a altas velocidades, por lo tanto, no se podía apreciar mucho el paisaje marítimo. El tren iba a una velocidad moderada de doscientas millas por hora, de modo que llegaron en poco menos de media hora. Una suave brisa marina los recibió cuando salieron a la superficie. Mira estaba muy entusiasmada cuando vio las hermosas aguas que los rodeaban. El aire era fresco y olía a mar. Cerró los ojos, respiró profundo y cuando exhaló, soltó un suspiro.

—Que distinto es el aire que se respira aquí —dijo.

Lendrik la rodeó con los brazos y se dirigieron hacia la estación de subterráneos. Tenían que hacer un pequeño viaje hacia la parte de la ciudad donde estaban los edificios que hospedaban a los visitantes de otras ciudades

—Vamos, por aquí —dijo Lendrik, señalando un andén. Abordaron, y en unos pocos minutos ya había llegado a destino.

Al arribar al lugar en el que tenían reservada una habitación, se dirigieron a la recepción. Una maquina les preguntó sus nombres y su procedencia

Lendrik respondió: —Lendrik y Mira de Verna.

La máquina respondió rápidamente: —Muy bien, señor. Permítame su reloj así le cargó los datos para poder acceder a la habitación y sus comodidades. —Lendrik pasó su reloj por un lector y se escuchó un pitido.

—Señor Lendrik, señorita Mira. Ya pueden disfrutar de las comodidades de nuestro establecimiento. Su habitación es la número veintitrés, está en el segundo piso. Que tengan una maravillosa estadía en Landala.

Los seis días que pasaron allí fueron de los más felices que compartieron juntos. La ciudad de Landala estaba construida sobre una isla no muy grande, por lo tanto, hacia cualquier dirección donde dirigieras tu mirada había una playa. Visitaron todas y cada una de ellas. Mira estaba radiante de alegría, y nadó hasta el cansancio en cada uno de estos hermosos parajes. Lendrik la acompañó en todas las ocasiones. Ella estaba sorprendida de que él se metiese tanto al agua. Lendrik quería aprovechar cada momento, ya que pronto le tendría que contar acerca de Sira. La cuestión era que confiaba en que el doctor Gauli pudiese incluir a Grederi en el viaje, y también incluso a Mira con un poco de suerte. Pero primero debía saber si ella estaba dispuesta a ir. Esa era la cuestión fundamental. No eran exactamente unas vacaciones. El viaje a Sira iba a ser arduo y prolongado. Debían enfrentarse a la soledad del espacio y a los obstáculos que allí se podrían encontrar, y eso sólo sería el principio;

ya se habían puesto en marcha los planes para realizar el verdadero viaje, el más importante, que sería aún más largo y mucho más riesgoso. Más que un viaje, una verdadera odisea.

Sin embargo, durante esos maravillosos días, no pensó en nada de eso. Ni en sus ecuaciones, ni en Banta, ni en Verni, en nada. Sólo en disfrutar con Mira. Lo que más les gustaba era dar largas caminatas por las hermosas playas. No importaba el tema de conversación. Simplemente caminaban, hablaban y reían. Fueron días de gran alegría para ellos.

Pero todo tiene un final. Llegó el séptimo día, el día en que tenían que regresar. Se encontraban en la habitación; Mira se estaba bañando y Lendrik estaba sentado en la cama con la mirada perdida en el techo. Sabía que había llegado el momento, pero aún no estaba listo. Debía preguntarle a Mira si lo acompañaría en el viaje y temía lo que ella podría responder. Tenía un nudo en el estómago. Si decía que no, tenía que decidir entre ella y la misión. Estaba partido en dos. Necesitaba aire fresco para pensar. Se dirigió al baño y dijo a través de la puerta:

—Miri, voy a salir a caminar un rato. No tardaré mucho.

—Está bien —respondió Mira desde la ducha—. ¿Está todo bien, Lend?

— Sí, Miri. Está todo bien. Sólo necesito un poco de aire fresco, además quiero dar una última vuelta por la ciudad.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Mira.

—No te preocupes, Miri. Necesito un tiempo a solas. No tardaré. Nos vemos en un rato.

Mientras caminaba, Lendrik pensaba en lo que le deparaba el futuro. Por un lado, se sentía muy emocionado ante la perspectiva de realizar el tan esperado viaje. Sentía la adrenalina que se mezclaba con el miedo, y la expectativa que generaba el encuentro con lo desconocido. Le recorría por todo el cuerpo una sensación que hace mucho, tal vez nunca, había sentido. Una agitación en su interior, un deseo incontrolable. Tales sentimientos lo asustaban porque no eran racionales. Se sentía intensamente atraído hacia Banta. Sentía que el planeta lo estaba esperando y, a la vez, ya comenzaba a sentir nostalgia por todo lo que dejaría atrás. Deambuló por la ciudad, sin rumbo, con la mente agitada por estas inquietudes. Se encontraba en una encrucijada en su vida. Sabía que se estaba adelantando a los hechos, pero no podía evitar pensar qué sucedería si Mira decidía no acompañarlo. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. Se sentó en un banco cercano y se limitó a observar lo que lo rodeaba: las personas, los edificios, los árboles, el cielo. Notó que los habitantes de Landala tenían un color de piel más bronceado que los habitantes de Verna debido a que estaban más expuestos al sol. Ya estaba atardeciendo y una brisa fresca que soplabá del oeste le acarició el rostro. Traía con ella un aroma fresco y revitalizante que lo tranquilizó: el

olor a mar. Pasó una hora sentado allí, con los ojos cerrados, intentando relajarse. Cuando se sintió lo más tranquilo posible, se dirigió de vuelta hacia el hotel. En la habitación, Mira estaba acostada en un sillón. Se la veía muy tranquila, con el rostro relajado y una sonrisa de paz en su rostro. No escuchó entrar a Lendrik. El sonido de violines, pianos y otros instrumentos llenaban el ambiente. Era una música muy relajante, de las que acostumbraba a escuchar Mira. La música rápidamente lo hizo sentirse muy bien. Su mente se aclaró y se sintió más centrado para hablar con Mira. Se demoró unos segundos escuchando la música. Cerró los ojos y se dejó envolver por aquellos sonidos armoniosos. Retrasaba el momento de la pregunta porque lo aterraba la posible respuesta. La observó allí recostada. Veía como su pecho subía y bajaba al compás de su respiración. No quería interrumpir esa paz y menos con lo que le iba a decir. Pero no necesitó hacerlo. Mira abrió los ojos, lo vio y sonrió.

—¡No te había escuchado entrar! —le dijo. Saltó del sillón, lo abrazó y lo besó.

—Miri, mi amor —dijo Lendrik mientras la abrazaba—. ¿Cómo estás?

—Bien. Escuchaba algo de música. Ven —le dijo invitándolo a sentarse en el sillón.

Mira lo abrazó y se quedaron así por un momento, abrazados uno al otro, sintiendo sus respiraciones y el sonido de la música. Cuando ya habían pasado varios minutos, Mira habló:

—¿Sucede algo, Lend?

Lendrik salió del trance y entendió que no podía retrasar más el momento.

—Ven acompáñame. Vamos a la terraza. Hay algo que debo decirte—. Mira lo siguió.

El edificio donde ellos estaban era uno de los más altos de la ciudad. La vista era indescriptible. El sol se ponía en el oeste. Todo estaba en silencio, excepto por el sonido del mar. Podían escuchar las olas que rompían contra las costas y el canto de las gaviotas que llenaban el aire con sus lamentos. Estaba atardeciendo y ya se comenzaban a ver las primeras estrellas. Luego de unos minutos, el cielo estaba repleto de ellas. La vista era inmejorable. Lendrik tomó sus gafas y le preguntó a Mira:

—¿Has traído las tuyas?

—Sí —dijo ella algo confundida—, y rápidamente las sacó de su bolso.

—Permíteme que las configure. Hay algo que te quiero mostrar. —
Lendrik tomó las gafas, creó una conexión con su reloj y presionó algunos comandos. Una vez que terminó, se las entregó a Mira.

—Ahora, pónelas y mira hacia allí —dijo y señaló un punto en el cielo nocturno.

—Mira dirigió hacia allí su mirada. Lo que vio era asombroso. Las gafas le ofrecían una imagen impresionante con aumento. Podía ver los planetas cercanos, junto con sus satélites, como si los tuviese al alcance de la mano. También, podía ver más allá, acumulaciones de estrellas que a simple vista eran imposible de ver. Los colores y las formas eran hermosas.

—¿Ves aquella agrupación de estrellas que están justo al lado del cúmulo de Radel?

—¿Las que tienen un brillo azulado? —preguntó ella.

—Sí, exactamente —dijo Lendrik—. Alrededor de una de esas estrellas orbita un planeta llamado Sira.

—Sira —dijo Mira, como si el nombre le resultara familiar—. ¿No es allí donde tenemos un asentamiento?

—Así es. Hay personas viviendo allí hace varios años. Es uno de los planetas que visité durante mi educación inicial.

—¡Sí! Ahora lo recuerdo de las clases de astrofísica. Era uno de los planetas que nos daban a elegir para visitar. Yo me decidí por Caros.

Caros era otro de los planetas donde los científicos de Lira habían establecido asentamientos. Era un planeta caluroso y conformado mayormente por agua. Por eso no era extraño que Mira lo hubiese elegido. Lendrik en cambio, prefería los climas más fríos y las nubes antes que el sol. Por eso había elegido Sira.

—Grederi y yo visitamos Sira hace muchos años como parte de nuestra formación. El planeta en sí no tiene nada de especial. Bueno, es un planeta que esta fuera de nuestro sistema solar y donde hay vida orgánica. Eso lo hace muy especial, en realidad. Esos no abundan en nuestra galaxia. Por lo menos hasta donde nosotros sabemos. Pero, lo que realmente lo destaca de los demás es su ubicación. Sira está muy próximo al lugar donde se producen las anomalías espacio-temporales. Es desde allí donde los científicos realizan sus observaciones. Con los datos que ellos me proporcionaron he sido capaz de completar mis ecuaciones y encontrar una manera de llegar a Banta. Gracias a este descubrimiento me he ganado cierto lugar de privilegio dentro de la comunidad científica y

tengo un lugar asegurado en el primer viaje hacia Banta.

—¡Eso es genial, Lend! De todas maneras, ya me lo imaginaba. Es gracias a ti que podremos visitar Banta. Sería ridículo que no te dejen ir. También sé lo que me quieres decir. Yo también he querido preguntártelo pero no lograba reunir el coraje. Tú tienes un lugar para ir a Banta, pero yo no ¿verdad?

Lendrik asintió con preocupación.

—No exactamente. El doctor Gauli me dijo que hará lo posible para lograrlo. Confío en él. Es un buen hombre y además tiene muchos contactos. Tenemos que esperar. Pero, dime, Miri —dijo y le tomó la mano—. ¿Tú quieres venir? Sé que es una decisión muy importante y es un viaje que podría ser sólo de ida.

Mira lo miró a los ojos durante unos segundos. Lendrik no podía descifrar lo que pensaba.

—Por supuesto que iría —dijo finalmente—. He estado pensando en ello hace tiempo. El descubrimiento de Banta es el más importante de los últimos milenios, quizás más que la primera modificación del código genético para prolongar la vida. Quiero formar parte de eso , pero...—su voz se quebró levemente, aunque quiso ocultarlo—... quiero que si no lo consigues, si no logras que yo entre en la expedición, vayas de todas maneras. Prométeme que irás de todas maneras, Lend. No quiero ser quién te retenga aquí.

En esos pocos segundos, luego de escuchar la respuesta de Mira, ya no había más dudas en su mente.

—No — dijo con firmeza—. De ninguna manera. O vamos los dos o no va ninguno—. Esta misión es tan importante para ti como para mí. Estamos juntos en esta búsqueda de respuestas, tú y yo. Mereces ir tanto como yo. Si tú no vienes conmigo, este viaje no tendría ningún sentido, ninguno en absoluto.

Mira lo miró y se emocionó al escuchar sus palabras. Si bien lo que había dicho era cierto y realmente no quería ser un obstáculo entre Lendrik y su investigación, se sentía aliviada de que pase lo que pase, él se quedaría junto a ella.

Se abrazaron y permanecieron juntos observando el cielo estrellado que les ofrecía un espectáculo formidable. Los envolvió esa sensación tan familiar y al mismo tiempo tan indescriptible. El universo se extendía ante sus ojos y no podían más que sentir reverencia ante su belleza e inmensidad. A pesar de todo lo que sabían acerca de él, éste seguía siendo terriblemente misterioso. Se dieron cuenta que ese misterio era

fundamental para la vida humana y que realmente, en el fondo, no querían llegar a saberlo todo, que siempre iban a necesitar que el manto de lo oculto y lo desconocido se cerniera sobre ellos. Así permanecieron, recostados, cada uno reconfortado por la presencia del otro y colmados de paz por la calidez de aquel abrazo que parecía eterno. En esos instantes de lucidez y claridad mental, Lendrik tuvo la revelación fugaz, de esas que uno luego olvida sólo para recordarla cuando ya es demasiado tarde, de que cosas como Banta, Sira, Verni, el Visitante y los otros grandes interrogantes no eran lo esencial de la vida. Eran las cosas más simples las que realmente importaban y que concedían la verdadera felicidad. A veces sólo bastaba con mirar al cielo y preguntarse qué hay allí arriba y saber, con total y absoluta aceptación, que no hay respuesta a todo y que no hay nada de malo en ello. Ahora estaba con Mira y no podía imaginar una felicidad mayor que esa. Nada más importaba. Cerraron los ojos y escuchando la música lejana del mar, se durmieron profundamente.